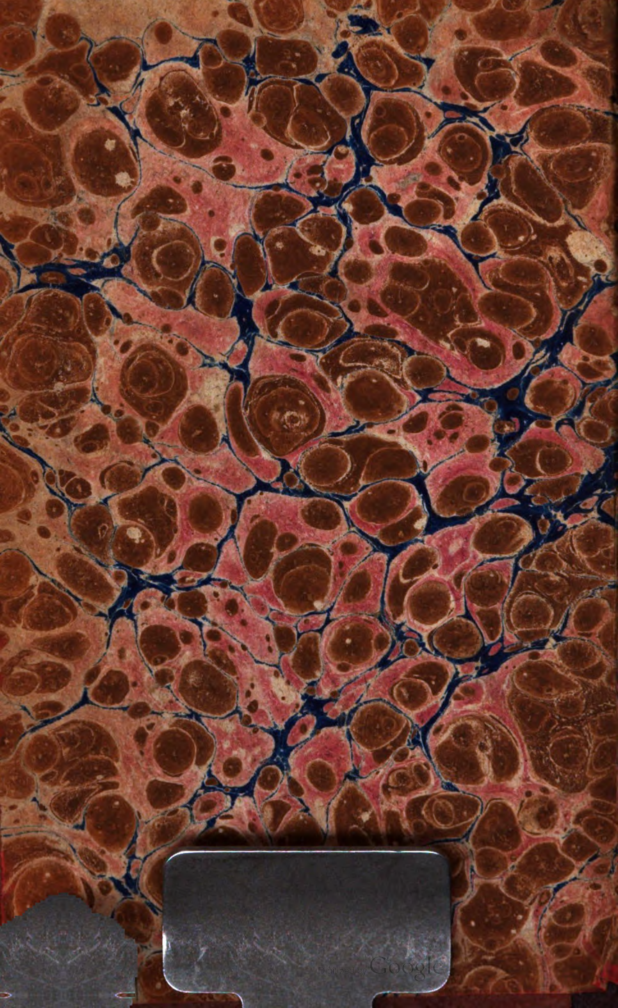
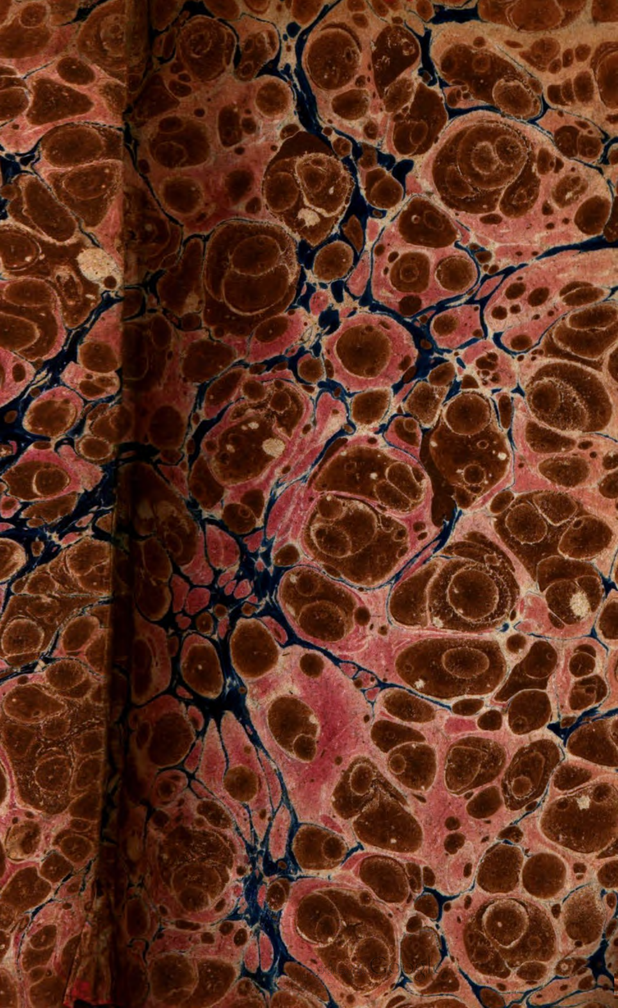






LIBRERÍA RELIGIOSA.

TOMO XVII.

Esta preciosísima obra se publica por recomendacion del Excmo. é Ilmo. Sr. D. Antonio Fernando de Echanove y Zaldivar, arzobispo de Tarragona y PROTECTOR ESPECIAL DE LA LIBRERÍA RELIGIOSA.

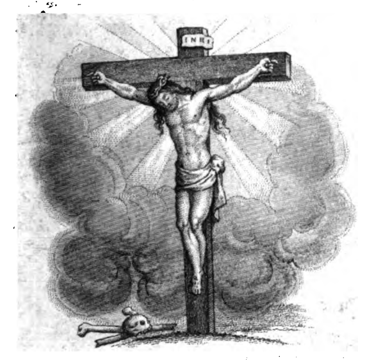
BARCELONA: IMPRENTA DE PABLO RIERA.—1850.


Ribó d.
Amills g.

Combate espiritual



V. P. D. Lorenzo Escúpoli.



TOMO I.

Con aprobacion del ordinario.

LIBRERÍA RELIGIOSA.

Mayo de 1850.

COMBATE ESPIRITUAL,

POR EL

V. P. D. LORENZO ESCUPOLI,

DEL ÓRDEN DE LOS PP. CLÉRIGOS REGULARES
DE SAN CAYETANO.

TRADUCIDO DEL ITALIANO

POR

D. DAMIAN GONZALEZ DEL CUETO,

y reducido á la pureza del original por el padre

D. RAMON GUÑINEL,

del mismo órden.

NUEVA EDICION CORREGIDA CON ESMERO.

TOMO I.

Con aprobacion del Ordinario.

LIBRERÍA RELIGIOSA.

Mayo de 1850.

Vos hodie contra inimicos vestros pugnam committitis: non pertimescat cor vestrum, nolite metuere, nolite cedere, nec formidetis eos quia Dominus Deus vester in medio vestri est, et pro vobis contra adversarios dimicabit, ut eruat vos de periculo. (Deuter. XX, 3 et 4).

Vosotros entrais hoy en batalla contra vuestros enemigos: no desmaye vuestro corazon, no os intimideis, no volvais pié atrás, ni les tengais miedo; porque el Señor Dios vuestro está en medio de vosotros, y peleará por vosotros contra los enemigos, para sacaros del peligro.

ELOGIOS

DEL COMBATE ESPIRITUAL,

sacados de las obras de san Francisco de Sales, Obispo de Ginebra, y su discípulo el Ilmo. Camús.

El Combate Espiritual es uno de aquellos libros excelentes, cuyo solo título es su mayor elogio. Los hombres mas eminentes del siglo XVII se han derramado en sus alabanzas; pero la mayor prueba de su excelencia y precio, son las que ha merecido de san Francisco de Sales, el cual lo proponia como única instruccion á las almas que aspiraban á la perfeccion cristiana, como se verá en los honrosos elogios que este gran Santo le hace, especialmente en sus cartas.

En el libro de la Introduccion á la Vida Devota, llamado comunmente *la Philotea*, en la parte segunda, capítulo XVII, encomienda el Santo la leccion del Combate Espiritual, y le propone con algunos libros de Santos Padres, y

de autores muy ilustrados, y que fueron dotados de grande sabiduría en materia de espíritu.

En las cartas del mismo Santo, parte primera, libro II, carta 32, instruyendo á una viuda en el modo de servirse de la imaginacion para meditar la dice: *El libro del método de servir á Dios es muy bueno; pero confuso, y no os conviene: el Combate Espiritual trae con mejor órden, mejor claridad, y con distincion, lo necesario para vuestro provecho.*

En la carta 55, dando algunos consejos á una viuda, dice: *El Combate Espiritual es un gran libro: yo quince años que le llevo continuamente en el bolsillo, nunca le he leido sin sacar algun provecho.*

En la misma parte, libro III, carta 16, prescribiendo algunos ejercicios de devocion á una señora casada, dice en el fin: *Leed frecuentemente el Combate Espiritual, yo os encomiendo mucho este libro.*

En la segunda parte, libro IV, carta 94, escribiendo á una viuda, y exhortándola á la simplicidad y pureza de corazon, y á no desear con sobrada eficacia verse libre de las tentaciones, la dice: *Amada hija mia, leed el capítulo* XXIX (en la presente obra es LIX) *del Combate Espiritual, que es mi libro favorecido y privilegiado: yo há diez y ocho años que le llevo siempre conmigo, y no le leo jamás sin fruto y provecho.*

Julio 24 de 1607. Esta carta se registró en los procesos de la beatificacion y canonizacion del Santo.

En la misma segunda parte, libro v, carta 48, exhortando á una Religiosa Abadesa á la paz interior, dice: *Amada hija mia, leed los capítulos* XV, XVI *y* XVII *del Combate Espiritual, y unid su doctrina á lo dicho: y esto basta por ahora.*

En el mismo lugar, carta 75, escribiendo á una señora viuda, y consolándola en la muerte de un hijo suyo, dice: *Conviene que hagamos una vez en la semana un ejercicio particular de querer y amar mas vigorosamente la voluntad de Dios; esto es, mas tiernamente y mas amorosamente que ninguna cosa del mundo; y esto no solamente en los accidentes que nos parecen tolerables, sino tambien en los mas insufribles. Vos hallaréis un no sé qué para este intento en el Combate Espiritual, que es el libro que tantas veces os he encomendado. Hija mia, para decir la verdad, esta doctrina es alta; pero Dios, que nos la dicta y enseña en este libro, es altísimo.*

El Ilustrísimo Señor Don Pedro Camús, Obispo de Belley, en el libro que intituló: El Espíritu de san Francisco de Sales, parte tercera, seccion XII, que se titula del Combate espiritual, dice: *Este libro todo de oro* (habla del libro de la Imitacion de Cristo) *excede á toda alaban-*

za; pero con todo esto no era este el libro que aconsejaba mas nuestro Padre, sino el Combate Espiritual: este era su libro privilegiado y favorecido.

El mismo autor en la parte séptima, seccion VII, que tiene por título: De los libros de Devocion, dice: *Tres libros pequeños de devocion eran los que nuestro Santo tenia en alta estimacion: el primero era el Combate Espiritual: este, hermanas mias, es el libro de que tantas veces os he hablado: este es el libro que os encomendó tan particularmente el mismo Santo, y que encomendaba con particular estudio á sus discípulos, confesándoles que lo habia llevado consigo diez y siete años continuos, leyendo todos los dias algun capítulo, y siempre con nuevas luces del cielo.*

El mismo autor en el libro citado, parte decimacuarta, seccion XV, que tiene por título: Consejo á un Director espiritual, dice: *Yo le pregunté un dia ¿quién era su director ó maestro de espíritu? y me respondió, sacando del bolsillo el Combate Espiritual: Este es el que con la divina asistencia me ha gobernado desde mi juventud: este es mi maestro en las cosas de espíritu y de la vida interior. Después que siendo estudiante en Padua un Padre Teatino me dió noticia de él, y me aconsejó le leyese, he seguido su parecer y me hallo muy bien con él. Fue*

compuesto por una persona muy grave de aquella Ilustre Congregacion, que ocultó su nombre particular, y le dejó correr con el de su Religion, que se sirve de él en la misma forma que los VV. PP. de la Compañía de Jesús del libro de los Ejercicios de su Santo P. Ignacio de Loyola.

Nota Hemos suprimido algunas citas de san Francisco de Sales por creer bastantes las que van puestas, y tambien las de los otros autores que se han esmerado en elogiar el Combate Espiritual para no fastidiar á nuestros lectores.

(*Nota de los Editores*).

AL

SUPREMO CAPITAN

y gloriosísimo triunfador

JESUCRISTO,

HIJO DE MARÍA SANTÍSIMA Y SEÑOR NUESTRO.

Siempre agradaron, Señor, á V. D. M. los sacrificios y ofrendas que los mortales hacen con pura intencion de vuestra santísima gloria: por esta razon os ofrezco este breve tratado del Combate Espiritual. No me desanima que la ofrenda sea pequeña: porque no ignoro que sois aquel sublime Señor que se deleita en las cosas humildes y desprecia las grandezas del mundo, su ambicion y sus vanidades. Pero, ¿cómo pudie-

ra yo, sin grave detrimento mio, y sin que se me imputase á culpa, dedicarle á otro que á V. D. M., Rey del cielo y de la tierra? Los documentos de este libro salieron de vuestra escuela, y vuestra es su doctrina; pues nos enseñais y mandais que

Desconfiando de nosotros,
Confiemos en Vos,
Combatamos, y oremos.

Además, en todo el Combate se necesita de un cabo experimentado que guie los escuadrones, y anime los soldados, que tanto mas valerosamente pelean, cuanto creen mas invencible al capitan, debajo de cuya bandera militan; y ¿no tendrá necesidad de un valeroso y experimentado caudillo este Espiritual Combate? A Vos, pues, poderosísimo Jesús, escogemos por nuestro capitan, todos los que estamos resueltos á combatir con nuestras pasiones, y á vencer á nuestros enemigos: á

Vos, digo, que habeis vencido al mundo y al príncipe de las tinieblas, y con vuestra preciosísima sangre y sacratísima pasion y muerte habeis fortalecido la fragilidad de los que valerosamente pelearon, y pelearán hasta la fin del mundo. Cuando disponia, Señor, y ordenaba este Combate, me ocurrian á la memoria aquellas palabras de vuestro vaso de eleccion: *Non quod sufficientes simus cogitare aliquid à nobis, quasi ex nobis*[1]; que sin Vos y sin vuestra asistencia, no podemos tener un solo pensamiento que sea bueno; ¿cómo, pues, podrémos solos pelear con tantos y tan poderosos enemigos, y no caer en las ocultas redes que tienden, ni en los lazos[2] que para nuestra ruina disimuladamente nos arman? Vuestro es, Señor, este Combate por todas razones; porque, como he dicho, vuestra es su

[1] II Cor. III, 5.
[2] Psalm. CXXXIX, 6.

doctrina, y vuestros son los que militan en esta espiritual milicia, entre los cuales estamos alistados los *Clérigos Reglares Teatinos*; y así postrados todos á vuestros sacratísimos piés, os pedimos que acepteis esta ofrenda, y recibais este Combate, moviendo siempre, y esforzando nuestra flaqueza con el auxilio de vuestra gracia actual, para pelear generosamente; estando, como estamos ciertos, que combatiendo Vos en nosotros [1], y con nosotros, alcanzarémos la deseada victoria, para gloria vuestra y de vuestra madre, Maria santísima nuestra Señora.

Vuestro mas humilde siervo, redimido con vuestra preciosísima sangre,

Lorenzo Escupoli, C. R.

1 Judit. v.—S. Ciprian. ad Martir. et Confess. epist 8.

COMBATE ESPIRITUAL.

PRIMERA PARTE.

Non coronabitur, nisi qui legitime certaverit.
(II *Timot.* II, 25).

CAPÍTULO I.

En qué consista la perfeccion cristiana, y para adquirirla es necesario pelear y combatir; y de cuatro cosas que se requieren para este Combate.

Si deseas, ó hija muy amada en Jesucristo, llegar al mas alto y eminente grado de la santidad y de la perfeccion cristiana, y unirte de tal suerte á Dios, que vengas á ser un mismo espíritu con él, que es la mayor hazaña y la mas alta y gloriosa empresa que puede decirse é imaginarse, conviene que sepas primeramen-

te en qué consiste la verdadera y perfecta vida espiritual.

Muchos, no atendiendo á la gravedad de la materia, creyeron que la perfeccion consiste en el rigor de la vida, en la mortificacion de la carne, en los cilicios, disciplinas, ayunos, vigilias y en otras penitencias y obras exteriores.

Otros, y particularmente las mujeres, cuando rezan muchas oraciones, oyen muchas misas, asisten á todos los oficios divinos, y frecuentan las iglesias y comuniones, creen que han llegado al grado supremo de la perfeccion.

Algunos, aun de los mismos que profesan vida religiosa, se persuaden á que la perfeccion consiste únicamente en frecuentar el coro, en amar la soledad y el silencio, y en observar exactamente la disciplina regular y todos sus estatutos.

Así los unos ponen todo el fundamento de la perfeccion evangélica en estos: los otros en aquellos ó semejantes ejercicios; pero es cierto que todos igualmente

se engañan, porque no siendo otra cosa las mencionadas obras que ó disposiciones y medios para adquirir la santidad, ó frutos de la santidad misma, no puede decirse que en semejantes obras consista la perfeccion cristiana y el verdadero espíritu.

No es dudable que son medios muy poderosos para adquirir la verdadera perfeccion y el verdadero espíritu, en los que las usan con prudencia y con discrecion para fortificarse contra la propia malicia y fragilidad, para defenderse de los asaltos y tentaciones de nuestro comun enemigo; y en fin, para obtener de la misericordia de Dios los auxilios y socorros que son necesarios á todos los que se ejercitan en la virtud, y particularmente á los nuevos y principiantes.

Son tambien frutos del Espíritu Santo en las personas verdaderamente espirituales y santas, las cuales afligen y mortifican su cuerpo para castigar sus rebeldías pasadas contra el espíritu, y para humi-

llarlo y tenerlo sujeto á su Criador: viven en la soledad y en una entera abstraccion de las criaturas para preservarse de los menores defectos y no tener conversacion sino en el cielo (*Phil.* III, 20) con los ángeles y bienaventurados: ocúpanse en el culto divino y en las buenas obras: vacan á la oracion, y meditan en la vida y pasion de nuestro Redentor, no por curiosidad, ni por gustos ó consolaciones sensibles, mas por conocer mejor la bondad y misericordia divina y la ingratitud y malicia propia; por ejercitarse mas cada dia al amor de Dios y al odio de sí mismos, siguiendo con la cruz: y con la renunciacion (*Matth.* XVI, 24) de la propia voluntad, los pasos del Hijo de Dios: frecuentan los Sacramentos sin otro fin que el del honor y gloria de Dios, y de unirse mas estrechamente con su divina Majestad, y de cobrar nuevo vigor y fuerza contra sus enemigos.

Lo contrario sucede á las almas imperfectas, que ponen todo el fundamento de

su devocion en las obras exteriores, las cuales muchas veces son causa de su perdicion y ruina, y les ocasionan mayor daño que los pecados manifiestos: no porque semejantes obras no sean buenas y loables en sí mismas; sino porque se ocupan de tal suerte en ellas, que se olvidan enteramente de la reforma del corazon, y de velar sobre sus movimientos; y dejándole que siga libremente sus inclinaciones, lo exponen á las asechanzas y lazos del demonio; y entonces este maligno espíritu viendo que se divierten y apartan del verdadero camino, no solamente las deja continuar con gusto sus acostumbrados ejercicios, pero llena la imaginacion de quiméricas y vanas ideas de las delicias y deleites del paraíso, donde piensan algunas veces que se hallan ya entre los coros de los ángeles, como almas singularmente escogidas y privilegiadas, y que sienten á Dios dentro de sí mismas. Usa tambien del artificio de sugerirles en la oracion pensamientos sublimes, curio-

sos y agradables, á fin de que imaginándose, como san Pablo, arrebatadas al tercer cielo (II, *Cor.* XII, 2), y persuadiéndose á que no son ya de esta baja region del mundo, vivan en una abstraccion total de sí mismas, y en un profundo olvido de todas aquellas cosas en que deberian mas ocuparse.

Mas en cuántos errores y engaños vivan envueltas semejantes almas, y cuán léjos se hallen de la perfeccion que vamos buscando, se puede reconocer fácilmente de su vida y de sus costumbres; porque en todas las cosas grandes ó pequeñas desean ser siempre preferidas á los demás: son caprichosas, indóciles y obstinadas en su propio parecer y juicio; y siendo ciegas en sus propias acciones, tienen siempre los ojos abiertos para observar y censurar las ajenas, y si alguno las toca, aunque sea muy levemente, en la opinion y estimacion que tienen concebida de sí mismas, ó las quiere apartar de aquellas devociones en que se ocu-

pan por costumbre, se enojan, se turban y se inquietan sobremanera; y en fin, si Dios para reducirlas al verdadero conocimiento de sí mismas, y al camino de la perfeccion, les envia trabajos, enfermedades y persecuciones (que son las pruebas mas ciertas de la fidelidad de sus siervos, y que no suceden jamás sin órden ó permision de su providencia) entonces descubren su falso fondo, y su interior corrompido y gastado de la soberbia; porque en cualquiera sucesos tristes y alegres, felices ó adversos de esta vida, no quieren conformar su voluntad con la de Dios, ni humillarse debajo de su divina mano, ni rendirse á sus adorables juicios, no menos justos que impenetrables: ni sujetarse, á imitacion de su santísimo Hijo, á todas las criaturas, amando á sus perseguidores como á instrumentos de la bondad divina, que cooperan á su mortificacion, perfeccion y eterna salud.

De aquí nace el hallarse siempre en un funesto y evidente peligro de perecer;

porque como tienen viciados y oscurecidos los ojos con el amor propio y apetito de la propia estimacion, y se miran siempre con ellos á sí mismas, y á sus obras exteriores, que de sí son buenas, se atribuyen muchos grados de perfeccion, y llenas de presuncion y soberbia censuran y condenan á los demás; y á veces las deslumbra y ciega de tal suerte su orgullo, que es necesaria una gracia extraordinaria del cielo para convertirlas y sacarlas de su engaño; pues como muestra cada dia la experiencia, con mas facilidad se convierte y se reduce al bien el pecador manifiesto, que el que se oculta y cubre con el manto de la virtud.

De todo lo referido podrás, hija mia, comprender con claridad que la vida espiritual no consiste en alguno de estos ejercicios y obras exteriores, con que suele confundirse la santidad, y que son muchos los que en este punto se dejan preocupar de grandes errores.

Si quieres, pues, entender en qué con-

siste el fondo de la verdadera piedad, y toda la perfeccion del cristianismo, sabe que no consiste en otra cosa, que en conocer la bondad y la grandeza infinita de Dios, y la bajeza y propension de nuestra naturaleza al mal: en amar á Dios, y aborrecernos á nosotros mismos: en sujetarnos no solamente á su divina Majestad, sino tambien á todas las criaturas por su amor: en renunciar enteramente nuestra propia voluntad, á fin de seguir siempre la suya; y sobre todo en hacer todas estas cosas únicamente por la honra y gloria de Dios, sin otra intencion ó fin que agradarle, y porque su divina Majestad quiere y merece ser amado y servido de sus criaturas.

Esta es aquella ley de amor que el Espíritu Santo ha grabado en los corazones de los justos (*Deut.* VI, 5. — *Matt.* XX, 37): esta es aquella abnegacion de sí mismo y crucifixion del hombre interior, tan encomendada de Jesucristo en el Evangelio (*Matt.* XVIII): este es su yu-

go suave y su peso leve (*Matt.* XI, 22): esta es aquella perfecta obediencia que este divino Maestro nos ha enseñado siempre con sus palabras y con sus ejemplos (*Philiph.* II).

Si aspiras, pues, hija mia, no solamente á la santidad, sino á la perfeccion de la santidad, siendo forzoso para adquirirla en este sublime grado combatir todas las inclinaciones viciosas, sujetar los sentidos á la razon, y desarraigar los vicios, lo cual no es posible sin una aplicacion infatigable y continua, conviene que con ánimo pronto y determinado te dispongas y te prepares á esta batalla; porque la corona no se da sino á los que combaten generosamente (II, *Timoth.* II, 25).

Pero advierte, hija mia, que así como esta guerra es la mas difícil de todas, pues combatiendo contra nosotros mismos, somos combatidos de nosotros mismos (I. *Petr.* II), así la victoria que se alcanza es la mas agradable á Dios, y la mas

gloriosa al vencedor: porque quien con valor y resolucion mortifica sus pasiones, doma sus apetitos, y reprime hasta los menores movimientos de su propia voluntad, ejecuta una obra de mucho mayor mérito á los ojos de Dios, que si conservando alguna de ellas viva en su corazon, afligiese y maltratase su cuerpo con los mas ásperos cilicios, disciplinas, ó ayunase con mas austeridad y rigor que los antiguos anacoretas del desierto, ó convirtiese á Dios millares de pecadores; porque aunque no es dudable que Dios estima y aprecia mas la conversion de una alma considerando este ejercicio en sí, que la mortificacion de un apetito ó deseo desordenado; no obstante tú no debes poner tu principal cuidado en querer y ejecutar lo que segun su naturaleza es mas noble y mas excelente, sino en obrar lo que Dios pide y desea particularmente de tí: y es constante, que Dios se agrada mas de que trabajes en mortificar tus pasiones, que si dejando viva en tu co-

razon una sola con voluntad y advertencia le sirvieses en cualquiera otra cosa, aunque fuese mas considerable y de mayor consecuencia.

Ya, pues, que has visto, hija mia, en qué consiste la perfeccion cristiana, y que para adquirirla es necesario que te determines á una continua guerra contra tí misma, conviene que te proveas de cuatro cosas, como de armas seguras y necesarias para conseguir la palma y quedar vencedora en esta espiritual batalla: estas son, la desconfianza de nosotros mismos, la confianza en Dios, el ejercicio y la oracion, de las cuales tratarémos clara y sucintamente con la ayuda de Dios en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO II.

De la desconfianza de sí mismo.

La desconfianza propia, hija mia, nos es tan necesaria en el combate espiri-

tual, que sin esta virtud no solamente no podrémos triunfar de nuestros enemigos, pero ni aun vencer la menor ó la mas leve de nuestras pasiones.

Esta verdad debes imprimir y grabar profundamente en tu espíritu; porque aunque verdaderamente no somos sino un puro nada, no obstante no dejamos de concebir una falsa estimacion de nosotros mismos, y persuadiéndonos sin algun fundamento á que somos algo, presumimos vanamente de nuestras propias fuerzas.

Este vicio, hija mia, es un funesto y monstruoso efecto de la corrupcion de nuestra naturaleza, y desagrada mucho á los ojos de Dios, el cual desea siempre en nosotros un fiel y profundo conocimiento de esta verdad: que no hay virtud ni gracia en nosotros que no proceda de su bondad, como de fuente y orígen de todo bien, y que de nosotros no puede nacer algun pensamiento que le sea agradable.

Pero si bien esta importante desconfianza de nosotros mismos es un don del cielo, que Dios comunica á sus escogidos, ya con santas inspiraciones, ya con ásperos castigos, ya con violentas y cási insuperables tentaciones, ya con otros medios que nos son ocultos; no obstante, porque su divina Majestad quiere que hagamos de nuestra parte todo el esfuerzo posible para adquirirla, te propongo cuatro medios, con los cuales, ayudada del socorro de la gracia, infaliblemente la alcanzarás.

El primero es que consideres tu vileza y tu nada, y reconozcas que con tus fuerzas naturales no eres capaz de obrar algun bien por el cual merezcas entrar en el reino de los cielos.

El segundo, que con fervor y humildad pidas frecuentemente á Dios esta virtud; porque es don suyo, y para obtenerla debes desde luego persuadirte, no solamente á que no la tienes, sino tambien á que nunca podrás adquirirla por

tí misma. Después postrándote en la presencia del Señor se la pedirás con fe viva de que por su infinita bondad se dignará concedértela; y si perseverases constante en esta esperanza por todo el tiempo que dispusiere su providencia, no dudes la alcanzarás.

El tercer medio es que te acostumbres poco á poco á no fiarte de tí misma, y á temer las ilusiones de tu propio juicio, la violenta inclinacion de nuestra naturaleza al pecado, la formidable multitud de enemigos que nos cercan de todas partes, que son sin comparacion mas astutos y fuertes que nosotros, que saben transformarse en ángeles de luz (II *Cor.* XI, 14), y ocultamente nos tienden lazos en el camino mismo del cielo.

El cuarto medio es que cuando cayeses en alguna falta, entres mas vivamente en la consideracion de tu propia flaqueza, y entiendas que Dios no permite nuestras caidas sino solamente á fin de que alumbrados de una nueva luz nos

conozcamos mejor y aprendamos á menospreciarnos como viles criaturas, y concibamos un sincero deseo de ser menospreciados de los demás.

Sin este menosprecio, hija mia, no esperes adquirir jamás perfectamente la desconfianza de tí misma, la cual se funda en la verdadera humildad, y en un conocimiento experimental de nuestra miseria; porque es cosa infalible y clara, que quien desea unirse con la soberana luz y verdad increada, debe conocerse bien á sí mismo, y no ser como los soberbios y presuntuosos, que se instruyen con sus propias caidas, y solo empiezan á abrir los ojos cuando han incurrido en algun grave error y desórden de que vanamente imaginaban que podrian defenderse, permitiéndolo Dios así á fin de que reconozcan su flaqueza, y con esta funesta experiencia vengan á desconfiar de sus propias fuerzas.

Pero Dios no se sirve ordinariamente de un remedio tan áspero para curar su

presuncion, sino cuando los remedios mas fáciles y suaves no han producido el efecto que su divina Majestad pretende. Su providencia permite que el hombre caiga mas ó menos veces, segun ve que es mayor y menor su presuncion y soberbia: de manera, que si alguno no se hallase tan exento de este vicio como lo fue la bienaventurada Vírgen María nuestra Señora, es constante que no caeria jamás en alguna falta.

Todas las veces, pues, que cayeres, recurre sin tardanza al humilde conocimiento de tí misma, y con ferviente oracion pide al Señor que te dé su luz para que te conozcas tal cual eres verdaderamente á sus ojos, y no presumas de tu virtud; de otra suerte no dejarás de reincidir de nuevo en las mismas faltas, y por ventura cometerás otras mas graves, que causarán la pérdida de tu alma.

CAPÍTULO III.

De la confianza en Dios.

Aunque la desconfianza propia es tan importante y necesaria en este combate, como hemos mostrado, no obstante, si se halla sola esta virtud en nosotros y no tiene otros socorros, serémos fácilmente desarmados y vencidos de nuestros enemigos. Por esta causa es necesario que á la desconfianza propia añadas una entera confianza en Dios, que es el autor de todo nuestro bien, y de quien solamente debemos esperar la victoria; porque así como de nosotros que nada somos no podemos prometernos sino frecuentes y peligrosas caidas, por cuyo motivo debemos desconfiar siempre de nuestras propias fuerzas; así con el socorro y asistencia de Dios conseguirémos grandes victorias y ventajas sobre nuestros enemigos, si convencidos perfecta-

mente de nuestra flaqueza, armamos nuestro corazon de una viva y generosa confianza en su infinita bondad.

Cuatro son los medios con que podrás adquirir esta excelente virtud.

El primero es pedirla con humildad al Señor.

El segundo considerar y mirar con los ojos de la fe la omnipotencia y sabiduría infinita de aquel Ser soberano, á quien nada es imposible ni difícil, y que por su suma bondad y por el exceso con que nos ama se halla pronto y dispuesto á darnos cada hora y cada instante todo lo que nos es necesario para la vida espiritual, y para la entera victoria de nosotros mismos, como recurramos á sus brazos con filial confianza.

¿Cómo será posible que este dulce y amable Pastor, que por el espacio de treinta y tres años ha corrido tras la oveja perdida y descaminada (*Luc*. xv, 7) con tanto sudor, sangre y costa suya, para reducirla y traerla de los despeñaderos y

veredas peligrosas á un camino santo y seguro, de la perdicion á la salud, del daño al remedio, de la muerte á la vida? ¿cómo será posible que este Pastor divino, viendo que su ovejuela le busca y le sigue con la obediencia de sus preceptos, ó á lo menos con un deseo sincero, bien que imperfecto y flaco, de obedecerle, no vuelva á ella sus ojos de vida y de misericordia, no oiga sus gemidos, y no la recoja amorosamente y la ponga sobre sus divinos hombros, alegrándose con los ángeles del cielo de que vuelva á su redil y ganado, y deje el pasto venenoso y mortal del mundo por el suave y regalado de la virtud?

Si con tanto ardor y diligencia busca la dracma del Evangelio (*idem.*, 18) que es la figura del pecador, ¿cómo será posible que abandone á quien como ovejuela triste y afligida de no ver á su pastor lo busca y lo llama?

¿Quién podrá persuadirse á que Dios, que llama continuamente á la puerta de

nuestro corazon (*Apoc.* III, 21) con deseo de entrar en él y comunicarse á nosotros, y colmarnos de sus dones y gracias, hallando la puerta abierta, y viendo que le pedimos que nos honre con su visita, no se dignará de concedernos el favor que deseamos?

El tercer medio para adquirir esta santa confianza es recorrer con la memoria las verdades y oráculos infalibles de la divina Escritura, que nos aseguran clara y expresamente que los que esperan y confian en Dios no caerán jamás en la confusion (*Psalm* II, 17.—*Eccl.* II, 11).

El cuarto y último medio con que juntamente podrémos adquirir la desconfianza de nosotros mismos y la confianza en Dios, es que cuando nos resolviéremos á ejecutar alguna obra buena, ó á combatir alguna pasion viciosa, antes de emprender cosa alguna, pongamos los ojos de una parte sobre nuestra flaqueza, y de la otra sobre el poder, sabiduría y bondad infinita de Dios; y templando el

temor que nace de nosotros con la seguridad y confianza que Dios nos inspira, nos determinarémos á obrar y combatir generosamente. Con estas armas, unidas á la oracion, como dirémos en su lugar, serás capaz, hija mia, de obrar cosas grandes, y de conseguir insignes victorias.

Pero si no observares esta regla, aunque te parezca que obras animada de una verdadera confianza en Dios, te hallarás engañada; porque es tan natural en el hombre la presuncion de sí mismo, que insensiblemente se mezcla con la confianza que imagina que tiene en Dios, y con la desconfianza que cree tener de sí mismo.

Para alejarte, pues, hija mia, cuanto te sea posible de la presuncion, y para obrar siempre con las dos virtudes que son opuestas á este vicio, es necesario que la consideracion de tu flaqueza vaya delante de la consideracion de la omnipotencia de Dios; y que la una y la otra precedan á todas tus obras.

CAPÍTULO IV.

Como podrémos conocer si obramos con la desconfianza de nosotros mismos, y con la confianza en Dios.

Muchas veces imagina y cree una alma presuntuosa que ha adquirido la desconfianza de sí misma y la confianza en Dios; pero este es un engaño que no se conoc bien sino cuando se cae en algun pecado, porque entonces si el alma se inquieta, si se aflige, si se desalienta y pierde la esperanza de hacer algun progreso en la virtud, es señal evidente de que puso su confianza, no en Dios, sino en sí misma; y si fuere grande su tristeza y desesperacion, es argumento claro de que confiaba mucho en sí y poco en Dios.

Porque si el que desconfia mucho de sí mismo y confia mucho en Dios comete alguna falta, no se maravilla; no se turba, ni se entristece conociendo que su caida

es efecto natural de su flaqueza, y del poco cuidado que ha tenido de establecer su confianza en Dios, antes bien con esta experiencia aprende á desconfiar mas de sus propias fuerzas, y confiar con mayor humildad en Dios; y detestando sobre todas las cosas su falta, y las pasiones desordenadas que la ocasionaron, con un dolor quieto y pacífico de la ofensa de Dios, vuelve á sus ejercicios, y persigue á sus enemigos con mayor ánimo y resolucion que antes.

Esto seria bien que considerasen algunas personas espirituales, que apenas caen en alguna falta se afligen y se turban con exceso, y muchas veces mas por librarse de la inquietud y pena que les causa su amor propio, que por algun otro motivo, buscan con impaciencia á su director ó padre espiritual, al cual deberian recurrir principalmente para lavarse de sus pecados por el sacramento de la penitencia, y fortalecerse contra sus recaidas por el de la Eucaristía.

CAPÍTULO V.

Del error de algunas personas que tienen á la pusilanimidad por virtud.

Es tambien una ilusion muy comun el atribuir á virtud la pusilanimidad y la inquietud que se siente después del pecado, porque aunque la inquietud que nace del pecado sea acompañada de algun dolor, no obstante, siempre procede de una secreta presuncion y soberbia, fundada en la confianza que se tiene de las propias fuerzas. Ordinariamente las almas presuntuosas que por juzgarse bien establecidas en la virtud menosprecian los peligros y tentaciones, si vienen á caer en alguna falta, y á conocer por experiencia su fragilidad y miseria, se maravillan y se turban de su caida como de una cosa nueva; y viendo derribado el apoyo en el que vanamente se habian confiado, pierden el ánimo, y como pusilánimes y flacas

se dejan dominar de la tristeza y de la desesperacion.

Esta desgracia, hija mia, no sucede jamás á las almas humildes que no presumen de sí mismas y se apoyan únicamente en Dios; porque cuando caen en alguna falta, aunque sientan grande dolor de haberla cometido, no se maravillan ni se inquietan, conociendo con la luz de la verdad que las ilumina, que su caida es un efecto natural de su inconstancia y de su flaqueza.

CAPÍTULO VI.

De otros avisos importantes para adquirir la desconfianza de sí mismo y la confianza en Dios.

Como toda la fuerza de que necesitamos para vencer á nuestros enemigos, depende de la desconfianza de nosotros mismos y de la confianza en Dios, me ha aprecido darte algunos nuevos avisos,

que son muy útiles y necesarios para obtener estas virtudes.

Primeramente, hija mia, has de tener por verdad indubitable, que ni con todos los talentos ó dones, ya sean naturales, ya adquiridos, ni con todas las gracias gratúitas, ni con la inteligencia de toda la sagrada Escritura, ni con haber servido á Dios por largo espacio de tiempo, y estar acostumbrado á servirle, te hallarás capaz de cumplir la voluntad Divina y de satisfacer á tus obligaciones, si la mano poderosa de Dios con especial proteccion no fortifica tu corazon en cualquiera ocasion que se te presentare, ó de hacer alguna buena obra, ó de vencer alguna tentacion, ó de salir de algun peligro, ó de sufrir alguna cruz y tribulacion.

Es necesario, pues, que imprimas profundamente en tu corazon esta importante verdad, y que no pase dia alguno sin que la medites y consideres; y por este medio te alejarás y preservarás del vicio de la presuncion, y no te atreverás á

confiarte temerariamente en tus propias fuerzas.

En lo que toca á la confianza en Dios, has de creer constantemente que es muy fácil á su poder vencer todos nuestros enemigos, sean pocos ó muchos (1, *Reg.* XIV, 6), sean fuertes y aguerridos, ó flacos y sin experiencia.

De este principio fundamental inferirás como consecuencia precisa, que aunque un alma se halle llena de todos los pecados, imperfecciones y vicios imaginables, y después de haber hecho grandes esfuerzos para reformar sus costumbres, en lugar de hacer algun progreso en la virtud sienta y reconozca en sí mayor inclinacion y facilidad al mal: no obstante, no por eso debe perder el ánimo y la confianza en Dios, ni abandonar las armas y los ejercicios espirituales, sino antes bien combatir siempre generosamente; porque has de saber, hija mia, que en esta pelea espiritual no puede ser vencido quien no deja de combatir y de confiar en Dios,

cuya asistencia y socorro no falta jamás á sus soldados, bien que algunas veces permite que sean heridos. Combatamos, pues, con constancia hasta el fin, que en esto consiste la victoria; porque los que combaten por el servicio de Dios, y en él *solo* ponen su confianza, hallan siempre para las heridas que reciben un remedio pronto y eficaz, y cuando menos piensan ven su enemigo á sus piés.

CAPÍTULO VII.

Del ejercicio y buen uso de las potencias, y primeramente del entendimiento, y necesidad que tenemos de guardarlo de la ingnorancia y de la curiosidad.

Si en el combate espiritual no tuviésemos otras armas que la desconfianza de nosotros mismos y la confianza en Dios, no solamente no podríamos vencer nuestras pasiones, mas caeríamos en frecuentes y graves faltas. Por esta causa es ne-

cesario añadir á estas virtudes el ejercicio y buen uso de nuestras potencias, que es la tercera cosa que hemos propuesto como medio necesario para adquirir la perfeccion.

Este ejercicio consiste principalmente en reglar bien el entendimiento y voluntad.

El entendimiento debe conservarse siempre libre y exento de dos grandes vicios que suelen pervertirlo: el uno es la ignorancia, la cual le impide el conocimiento de la verdad, que es su propio objeto. Es necesario, pues, iluminarlo de tal suerte con el ejercicio, que vea y conozca con claridad lo que se debe hacer para purificar el alma de las pasiones desordenadas, y adornarla de las virtudes.

Esta luz se alcanza por dos medios: el primero y mas importante es la oracion, y pidiendo al Espíritu Santo que se digne infundirla en nuestros corazones; y no dudes, hija mia, que el Señor te la comunicará abundantemente siempre que

verdaderamente lo busques y desees cumplir su divina ley, y sujetes tu propio juicio al de tus superiores ó padres espirituales.

El segundo es una aplicacion continua á considerar y examinar bien las cosas que se presentan para conocer si son buenas ó malas, juzgando de su bondad ó de su malicia, no por la exterior apariencia en que se presentan á los sentidos (I *Reg.* XVI, 7), ni segun la opinion del mundo, sino segun la idea que nos da el Espíritu Santo. Esta consideracion y exámen nos hará conocer con evidencia que lo que el mundo ama y busca con tanto ardor es ilusion y mentira : que los honores y placeres de la tierra no son otra cosa que vanidad y afliccion de espíritu (*Eccles.* I): que las injurias y los oprobios son para nosotros ocasiones de verdadera gloria, y las tribulaciones de verdadero contento: que el perdonar y hacer bien á nuestros enemigos es magnanimidad, y una de las acciones que nos hacen mas semejantes á

Dios : que vale mas despreciar el mundo, que poseerlo : que es mayor generosidad y grandeza de ánimo obedecer con gusto por amor de Dios á las mas viles criaturas, que mandar á príncipes grandes: que el humilde conocimiento de nosotros mismos debe apreciarse mas que las ciencias mas sublimes; y últimamente, que el vencer y mortificar los propios apetitos, por pequeños que sean, merece mayor alabanza que conquistar muchas ciudades, vencer grandes ejércitos con las armas, obrar milagros y resucitar muertos.

CAPÍTULO VIII.

De las causas que nos impiden el juzgar rectamente de las cosas, y de la regla que se debe observar para conocerlas bien.

La causa por que no juzgamos rectamente de las cosas, es porque apenas se presentan á nuestra imaginacion, nos dejamos llevar ó del amor, ó del odio de

ellas: y estas pasiones ciegas que pervierten la razon, nos las desfiguran de tal suerte, que nos parecen diferentes de lo que verdaderamente son en sí mismas.

Si quieres, pues, hija mia, preservarte de un engaño comun y tan peligroso, es necesario que estés siempre advertida y sobre aviso, para tener, cuanto te fuere posible, la voluntad libre y purificada de la accion desordenada de cualquiera cosa.

Y cuando se te presentare algun objeto, deberás considerarlo y examinarlo bien con el entendimiento, antes que la voluntad se determine á abrazarlo, si fuere agradable, ó aborrecerlo si fuere contrario á tus inclinaciones naturales; porque entonces el entendimiento, no hallándose preocupado de la pasion, queda libre y claro para conocer la verdad, y discernir el mal encubierto con el velo de un bien aparente, del bien que tiene la apariencia de un mal verdadero; pero si la voluntad primero se inclina á

amar el objeto ó aborrecerlo, el entendimiento queda incapaz de conocerlo como es verdaderamente en sí, porque la pasion se lo desfigura de suerte, que la obliga á formar una falsa idea: y representándolo entonces segunda vez á la voluntad en todo diferente de lo que es, esta potencia ya movida y excitada, pasa á amarlo ó aborrecerlo con mayor vehemencia que antes; y no puede guardar reglas ni medidas, ni escuchar la razon.

En esta confusion y desórden, el entendimiento se obscurece mas cada instante, y representa siempre á la voluntad el objeto, ó mas odioso, ó mas amable que antes; de suerte, que si no se observa muy exactamente la regla que dejo escrita, que es muy importante en este ejercicio, las dos mas nobles facultades del alma vienen á caminar siempre como dentro de un círculo de errores en errores, de tinieblas en tinieblas, de abismo en abismo.

Guárdate, pues, hija, con todo cui-

dado del afecto desordenado de las cosas, antes de examinar y conocer lo que son verdaderamente en sí mismas con la luz de la razon, y principalmente con la sobrenatural que el Espíritu Santo te comunicare, ó por sí mismo, ó por medio de tu padre espiritual.

Pero advierte, hija mia, que este documento es mas necesario en algunas obras exteriores que de sí son buenas, que en otras menos loables, porque en semejantes obras por ser buenas en sí mismas, hay de nuestra parte mayor peligro de engaño ó de indiscrecion. Conviene, pues, que no te empeñes en ella ciegamente y sin reflexion; porque una sola circunstancia que se omita de lugar ó de tiempo puede causar grave daño, y hasta el no hacer las cosas en un cierto modo ó segun el órden de la obediencia, para cometer grandes faltas, como lo acredita el ejemplo de muchos que se perdieron en los ministerios y ejercicios mas loables y santos.

CAPÍTULO IX.

De otro vicio de que debemos guardar el entendimiento para que pueda conocer lo que es útil.

El otro vicio de que debemos defender y guardar nuestro entendimiento, es la curiosidad; porque cuando lo llenamos de pensamientos nocivos, impertinentes y vanos, lo inhabilitamos enteramente para unirse y aplicarse á lo que es mas propio para mortificar nuestros apetitos desordenados, y para llevarnos á verdadera perfeccion.

Por esta causa, hija mia, conviene que estés como muerta á las cosas terrenas, y que no procures saberlas ni investigarlas, si no son absolutamente necesarias, aunque sean lícitas.

Restringe y recoge cuanto pudieres tu entendimiento, y no le permitas que se derrame vanamente en muchos objetos.

Hazlo como estúpido para todos los conocimientos profanos: no dés jamás la oreja á las nuevas que corren: los sucesos y diversas revoluciones del mundo no hagan en tu espíritu mas impresion que si fuesen imaginaciones ó sueños. Aun en el deseo de saber las cosas del cielo has de procurar tambien ser humilde y moderada; no queriendo saber otra cosa que á Jesucristo crucificado (I *Cor.* II, 2), su vida y su muerte, y lo que desea y pide particularmente de tí. De las demás cosas no tengas algun cuidado ó solicitud, y de este modo agradarás á este divino Maestro, cuyos verdaderos discípulos no buscan ni desean saber sino lo que puede contribuir á su aprovechamiento, y serles de algun socorro para servirle y hacer su voluntad. Cualquiera otro deseo, inquisicion ó cuidado, es amor propio, soberbia espiritual, ó lazo del demonio.

Si tú, hija mia, observas estos avisos te librarás de muchas asechanzas y en-

gaños; porque la serpiente antigua, viendo en los que abrazan con fervor los ejercicios de la vida espiritual una voluntad firme y constante, los combate de parte del entendimiento, á fin de ganar por esta noble potencia á la voluntad, y hacerse señor de estas dos potencias. Con este fin suele inspirarles en la oracion pensamientos sublimes y sentimientos elevados, principalmente si son espíritus vivos, agudos, curiosos y fáciles, prontos á ensoberbecerse y enamorarse de sus propias ideas, para que ocupándose con deleite en el discurso y consideracion de aquellos puntos en que falsamente se persuaden que tienen con Dios las mas íntimas comunicaciones, no cuiden de purificar su corazon, ni de adquirir el conocimiento de sí mismos, ni la verdadera mortificacion: de donde nace, que lleno de presuncion y vanidad se formen un ídolo de su entendimiento, y acostumbrándose poco á poco á no consultar en todas las cosas sino á su propio juicio, vienen

á imaginarse y persuadirse que no necesitan del consejo ó direccion ajena.

Este es un mal muy peligroso y cási incurable; porque es mas difícil de curarse la soberbia del entendimiento que la de la voluntad; porque la soberbia de la voluntad, siendo descubierta y reconocida por el entendimiento, puede fácilmente remediarse con una voluntaria y rendida sumision á las órdenes de aquel á quien debe obedecer: mas á quien está firme en la opinion de que su parecer es mejor que el de los otros, ¿quién será capaz de desengañarle? ¿Cómo podrá reconocer su error? ¿Cómo se sujetará con docilidad á la direccion y consejo de otro, quien se imagina mas sabio y mas iluminado que todos los demás? Si el entendimiento, que es la luz del alma, con que solamente se puede ver y conocer la soberbia de la voluntad, está enfermo, ciego y lleno de la misma soberbia, ¿quién podrá curarlo? ¿quién hallará remedio á su mal? Si la luz se trueca en tinieblas, si la regla es falsa

y torcida ¿qué será de todo lo demás?

Procura, pues, hija mia, oponerte desde luego á un vicio tan pernicioso antes que se apodere de tu alma. Acostúmbrate á sujetar tu juicio al ajeno, á no sutilizar demasiado en las cosas espirituales, á amar aquella simplicidad evangélica que tanto nos encomienda el Apóstol (II *ad Corinth.* I.—*ad Eph.* VI.—*ad Col.* III), y serás incomparablemente mas sabia que Salomon.

CAPÍTULO X.

Del ejercicio de la voluntad y del fin á que debemos dirigir todas nuestras acciones, así interiores como exteriores.

Después de haber corregido los vicios del entendimiento, es necesario que corrijas los de la voluntad, regulándola de tal suerte, que renunciando á sus propias inclinaciones se conforme enteramente con la voluntad divina.

Pero advierte, hija mia, que no basta querer y procurar las cosas que son mas agradables á Dios, sino que es necesario tambien que las quieras y las obres como movida de su gracia, y con fin solamente de agradarle.

En esto principalmente necesitamos de combatir y luchar contra la propia naturaleza, la cual como infecta y depravada por el pecado, es tan inclinada á sí misma, que en todas las cosas, y tal vez en las espirituales con mas cuidado que en las demás, busca su propia satisfaccion y deleite, alimentándose de ellas sin recelo ni escrúpulo, como de un manjar saludable y nada sospechoso. De donde nace, que cuando se nos ofrece y presenta la ocasion de ejercitar alguna obra, luego la abrazamos y la queremos, no como movidos de la voluntad de Dios, ni á fin solamente de agradarle, sino por el gusto y satisfaccion que hallamos algunas veces en hacer las cosas que Dios nos manda.

Este engaño es tanto mas oculto y menos

advertido, cuanto es mejor en sí misma la cosa que queremos. Hasta en los deseos de unirnos á Dios y de poseerlo suelen mezclarse los engaños del amor propio; porque en desear poseer á Dios, miramos mas á nuestro interés propio y al bien que de ello esperamos, que su gloria y al cumplimiento de su voluntad, que es el único objeto que se deben proponer los que lo aman y lo buscan, y hacen profesion de guardar su divina ley.

Para evitar este peligroso lazo, que es de grande impedimento en el camino de la perfeccion, y acostumbrarse á no querer ni obrar cosa alguna sino segun la impresion ó impulso del Espíritu Santo, y con intencion pura de honrar y agradar únicamente á Dios, que debe ser el primer principio y el último fin de todas nuestras acciones, observarás esta regla.

Cuando se te presentare la ocasion de ejercitar alguna buena obra, no inclines tu voluntad á quererla, sin haber levantado primeramente el espíritu á Dios, para

saber si es voluntad suya que la hagas, y examinar si la quieres puramente por agradarle. De este modo tu voluntad prevenida y regulada por la de Dios, se inclinará á querer lo mismo que Dios quiere, por el único motivo de agradarle y procurar su mayor gloria.

De la misma suerte te gobernarás en las cosas que Dios no quiere; porque antes de repelerlas ó desecharlas, deberás elevar tu espíritu á Dios para conocer su voluntad, y para tener alguna certeza de que repeliéndolas y desechándolas podrás agradarle.

Pero es bien que adviertas, hija mia, que son grandes y muy poco conocidos los artificios y engaños de nuestra naturaleza corrompida, la cual buscándose siempre á sí misma con especiosos pretextos, nos hace creer que en todas nuestras obras no nos proponemos otro fin que el de agradar á Dios. De aquí nace que lo que abrazamos ó repelemos solo con el fin de satisfacernos y contentarnos

á nosotros mismos, nos persuadimos á que no lo abrazamos ni lo repelemos sino por el deseo de agradar á Dios, ó por el temor de ofenderle. El remedio mas esencial y propio de este mal consiste en la pureza de corazon, que todos los que se empeñan en este espiritual combate deben proponerse por fin, desnudándose del hombre viejo para vestirse del nuevo (*Col.* III, 9 y 10).

El modo de usar y poner en práctica este divino remedio, es que en el principio de tus acciones procures desnudarte siempre de todas las cosas en que se mezcle algun motivo natural y humano, y no te determines á obrar ó á repeler cosa alguna, si primero no te sintieres movida y guiada de la pura voluntad de Dios.

Si en todas tus operaciones, y particularmente en las interiores del alma, y en las exteriores que pasan prontamente, no pudieres sentir siempre la impresion actual de este motivo, procura á lo menos

tenerlo virtualmente, conservando en el fondo del alma un verdadero y sincero deseo de no agradar sino solamente á Dios.

Pero en las acciones que duran algun espacio de tiempo, no basta que en el principio dirijas tu intencion á este fin; es necesario tambien que la renueves muchas veces, y que procures conservarla en su primera pureza y fervor; porque de otra manera podrás fácilmente caer en los lazos del amor propio, que prefiriendo en todas las cosas la criatura al Criador suele encantarnos de suerte, que en breve tiempo nos hace mudar inadvertidamente de intencion y de objeto.

El siervo de Dios que en este punto no vive muy advertido y con cautela, empieza ordinariamente sus obras sin otra intencion ó fin que de agradar á Dios; pero después poco á poco y sin conocerlo, se deja inducir y llevar á la vanagloria: porque olvidándose de la divina voluntad, se aplica y se aficiona á solo el placer y gusto que halla en su trabajo, y

no mira sino la utilidad ó la gloria que le puede resultar; de manera, que si el mismo Dios le impide el progreso de su obra con alguna enfermedad ó accidente, ó por medio de alguna criatura, se turba, se enoja y se inquieta, y á veces murmura, ya contra este, ya contra aquel, por no decir contra el mismo Dios. De donde viene á conocerse con claridad, que su intencion no era recta y pura, y que nacia de un mal principio; porque cualquiera que obra por el movimiento de la gracia, y con intencion pura de agradar á Dios, no se inclina ó se aficiona mas á un ejercicio que á otro; y si desea alguna cosa, no pretende obtenerla, sino en el modo y en el tiempo que Dios quiere, sujetándose siempre á las órdenes de su providencia, y quedando en cualquier suceso, ó favorable ó contrario, igualmente tranquilo y contento; porque no quiere ni desea sino solamente el cumplimiento de la voluntad divina.

Por esta causa, hija mia, debes estar

siempre muy recogida en tí misma, procurando dirigir todas tus acciones á un fin tan excelente y tan noble: y si alguna vez, pidiéndolo así la disposicion interior de tu alma te movieres á obrar bien por el temor de las penas del infierno, ó por la esperanza de la gloria, podrás tambien en esto proponer por último fin el agrado y voluntad de Dios, que quiere que no te pierdas ni te condenes, sino que entres en la posesion de la bienaventuranza de su gloria.

No se puede fácilmente decir ni comprender cuán eficáz y poderosa es la virtud de este motivo; pues cualquiera accion, aunque sea vilísima en sí misma, si se hace puramente por Dios, es de mayor excelencia y precio que infinitas otras, aunque sean de mucho valor y mérito en sí mismas, si se obran con otro fin. De este principio nace, que una pequeña limosna dada á un pobre por sola la honra y gloria de Dios, es sin comparacion mas agradable á sus ojos, que si con otro

fin nos despojásemos de todos nuestros bienes, aunque nos moviésemos á esto por la esperanza de los bienes del cielo: bien que este movimiento sea muy loable en sí mismo, y digno de que nos lo propongamos.

Este santo ejercicio de hacer todas nuestras obras con solo el fin de agradar á Dios, te parecerá difícil en los principios; pero con el tiempo se te hará no solamente fácil, sino gustoso si te acostumbras á buscar á Dios, y á desearlo con los mas vivos afectos del corazon, como á tu único y perfectísimo bien, que por sí mismo merece que todas las criaturas lo busquen, lo sirvan y lo amen sobre todas las cosas.

Y advierte, hija mia, que cuanto mas continua y profundamente entrarás en la consideracion de su mérito infinito, tanto mas tiernos y frecuentes serán los afectos de tu corazon á este divino objeto, y por este medio adquirirás mas fácil y brevemente la costumbre de dirigir todas tus acciones á su honor y gloria.

Últimamente te aviso, que para adquirir un motivo tan excelente y elevado, se lo pidas con oracion importuna á Dios, y consideres los innumerables beneficios que te ha hecho y te hace continuamente por puro amor y sin algun interés suyo.

CAPÍTULO XI.

De algunas consideraciones que mueven la voluntad á querer en todas las cosas el agrado de Dios.

Para inclinar mas fácilmente tu voluntad á querer en todas las cosas el agrado y honra de Dios, deberás considerar que su bondad infinita te ha prevenido con sus beneficios y misericordias, amándote, honrándote y obligándote en diversos modos.

En la creacion, formándote de nada á su imágen y semejanza, y dando el ser á todas las demás criaturas para que te sir-

van (*Gen* I). En la redencion, enviando no un ángel, sino su unigénito Hijo (*Hebræor.* I, 2.—I *Joan* IV, 9), para rescatarte, no á precio de plata ni de oro, que son cosas corruptibles, sino de su propia sangre (I *Petr.* I). En la Eucaristía, ofreciéndote en este inefable y augusto Sacramento el cuerpo de su unigénito amado, en comida y alimento de vida eterna (*Joan.* VI).

Después de esto, no hay hora ni momento en que no te conserve y te proteja contra el furor y envidia de tus enemigos, y en que no te combata por tí con su divina gracia. ¿No son estas, hija mia, señales y pruebas evidentes del amor que te tiene este inmenso y soberano Dios?

¿Quién podrá comprender hasta donde llega la estimacion y aprecio que esta Majestad infinita hace de nuestra vileza y miseria, y hasta donde debe llegar nuestra gratitud y reconocimiento con un Señor tan alto y liberal, que ha obrado y

obra por nosotros cosas tan grandes y maravillosas?

Si los grandes de la tierra se juzgan obligados á honrar á los que los honran, aunque sean de humilde condicion, ¿qué deberá hacer nuestra vileza con el soberano Rey del universo, que nos da tantas señales de su amor y de su estimacion?

Sobre todo, hija mia, debes considerar y tener siempre en la memoria, que esta Majestad infinita merece por sí misma que la amemos, la honremos y sirvamos puramente por agradarle.

CAPÍTULO XII.

Que en el hombre hay muchas voluntades que se hacen continuamente guerra.

Dos voluntades se hallan en el hombre: la una superior, la otra inferior: la primera llamamos comunmente razon: á la segunda damos nombre de apetito de

carne, de sentido y de pasion; pero como hablando propiamente, el ser del hombre consiste principalmente en la razon, cuando queremos alguna cosa con los primeros movimientos del apetito sensitivo, no se entiende que verdaderamente la queremos, si después no la quiere y la abraza la voluntad superior.

Por esta causa toda nuestra guerra espiritual consiste en que la voluntad superior y racional, estando como en medio de la voluntad divina y de la voluntad inferior, que es el apetito sensitivo, se halla igualmente combatida de la una y de la otra; porque Dios de una parte, y la carne de la otra, la solicitan continuamente, procurando cada una atraerla á sí, y sujetarla á su obediencia.

Esto causa una pena indecible á los que habiendo contraido malos hábitos en su juventud, se resuelven finalmente á mudar de vida, y á romper las cadenas que los tienen en la esclavitud del mundo y de la carne, para consagrarse en-

teramente al servicio de Dios; porque entonces su voluntad superior se halla poderosamente combatida á un mismo tiempo de la voluntad divina, y del apetito sensitivo, y son tan fuertes y tan violentos los golpes que recibe de una y de otra parte, que no puede resistirlos sin mucha pena y trabajo.

No padecen este combate y lucha interior los que se han habituado ya en la virtud ó en el vicio, y quieren vivir siempre de la manera que han vivido; porque las almas habituadas en la virtud, se conforman fácilmente con la voluntad de Dios; y las que ha corrompido el vicio, ceden sin resistencia á la sensualidad.

Pero ninguno presuma que podrá adquirir las verdaderas virtudes, y servir á Dios como conviene, si no se determina generosamente á hacerse fuerza y violencia á sí mismo, y á sufrir y vencer la pena y contradiccion que se siente en renunciar no solamente á los mayores pla-

ceres del mundo, sino tambien á los mas pequeños, á que antes tenia pegado el corazon con afecto terreno.

De aquí procede ordinariamente que sean tan pocos los que llegan á un alto grado de perfeccion; porque después de haber sujetado los mayores vicios, y vencido las mayores dificultades, pierden el ánimo y no quieren continuar en hacerse fuerza á sí mismos, bien que no tengan ya que sostener sino muy fáciles y ligeros combates para destruir algunas flacas reliquias de su propia voluntad, y sujetar algunas pequeñas pasiones, que fortificándose de dia en dia mas, se apoderan finalmente de su corazon.

Entre estos se hallan muchos, por ejemplo, que si bien no roban los bienes ajenos, aman no obstante apasionadamente los propios: si no procuran con medios ilícitos los honores del mundo, no los aborrecen como deberian, ni dejan de desearlos, y algunas veces de pretenderlos por otros caminos que juzgan

legítimos: guardan rigurosamente los ayunos de obligacion; pero no quieren mortificar la gula, absteniéndose de manjares exquisitos y delicados: son castos y continentes; pero no dejan ciertas conversaciones y pláticas de su gusto, que son de grande impedimento para los ejercicios de la vida espiritual, y para la íntima union con Dios.

Como estas conversaciones y pláticas son peligrosas para todo género de personas, y principalmente para los que no temen las consecuencias funestas, conviene que cada uno ponga particular cuidado en evitarlas; porque de otra manera será imposible que no haga todas sus obras con tibieza de espíritu, y que no mezcle en ellas muchos intereses, imperfecciones y defectos ocultos, y una vana estimacion de sí mismo, y deseo desordenado de ser aplaudido del mundo.

Los que se descuidan en este punto, no solamente no hacen algun progreso en el camino de la perfeccion, sino que re-

troceden con evidente peligro de recaer en sus vicios antiguos, porque no aman ni buscan la verdadera virtud, ni agradecen el beneficio que el Señor les hizo en librarlos de la tiranía del demonio; y no conociendo como ignorantes y ciegos el infeliz y peligroso estado en que se hallan, viven siempre en una falsa paz y en una seguridad engañosa.

Aquí debes observar, hija mia, una ilusion tanto mas digna de temerse, cuanto es mas difícil de descubrirse. Muchos de los que se entregan á la vida espiritual, amándose con exceso á sí mismos (si es que puede decirse que se aman á sí mismos) eligen los ejercicios que se conforman mas con su gusto, y dejan los que se oponen á sus propias y naturales inclinaciones y apetitos sensuales, contra los cuales deberian emplear todas sus fuerzas en este espiritual combate. Por esto, hija mia, te exhorto á que te enamores de las penas y dificultades que ocurren en el camino de la perfeccion; porque

cuanto fueren mayores los esfuerzos que hicieres para vencer las primeras dificultades de la virtud, será mas pronta y segura la victoria; y si te enamorares mas de las dificultades y penas del combate, que de la victoria misma, y de los frutos de la victoria, que son las virtudes, conseguirás mas breve y seguramente lo que pretendes.

CAPÍTULO XIII.

Del modo de combatir la sensualidad, y de los actos que debe hacer la voluntad para adquirir el hábito de las virtudes.

Siempre que la voluntad superior y racional fuere combatida por una parte de la inferior y sensual, y por otra de la divina, es necesario que te excites de muchas maneras para que prevalezca enteramente en tí la voluntad divina, y consigas la palma y la victoria.

Primeramente, cuando los primeros

movimientos del apetito sensitivo se levantaren contra la razon, procurarás resistirlos valerosamente, á fin de que la voluntad superior no los consienta.

Lo segundo, cuando hubieren ya cesado estos movimientos, los excitarás de nuevo en tí, para reprimirlos con mayor ímpetu y fuerza.

Después podrás llamarlos á tercera batalla para acostumbrarte á propulsarlos con un generoso menosprecio.

Pero advierte, hija mia, que en estos dos modos de excitar en tí las propias pasiones y apetitos desordenados, no tienen lugar los estímulos y movimientos de la carne, de que hablarémos en otra parte.

Últimamente, conviene que formes actos de virtud contrarios á todas las pasiones que pretendes vencer y sujetar. Por ejemplo: tú te hallas por ventura combatida de los movimientos de la impaciencia; si procuras entonces recogerte en tí misma, y consideras lo que pasa en tu interior, verás sin duda que estos movimientos que

nacen y se forman en el apetito sensitivo, procuran introducirse en tu voluntad, y ganar la parte superior de tu alma.

En este caso, hija mia, conforme al primer aviso que te he dado, deberás hacer todo el esfuerzo posible para detener el curso de estos movimientos, á fin de que tu voluntad no llegue jamás á consentirlos, y no te retires del combate hasta tanto que tu enemigo vencido y postrado se sujete á la razon.

Pero repara en el artificio y malicia del demonio. Cuando este espíritu maligno ve que resistimos valerosamente alguna pasion violenta, no solamente deja de excitarla y moverla en nuestro corazon; pero si la halla ya encendida, procura extinguirla por algun tiempo, á fin de impedir que adquiramos con una firme consistencia la virtud contraria, y de hacernos caer después en los lazos de la vanagloria, dándonos á entender con destreza, que como valientes y generosos soldados hemos triunfado en poco tiempo de nues-

tro enemigo. Por esta causa, hija mia, conviene que en este caso pases al segundo combate, reduciendo á tu memoria y despertando de nuevo en tu corazon los pensamientos que fueron causa de tu impaciencia; y apenas hubieren excitado algun movimiento en la parte inferior, procurarás emplear todos los esfuerzos de la voluntad para reprimirlos.

Pero como muchas veces sucede, que después de haber hecho grandes esfuerzos para resistir y rechazar los asaltos del enemigo, con la reflexion de que esta resistencia es agradable á Dios, no estamos seguros ni libres del peligro de ser vencidos en una tercera batalla: por esto conviene que entres tercera vez en el combate contra el vicio que pretendes vencer y sujetar, y concibas contra él no solamente aversion y menosprecio, sino abominacion y horror.

En fin, para adornar y perfeccionar tu alma con los hábitos de las virtudes, has de producir muchos actos interiores, que

sean directamente contrarios á tus pasiones desordenadas. Por ejemplo: si quieres adquirir perfectamente el hábito de la paciencia, cuando alguno menospreciándote te diere ocasion de impaciencia, no basta que te ejercites en los tres combates de que hemos hablado para vencer la tentacion; es necesario demás de esto, que ames el menosprecio y ultraje que recibiste; que desees recibir de nuevo de la misma persona la misma injuria; y finalmente, que te propongas sufrir mayores y mas sensibles ultrajes y menosprecios.

La razon porque no podemos perfeccionarnos en la virtud sin los actos que son contrarios al vicio que deseamos corregir, es porque todos los demás actos, por muy frecuentes y eficaces que sean, no son capaces de extirpar la raíz que produce aquel vicio. Así, por no mudar de ejemplo, aunque no consientas á los movimientos de la ira y de la impaciencia, cuando recibes alguna injuria, mas antes

bien los resistas y los combatas con las armas de que hemos hablado; persuádete, hija mia, que si no te acostumbras á amar al oprobio, y á gloriarte de las injurias y menosprecios, no llegarás jamás á desarraigar de tu corazon el vicio de la impaciencia, que no nace de otra causa en nosotros, que de un temor excesivo de ser menospreciados del mundo, y de un deseo ardiente de ser estimados: porque, en fin, mientras esta viciosa raíz se conservare viva en tu alma, brotará siempre, y enflaqueciendo de dia en dia tu virtud, llegará con el tiempo á oprimirla de manera, que te hallarás en un continuo peligro de caer en los desórdenes pasados.

No esperes, pues, obtener jamás el verdadero hábito de las virtudes, si con repetidos y frecuentes actos de las mismas virtudes no destruyes los vicios que les son directamente opuestos. Digo con actos repetidos y frecuentes, porque así como se requieren muchos pecados para

formar el hábito vicioso, así tambien se requieren muchos actos de virtud para producir y formar un hábito santo y perfecto, y enteramente incompatible con el vicio. Y añado, que se requiere mayor número de actos buenos para formar el hábito de la virtud, que de actos pecaminosos para formar el del vicio; porque los hábitos de la virtud no son ayudados como los del vicio de la naturaleza corrompida y viciada por el pecado.

Demás de esto te advierto, que si la virtud, en que deseas ejercitarte, no puede adquirirse sin algunos actos exteriores conformes á los interiores, como sucede en el ejmplo ya propuesto de la paciencia, debes no solamente hablar con amor y dulzura al que te hubiere ofendido y ultrajado, sino tambien servirlo, agasajarlo y favorecerlo en lo que pudieres: y aunque estos actos, ya interiores, ó ya exteriores, sean acompañados de tanta debilidad y flaqueza de espíritu, que te parezca que los haces contra tu volun-

tad, no obstante no dejes de continuarlos; porque aunque sean muy débiles y flacos, te mantendrán firme y constante en la batalla, y te servirán de un socorro eficaz y poderoso para alcanzar la victoria.

Vela, pues, hija mia, con atencion y cuidado sobre tu interior, y no contentándote con reprimir los movimientos mas fuertes y violentos de las pasiones, procura sujetar tambien los mas pequeños y leves; porque estos sirven ordinariamente de disposicion para los otros, de donde nacen finalmente los hábitos viciosos. Por la negligencia y descuido que han tenido algunos en mortificar sus pasiones en cosas fáciles y ligeras, después de haberlas mortificado en las mas difíciles y graves, se han visto, cuando menos lo imaginaban, mas poderosamente asaltados de los mismos enemigos, y vencidos con mayor daño.

Tambien te advierto, que atiendas á mortificar y quebrantar tus apetitos en

las cosas que fueren lícitas, pero no necesarias; porque de esto te seguirán grandes bienes, pues podrás vencerte mas fácilmente en los demás apetitos desordenados: te harás mas experta y fuerte en las tentaciones: te librarás mejor de los engaños y lazos del demonio, y agradarás mucho al Señor. Yo te digo, hija mia, lo que siento; no dejes de practicar estos santos ejercicios que te propongo, y de que verdaderamente necesitas para la reformacion de tu vida interior; pues si los practicares, yo te aseguro que alcanzarás muy en breve una gloriosa victoria de tí misma, harás en poco tiempo grandes progresos en la virtud, y vendrás á ser sólida y verdaderamente espiritual.

Pero obrando de otra suerte y siguiendo otros ejercicios, aunque te parezcan muy excelentes y santos, y experimentes con ellos tantas delicias y gustos espirituales que juzgues que te hallas en perfecta union y dulces coloquios con el Señor, ten por constante y cierto que no

alcanzarás jamás virtud ni verdadero espíritu; porque el verdadero espíritu, como dijimos en el capítulo primero, no consiste en los ejercicios deleitables, y que lisonjean á la naturaleza, sino en los que lo crucifican con sus pasiones y deseos desordenados. De esta manera, renovado el hombre interiormente con los hábitos de las virtudes evangélicas, viene á unirse íntimamente con su Criador y su Salvador crucificado.

Es tambien indubitable y cierto, que así como los hábitos viciosos se forman en nosotros con repetidos y frecuentes actos de la voluntad superior, cuando cede á los apetitos sensuales; así las virtudes cristianas se adquieren con repetidos y frecuentes actos de la voluntad, cuando se conforma con la de Dios, que excita y llama continuamente al alma, ya á una virtud, ya á otra. Como la voluntad, pues, no puede ser viciosa y terrena por grandes esfuerzos que haga el apetito inferior para corromperla, si no consiente; así no

puede ser santa y unirse con Dios por fuertes y eficaces que sean las inspiraciones de la divina gracia que la excitan y llaman, si no coopera no solamente con los actos interiores, sino tambien con los exteriores si fuere necesario.

CAPÍTULO XIV.

De lo que se debe hacer cuando la voluntad superior parece vencida de la inferior, y de otros enemigos.

Si alguna vez te pareciere que tu voluntad superior se halla muy flaca para resistir á la inferior, y á otros enemigos, porque no sientes en tí ánimo y resolucion bastante para sostener sus asaltos, no dejes de mantenerte firme y constante en la batalla, ni abandones el campo; porque has de persuadirte siempre á que te hallas victoriosa, mientras no reconocieres claramente que cediste y te dejaste vencer y sujetar; pues así como nuestra

voluntad superior no necesita del consentimiento del apetito inferior para producir sus actos, así aunque sean muy violentos y fuertes los asaltos con que la combatiere este enemigo doméstico, conserva siempre el uso de su libertad, y no puede ser forzada á ceder y consentir si ella misma no quiere; porque el Criador le ha dado un poder tan grande y un imperio tan absoluto, que aunque todos los sentidos, todos los demonios y todas las criaturas conspirasen juntamente contra ella para oprimirla y sujetarla, no obstante podria siempre querer ó no querer con libertad lo que quiere ó no quiere tantas veces, y por tanto tiempo, en el modo, y para el fin que mas le agradase.

Pero si alguna vez estos enemigos te asaltasen y combatiesen con tanta violencia que tu voluntad ya oprimida y cansada no tuviese vigor ni espíritu para producir algun acto contrario, no pierdas el ánimo ni arrojes las armas; mas

sirviéndote en este caso de la lengua, le defenderás, diciendo: *no me rindo no quiero ni consiento,* como suelen hacer los que hallándose ya oprimidos, sujetos y dominados de su enemigo, no pudiendo con la punta de la espada, lo hicieron con el pomo: y así como estos desasiéndose con industria de su contrario se retiran algunos pasos para volver sobre su enemigo y herirlo mortalmente, así tú procurarás retirarte al conocimiento de tí misma que nada puedes, y animada de una generosa confianza en Dios, que lo puede todo, te esforzarás á combatir y vencer la pasion que te domina, diciendo entonces: *Ayudadme, Señor, ayudadme, Dios mio: no abandoneis á vuestra sierva, no permitais que yo me rinda á la tentacion.*

Podrás tambien, si el enemigo te diere tiempo, ayudar la flaqueza de la voluntad llamando en su socorro al entendimiento, y fortificándola con diversas consideraciones que sean propias para darla aliento

y animarla al combate; como, por ejemplo, si hallándote afligida de alguna injusta persecucion ó de otro trabajo, te sintieses de tal suerte tentada y combatida de la impaciencia, que tu voluntad no pudiese ni quisiese sufrir cosa alguna, procurarás esforzarla y ayudarla con la consideracion de los puntos siguientes, ó de otros semejantes.

Primeramente, considera si mereces el mal que padeces, y si tú misma diste la ocasion y el motivo; pues si te hubiere sucedido por culpa tuya, la razon pide que toleres y sufras pacientemente una herida que tú misma te has hecho con tus propias manos.

2. Mas cuando no tengas alguna culpa en tu daño, vuelve los ojos y el pensamiento á tus desórdenes pasados, de que todavía no te ha castigado la divina Justicia, ni tú has hecho la debida penitencia; y viendo que Dios por su misericordia te trueca el castigo que habia de ser, ó mas largo en el purgatorio, ó eterno en

el infierno, en otro mas ligero y mas breve, recíbelo no solamente con paciencia sino tambien con alegría y con rendimiento de gracias.

3. Pero si te pareciere que has hecho mucha penitencia, y que has ofendido poco á Dios (cosa que debe estar siempre muy léjos de tu pensamiento) deberás considerar que en el reino de los cielos no se entra sino por la puerta estrecha de las tribulaciones y de la cruz (*Actor*. XIV. 21).

4. Considera asimismo, que aun cuando pudieses entrar por otra puerta, la ley sola del amor deberia obligarte á escoger siempre la de las tribulaciones, por no apartarte un punto de la imitacion del Hijo de Dios y de todos sus escogidos, que no han entrado en la bienaventuranza de la gloria sino por medio de las espinas y tribulaciones.

5. Mas lo que principalmente debes mirar y atender, así en esta como en cualquiera otra ocasion, es la voluntad de

Dios, que por el amor que te tiene se deleita y complace indeciblemente de verte hacer actos heróicos de virtud, y corresponder á su amor con estas pruebas de tu valor y fidelidad. Y ten por cierto, que cuanto mas grave fuere la persecucion que padeces, y mas injusta de parte de su autor, tanto mas estimará el Señor tu fidelidad y constancia, viendo que en medio de tus aflicciones adoras sus juicios y te sujetas á su providencia, en la cual todos los sucesos, aunque nos parezcan muy desordenados, tienen regla y órden perfectísimo.

CAPÍTULO XV.

De algunas advertencias importantes para saber en qué modo se ha de pelear, contra qué enemigos se debe combatir, y con qué virtud pueden ser vencidos.

Ya has visto, hija mia, el modo en que debes combatir para vencerte á tí

misma, y adornarte de las virtudes. Ahora conviene que sepas que para conseguir mas fácil y prontamente la victoria, no te basta combatir y mostrar tu valor una sola vez; mas es necesario que vuelvas cada dia á la batalla, y renueves el combate principalmente contra el amor propio, hasta tanto que vengas á mirar como preciosos y amables todos los desprecios y disgustos que pudieren venirte del mundo.

Por la inadvertencia y descuido que se tiene comunmente en este combate, sucede muchas veces que las victorias son difíciles, imperfectas, raras y de poca duracion. Por esta causa te aconsejo, hija mia, que pelees con esfuerzo y resolucion, y que no te excuses con el pretexto de tu flaqueza natural; pues si te faltan las fuerzas, Dios te las dará como se las pidas.

Considera demás de esto, que si es grande la multitud y el furor de tus enemigos, es mayor infinitamente la bondad

de Dios y el amor que te tiene; y que son mas los ángeles del cielo y las oraciones de los santos que te asisten y combaten en tu defensa. Estas consideraciones han animado de tal suerte á muchas mujeres sencillas yflacas, que han podido vencer toda la sabiduría del mundo, resistir á todos los atractivos de la carne, y triunfar de todas las fuerzas del infierno.

Por esta causa no debes desmayar jamás, ó perder el ánimo en este combate, aunque te parezca que los esfuerzos de tantos enemigos son difíciles de vencer, que la guerra no tendrá fin sino con tu vida, y que te hallas de todas partes amenazada de una ruina cási inevitable; porque es bien que sepas que ni las fuerzas ni los artificios de nuestros enemigos pueden hacernos algun daño sin la permision de nuestro divino Capitan por cuyo honor se combate, el cual nos exhorta y llama á la pelea; y no solamente no permitirá jamás que los que conspiran á tu perdicion logren su intento, mas antes

bien combatirá por tí; y cuando será de su agrado te dará la victoria con grande fruto y ventaja tuya, aunque te la dilate hasta el último dia de tu vida.

Lo que desea, hija mia, y pide únicamente de tí, es que combatas generosamente, y que aunque salgas herida muchas veces no dejes jamás las armas ni huyas de la batalla. Finalmente, para excitarte á pelear con resolucion y constancia, considerarás que esta guerra es inevitable, y que es forzoso ó pelear ó morir; porque tienes que luchar contra enemigos tan furiosos y obstinados que no podrás tener jamás paz, ni tregua con ellos.

CAPÍTULO XVI.

Del modo en que el soldado de Cristo debe presentarse al combate por la mañana.

La primera cosa que debes hacer cuando despiertas es abrir los ojos del alma,

y considerarte como en un campo de batalla en presencia de tu enemigo y en la necesidad forzosa, ó de combatir, ó de perecer para siempre. Imagínate que tienes delante de tus ojos á tu enemigo; esto es, al vicio ó pasion desordenada que deseas domar y vencer, y que este monstruo furioso viene á arrojarse sobre tí para oprimirte y vencerte. Represéntate al mismo tiempo que tienes á tu diestra á tu invencible capitan Jesucristo, acompañado de María y de José, y de muchos escuadrones de ángeles y bienaventurados, y particularmente del glorioso arcángel san Miguel; y á la siniestra á Lucifer con sus ministros, resueltos á sostener con todas sus fuerzas la pasion ó vicio que pretendes combatir, y á usar de todos los artificios y engaños que caben en su malicia para rendirte.

Asimismo te imaginarás que oyes en el fondo de tu corazon una secreta voz de tu ángel custodio que te habla de esta suerte: Este es el dia en que debes hacer

los últimos esfuerzos para vencer este enemigo, y todos los demás que conspiran á tu perdicion y ruina: ten ánimo y constancia: no te dejes vencer de algun vano temor ó respeto; porque tu capitan Jesucristo está á tu lado con todos los escuadrones del ejército celestial para defenderte contra todos los que te hacen guerra, y no permitirá que prevalezcan contra tí sus fuerzas ni sus artificios. Procura estar firme y constante: hazte fuerza y violencia, y sufre la pena que sintieres en violentarte y vencerte. Da voces al Señor desde lo mas íntimo de tu corazon: invoca continuamente á Jesús y María: pide á todos los santos y bienaventurados que te socorran y asistan; y no dudes que alcanzarás la victoria.

Aunque seas flaca y estés mal habituada, y tus enemigos te parezcan formidables por su número y por sus fuerzas, no temas; porque los escuadrones que vienen del cielo para tu socorro y defensa, son mas fuertes y numerosos que los que

envia el infierno para quitarte la vida de la gracia. El Dios que te ha criado y redimido es todopoderoso, y tiene sin comparacion mas deseo de salvarte que el demonio de perderte.

Pelea, pues, con valor, y entra desde luego con esfuerzo y resolucion en el empeño de vencerte y mortificarte á tí misma; porque de la continua guerra contra tus malas inclinaciones y hábitos viciosos, ha de nacer finalmente la victoria, y aquel gran tesoro con que se compra el reino de los cielos, donde el alma se une para siempre con Dios. Empieza, pues, hija mia, á combatir en el nombre del Señor, teniendo por espada y por escudo la desconfianza de tí misma, la confianza en Dios, la oracion y el ejercicio en tus potencias.

Asistida de estas armas provocarás á la batalla á tu enemigo, esto es, aquella pasion ó vicio dominante que hubieres resuelto combatir y vencer, ya con un generoso menosprecio, ya con una firme

resistencia, ya con actos repetidos de la virtud contraria, ya finalmente con otros medios que te inspirará el cielo para exterminarlo de tu corazon. No descanses ni dejes la pelea hasta que lo hayas domado y vencido enteramente; y merecerás por tu constancia la corona de las manos de Dios, que con toda la Iglesia triunfante estará mirando desde el cielo tu combate.

Vuelvo á advertirte, hija mia, que no desistas ni ceses de combatir, atendiendo á la obligacion que tenemos de servir y agradar á Dios, y á la necesidad de pelear; pues no podemos excusar la batalla, ni salir de ella sin quedar muertos ó heridos. Considera que cuando como rebelde quisieses huir de Dios y darte á las delicias de la carne, te seria forzoso á tu pesar el combatir con infinitas contrariedades, y sufrir grandes amarguras y penas para satisfacer á tu sensualidad y á tu ambicion. ¿No seria una increible locura elegir y abrazar penas y afanes que

nos inducen y llevan á mayores penas y afanes, y aun á los tormentos eternos, y huir de algunas ligeras tribulaciones que se acaban presto, y nos encaminan y guian á una eterna felicidad, y nos aseguran el ver á Dios para siempre y gozarle?

CAPÍTULO XVII.

Del órden que se debe guardar en el combate contra las pasiones y vicios.

Importa mucho, hija mia, que sepas el órden que se debe guardar para combatir como se debe, y no acaso y por costumbre como hacen muchos, que por esta causa pierden todo el fruto de su trabajo.

El órden de combatir contra tus vicios y malas inclinaciones es recogerte dentro de tí misma, á fin de examinar con cuidado cuáles son ordinariamente tus deseos y tus aficiones, y reconocer cuál es la pasion que reina en tú corazon; y á

esta particularmente has de declarar la guerra como á tu mayor enemigo. Pero si el maligno espíritu, haciendo diversion, te asaltare por otra pasion ó vicio, deberás entonces acudir sin tardanza á donde fuere mayor y mas urgente la necesidad, y volverás después á tu primera empresa.

CAPÍTULO XVIII.

De qué manera deben reprimirse los movimientos repentinos de las pasiones.

Si no estuvieres acostumbrada á reparar y resistir los golpes repentinos de las injurias, afrentas y demás penas de esta vida, conseguirás esta costumbre, previéndolas con el discurso y preparándote de léjos á recibirlas.

El modo de preveerlas es, que después de haber examinado la calidad y naturaleza de tus pasiones, consideres las personas con quienes tratas, y los lugares y

ocasiones donde te hallas ordinariamente; y de aquí podrás fácilmente conjeturar todo lo que puede sucederte.

Pero si bien en cualquiera accidente improviso te aprovechará mucho el haberte precaucionado contra semejantes motivos y ocasiones de mortificacion y pena, podrás no obstante servirte tambien de este otro medio.

Apenas empezares á sentir los primeros golpes de alguna injuria, ó de cualquiera otra afliccion, procura levantar tu espíritu á Dios, considerando que este accidente es un golpe del cielo, que su misericordia te envia para purificarte, y para unirte mas estrechamente á sí: y despues que hayas reconocido qué su bondad inefable se deleita y complace infinitamente de verte sufrir con alegría las mayores penas y adversidades por su amor, vuelve sobre tí misma, y reprendiéndote dirás: *¡Ó cuán flaca y cobarde eres! ¿por qué no quieres tú sufrir y llevar una cruz, que te envia, no esta, ó aquella persona,*

sino tu Padre celestial? Después mirando la cruz abrázala, y recíbela no solamente con sumision, sino con alegría, diciendo: *¡Ó cruz que el amor de mi Redentor crucificado me hace mas dulce y apetecible que todos los placeres de los sentidos! Úneme desde hoy estrechamente contigo, para que por tí yo pueda unirme estrechamente con el que me ha redimido, muriendo entre sus brazos.*

Pero si prevaleciendo en tí la pasion en los principios, no pudieres levantar el corazon á Dios, y te sintieres herida, no por esto desmayes, ni dejes de hacer todos los esfuerzos posibles para vencerla, implorando el socorro del cielo.

Después de todo esto, hija mia, el camino mas breve y seguro para reprimir y sujetar estos primeros movimientos de las pasiones es quitar la causa de donde proceden. Por ejemplo: si por tener puesto tu afecto en alguna cosa de tu gusto, observas que te turbas, te enojas y te inquietas cuando te tocan en ella, procura

desnudarte de este afecto y gozarás de un perfecto reposo.

Mas si la inquietud que sientes procede, no de amor desreglado á algun objeto de tu gusto, sino de aversion natural á alguna persona, cuyas menores acciones te ofenden y desagradan, el remedio eficaz y propio de este mal es que á pesar de tu antipatía te esfuerces á amar esta persona, no solamente porque es una criatura formada de la mano de Dios, y redimida con la preciosa sangre de Jesucristo de la misma suerte que tú, sino tambien porque sufriendo con dulzura y paciencia sus defectos, puedes hacerte semejante á tu Padre celestial, que con todos es generalmente benigno y amoroso. (*Matt.* v, 45).



CAPÍTULO XIX.

Del modo en que se debe combatir contra el vicio deshonesto.

Contra este vicio has de hacer la guerra de un modo particular, y con mayor resolucion y esfuerzo que contra los demás vicios. Para combatirlo como conviene, es necesario que distingas tres tiempos.

El primero, antes de la tentacion.

El segundo, cuando te hallares tentada.

El tercero, después que se hubiere pasado la tentacion.

1. Antes de la tentacion tu pelea ha de ser contra las causas y personas que suelen ocasionar esta tentacion. Primeramente has de pelear no buscando ni acometiendo á tu enemigo, sino huyendo cuanto te sea posible de cualquiera cosa ó persona que te pueda ocasionar el mas

mínimo peligro de caer en este vicio: y cuando, ó la condicion de la vida comun, ó la obligacion del oficio particular, ó la caridad con el prójimo, te obligaren á la presencia y á la conversacion de tales objetos, procurarás contenerte severamente dentro de aquellos límites que hace inculpables la necesidad, usando siempre de palabras modestas y graves, y mostrando un aire mas serio y austero que familiar y afable.

No presumas de tí misma aunque en todo el discurso de tu vida no hayas sentido los penosos estímulos de la carne, porque el espíritu de la impureza suele hacer en una hora lo que no ha podido en muchos años. Muchas veces ordena y dispone ocultamente sus máquinas para herir con mayor ruina y estrago; y nunca es mas de recelar y de temer que cuando mas se disimula y da menos sospechas de sí.

La experiencia nos muestra cada dia que nunca es mayor el peligro que cuando

se contraen ó se mantienen ciertas amistades en que no se descubre algun mal, por fundarse sobre razones y títulos especiosos, ya de parentesco, ya de gratitud, ya de algun otro motivo honesto, ya sobre el mérito y virtud de la persona que se ama; porque con las visitas frecuentes y largos razonamientos se mezcla insensiblemente en estas amistades el venenoso deleite del sentido; y penetrando con un pronto y funesto progreso hasta la medula del alma, obscurece de tal suerte á la razon, que vienen finalmente á tenerse por cosas muy leves el mirar inmodesto, las expresiones tiernas y amorosas, las palabras libres, los donaires y los equívocos, de donde nacen tentaciones y caidas muy graves.

Huye, pues, hija, de la mas mínima sombra de este vicio, si quieres conservarte inocente y pura. No te fies de tu virtud, ni de las resoluciones ó propósitos que hubieres hecho de morir antes que ofender á Dios: porque si el amor sen-

sual que se enciende en estas conversaciones dulces y frecuentes se apodera una vez de tu corazon, no tendrás respeto á parentesco, por contentar y satisfacer tu pasion: serán inútiles y vanas todas las exhortaciones de tus amigos: perderás absolutamente el temor de Dios, y el fuego mismo del infierno no será capaz de extinguir tus llamas impuras. Huye, huye, si no quieres ser sorprendida y presa, y lo que mas es, perder la vida.

2. Huye de la ociosidad, procura vivir con cautela, y ocuparte en pensamientos y en obras convenientes á tu estado.

3. Obedece con alegría á tus superiores y ejecuta con prontitud las cosas que te ordenaren, abrazando con mayor gusto las que te humillan y son mas contrarias á tu voluntad y natural inclinacion.

4. No hagas jamás juicio temerario del prójimo, principalmente en este vicio; y si por desgracia hubiere caido en algun desórden, y fuere manifiesta y pública su caida, no por eso le menosprecies ó le in-

sultes: mas compadeciéndote de su flaqueza, procura aprovecharte de su caida humillándote á los ojos de Dios, conociendo y confesando que no eres sino polvo y ceniza, implorando con humildad y fervor el socorro de su gracia, y huyendo desde entonces con mayor cuidado de todo comercio y comunicacion en que pueda haber la menor sombra de peligro.

Advierte, hija mia, que si fueres fácil y pronta en juzgar mal de hermanos y en despreciarlos, Dios te corregirá á tu costa permitiendo que caigas en las mismas faltas que condenas, para que así vengas á conocer tu soberbia, y humillada procures el remedio de uno y otro vicio.

Pero aunque no caigas en alguna de estas faltas, sabe, hija mia, que si continúas en formar juicios temerarios contra el prójimo, estarás siempre en evidente peligro de perecer.

Últimamente, en las consolaciones y gustos sobrenaturales que recibieres del Señor, guárdate de admitir en tu espí-

ritu algun sentimiento de complacencia ó de vanagloria, persuadiéndote á que has llegado ya al colmo de la perfeccion, y que tus enemigos no se hallan ya en estado de hacerte guerra, porque te parece que los miras con menosprecio, aversion y horror; pues si en esto no fueres muy cauta y advertida caerás con facilidad.

En cuanto al tiempo de la tentacion conviene considerar si la causa de donde procede es interior ó exterior.

Por causa exterior entiendo la curiosidad de los ojos y de las orejas, la delicadeza y lujo de los vestidos, las amistades sospechosas y los razonamientos que incitan á este vicio.

La medicina en estos casos es el pudor y la modestia que tienen cerrados los ojos y las orejas á todos los objetos que son capaces de manchar la imaginacion; pero el principal remedio es la fuga como dije.

La interior procede, ó de la vivacidad y lozanía del cuerpo, ó de los pen-

samientos de la mente que nos vienen de nuestros malos hábitos, ó de las sugestiones del demonio.

La vivacidad y lozanía del cuerpo se ha de mortificar con los ayunos, con las disciplinas, con los cilicios, con las vigilias y con otras austeridades semejantes; mas sin exceder los límites de la discrecion y de la obediencia.

Por lo que mira á los pensamientos, sea cual fuere la causa ó principio de donde nacieren, los remedios y preservativos son estos: la ocupacion en los ejercicios que son propios de tu estado, la oracion y meditacion.

La oracion se ha de hacer en esta forma. Apenas te vinieren semejantes pensamientos y empezares á sentir su impresion, procura luego recogerte dentro de tí misma, y poniendo los ojos en Jesucristo, le dirás: *¡Ó mi dulce Jesús, acudid prontamente á mi socorro para que yo no caiga en las manos de mis enemigos!* Otras veces abrazando la cruz de

donde pende tu Señor, beserás repetidas veces las sacratísimas llagas de sus piés, diciendo con fervor y confianza : *¡ Ó llagas adorables ! ¡ Ó llagas infinitamente santas ! imprimid vuestra figura en este impuro y miserable corazon, preservándome de vuestra ofensa.*

La meditacion, hija mia, yo no quisiera que en el tiempo en que abundan las tentaciones de los deleites carnales, fuese sobre ciertos puntos que algunos libros espirituales proponen por remedios de semejantes tentaciones, como por ejemplo, el considerar la vileza de este vicio, su insaciabilidad, los disgustos y amarguras que le acompañan, y las ruinas que ocasiona en la hacienda, en el honor, en la salud y en la vida : porque no siempre este es medio seguro para vencer la tentacion, antes bien puede empeñarnos mas en el peligro ; pues si el entendimiento de una parte arroja y deshecha estos pensamientos, los excita y llama por otra, y pone á la voluntad en peligro de

deleitarse con ellos y de consentir en el deleite.

Por esta causa el medio mas seguro para librarte y defenderte de tales pensamientos, es apartar la imaginacion, no solamente de los objetos impuros, sino tambien de los que les son contrarios; porque esforzándote á repelerlos por lo que les son contrarios, pensarás en ellos aunque no quieras, y conservarás sus imágenes. Conténtate, pues, en estos casos con meditar sobre la pasion de Jesucristo; y si mientras te ocupas en este santo ejercicio volvieren á molestarte y afligirte con mas vehemencia los mismos pensamientos, no por esto pierdas el ánimo ni dejes la meditacion, ni para resistirles te vuelvas contra ellos, antes bien menospreciándolos enteramente como si no fuesen tuyos, sino del demonio, perseverarás constante en meditar con toda la atencion que te fuese posible sobre la muerte de Jesucristo; porque no hay medio mas poderoso para arrojar de noso-

tros el espíritu inmundo, aun cuando estuviese resuelto y determinado á hacernos perpetuamente la guerra.

Concluirás después tu meditacion con esta peticion, ó con otra semejante: *¡Ó Criador y Redentor mio! libradme de mis enemigos por vuestra infinita bondad, y por los méritos de vuestra sacratísima pasion.* Pero guárdate mientras dijeres esto de pensar en el vicio de que deseas defenderte, porque la menor idea será peligrosa.

Sobre todo no pierdas el tiempo en disputar contigo misma para saber si consentiste ó no consentiste á la tentacion; porque este género de exámen es una invencion del demonio que con pretexto de un bien aparente, ó de una obligacion quimérica, pretende inquietarte y hacerte tímida y desconfiada, ó precipitarte en algun deleite sensual con estas imaginaciones impuras de que ocupa tu espíritu.

Todas las veces, pues, que en estas tentaciones no fuere claro el consenti-

miento, bastará que descubras brevemente á tu padre espiritual lo que supieres, quedando después quieta y sosegada con su parecer, sin pensar mas en semejante cosa. Pero no dejes de descubrirle con fidelidad todo el fondo de tu corazon, sin ocultarle jamás alguna cosa, ó por vergüenza, ó por cualquiera otro respeto; porque si para vencer generalmente á todos nuestros enemigos es necesaria la humildad, ¿cuánta necesidad tendrémos de esta virtud para librarnos y defendernos de un vicio que es cási siempre pena y castigo de nuestro orgullo?

Pasado el tiempo de la tentacion, la regla que deberás guardar es esta: aunque goces de una profunda calma y de un perfecto sosiego, y te parezca que te hallas libre y segura de semejantes tentaciones, procura no obstante tener léjos de tu pensamiento los objetos que te las causaron, y no las permitas que vuelvan á entrar en tu espíritu con algun color ó pretexto de virtud, ó de otro bien

imaginado; porque semejantes pretextos son engaños de nuestra naturaleza corrompida, y lazos del demonio que se transforma en ángel de luz (II *Cor*. XI, 14) para inducirnos en las tinieblas exteriores que son las del infierno.

CAPÍTULO XX.

Del modo de pelear contra el vicio de la pereza.

Importa mucho, hija mia, que hagas la guerra á la pereza, porque este vicio no solamente nos aparta del camino de la perfeccion, sino que nos pone enteramente en las manos de los enemigos de nuestra salud.

Si quieres no caer en la mísera servidumbre de este vicio, has de huir de toda curiosidad y afecto terreno, y de cualquiera ocupacion que no convenga á tu estado. Asimismo serás muy diligente en corresponder á las inspiraciones del cie-

lo, en ejecutar las órdenes de tus superiores, y en hacer todas las cosas en el tiempo y en el modo que ellos desean.

No tardes ni un breve instante en cumplir lo que se te hubiere ordenado, porque la primera dilacion ó tardanza ocasiona la segunda, y la segunda la tercera y las demás, á las cuales el sentido se rinde y cede mas fácilmente que á las primeras, por haberse ya aficionado al placer y dulzura del descanso; y así, ó la accion se empieza muy tarde, ó se deja como molesta y pesada.

De esta suerte viene á formarse en nosotros el hábito de la pereza, el cual es muy difícil de vencer, si la vergüenza de haber vivido en una suma negligencia y descuido no nos obliga, en fin, á tomar la resolucion de ser en lo venidero mas laboriosos y diligentes.

Pero advierte, hija mia, que la pereza es un veneno que se derrama en todas las potencias del alma, y que no solamente inficiona la voluntad, haciendo

que aborrezca el trabajo, sino tambien el entendimiento, cegándole para que no vea cuán vanos y mal fundados son los propósitos de los negligentes y perezosos; pues lo que deberian hacer luego y con diligencia, ó no lo hacen jamás, ó lo prolongan y dejan para otro tiempo.

Ni basta que se haga con prontitud la obra que se ha de hacer, sino que es necesario hacerla en el tiempo que pide la calidad y naturaleza de la misma obra, y con toda la diligencia y cuidado que conviene, para darle toda la perfeccion posible; porque, en fin, no es diligencia, sino una pereza artificiosa y fina hacer con precipitacion las cosas, no cuidando de hacerlas bien, sino de concluirlas presto, para entregarnos después al reposo en que teníamos fijo todo el pensamiento. Este desórden nace ordinariamente de no considerarse bastantemente el valor y precio de una buena obra, cuando se hace en su propio tiempo, y con ánimo resuelto á vencer todos los impedimen-

tos y dificultades que opone el vicio de la pereza á los nuevos soldados que comienzan á hacer guerra á sus pasiones y vicios.

Considera, pues, hija mia, que una sola aspiracion, una oracion jaculatoria, una reflexion, y la menor demostracion de culto y de respeto á la Majestad divina, es de mayor precio y valor que todos los tesoros del mundo; y cada vez que el hombre se mortifica en alguna cosa, los ángeles del cielo le fabrican una bella corona en recompensa de la victoria que ha ganado sobre sí misma.

Considera, al contrario, que Dios quita poco á poco sus dones y gracias á los tibios y perezosos, y las aumenta á los fervorosos y diligentes, para hacerlos entrar despues en la alegría y gozo de su bienaventuranza.

Pero si en el principio no te sintieres con fuerza y vigor bastante para sufrir las dificultades y penas que se presentan en el camino de la perfeccion, es necesario

que procures ocultártelas con destreza á tí misma, de suerte que te parezcan menores que suelen figurárselas los perezosos. Por ejemplo: si para adquirir una virtud necesitas de ejercitarte en repetidos y frecuentes actos y combatir con muchos y poderosos enemigos que se oponen á tu intento, empieza á formar estos actos como si hubiesen de ser pocos los que has de producir; trabaja como si tu trabajo no hubiese de durar sino muy breve tiempo, y combate á tus enemigos el uno después del otro, como si no tuvieses sino uno solo que combatir y vencer, pononiendo toda tu confianza en Dios, y esperando que con el socorro de su gracia serás mas fuerte que todos ellos. Pues si obrares de esta suerte, vendrás á librarte del vicio de la pereza, y á adquirir la virtud contraria.

Lo mismo practicarás en la oracion. Si tu oracion debe durar una hora y te parece largo este tiempo, propone solamente orar medio cuarto de hora, y pasando

de este medio cuarto de hora á otro, no te será difícil ni penoso el llenar finalmente la hora entera. Pero si al segundo ó tercero medio cuarto de hora sintieres demasiada repugnancia y pena, deja entonces el ejercicio para no aumentar tu desabrimiento y disgusto; porque esta interrupcion no te causará algun daño si después vuelves á continuarlo.

Este mismo método has de observar en las obras exteriores y mentales. Si tuvieres diversas cosas que hacer, y por parecerte muchas y muy difíciles sientes inquietud y pena, comienza siempre por la primera con resolucion, sin pensar en las demás; porque haciéndolo así con diligencia, vendrás á hacerlas todas con menos trabajo y dificultad de lo que imaginabas.

Si no procuras, hija mia, guardar esta regla, y no te esfuerzas á vencer el trabajo y dificultad que nace de la pereza, advierte que con el tiempo vendrá á prevalecer en tí de tal manera este vicio, que las dificultades y penas que son in-

separables de los primeros ejercicios de la virtud, no solamente te molestarán cuando están presentes, sino que desde léjos te causarán disgusto y congojas, porque estarás siempre con un continuo temor de ser ejercitada y combatida de tus enemigos, y en la misma quietud vivirás inquieta y turbada.

Conviene, hija mia, que sepas que en este vicio hay un veneno oculto que oprime y destruye no solamente las primeras semillas de las virtudes, sino tambien las virtudes que están ya formadas: y que como la carcoma roe y consume insensiblemente la madera, así este vicio roe y consume insensiblemente la medula de la vida espiritual; y por este medio suele el demonio tender sus redes y lazos á los hombres y particularmente á los que aspiran á la perfeccion.

Vela, pues, sobre tí misma dándote á la oracion y á las buenas obras, y no aguardes á tejer el paño de la vestidura nupcial para cuando ya habias de estar vestida y

adornada de ella para salir á recibir el esposo (*Matt.* XXII y XXV).

Acuérdate cada dia que quien te da la mañana no te promete la tarde; y que quien te da la tarde no te asegura la mañana. (*Véase en la 2.ª part. trat. 4.º cap.* XIV).

Emplea santamente cada hora del dia como si fuese la última; ocúpate toda en agradar á Dios, y teme siempre la estrecha y rigurosa cuenta que le has de dar de todos los instantes de tu vida.

Últimamente te advierto, que tengas por perdido aquel dia en que aunque hayas trabajado con diligencia y concluido muchos negocios, no hubieses alcanzado muchas victorias contra tu propia voluntad y malas inclinaciones, ni hubieses rendido gracias y alabanzas á Dios por sus beneficios; y principalmente por el de la dolorosa muerte que padeció por tí, y por el suave y paternal castigo que te da, si por ventura te hubiese hecho digna del tesoro inestimable de alguna tribulacion.

CAPÍTULO XXI.

Cómo debemos gobernar los sentidos exteriores, y servirnos de ellos para la contemplacion de las cosas divinas.

Grande advertencia y continuado ejercicio pide el gobierno y buen uso de los sentidos exteriores; porque el apetito sensitivo, de donde nacen todos los movimientos de la naturaleza corrompida, se inclina desenfrenadamente á los gustos y deleites, y no pudiendo adquirirlos por sí mismo, se sirve de los sentidos como de instrumentos propios y naturales para traer á sí los objetos, cuyas imágenes imprime en el alma: de donde se origina el placer sensual, que por la estrecha comunicacion que tienen entre sí el espíritu y la carne, derramándose desde luego en todos los sentidos que son capaces de aquel deleite, pasa después á inficionar como un mal contagioso las potencias del

alma, y viene finalmente á corromper todo el hombre.

Los remedios con que podrás preservarte de un mal tan grave son estos:

Estarás siempre advertida y sobre aviso de no dar mucha libertad á tus sentidos, y de no servirte de ellos para el deleite, sino solamente para buen fin, ó por alguna necesidad ó provecho; y si por ventura, sin que tú lo adviertas, se derramaren á vanos objetos para buscar algun falso deleite, recógelos luego y réglalos de suerte que se acostumbren á sacar de los mismos objetos grandes socorros para la perfeccion del alma, y no admitir otras especies que las que pueden ayudarla para elevarse por el conocimiento de las cosas criadas á la contemplacion de las grandezas de Dios; lo cual podrás practicar en esta forma:

Cuando se presentare á tus sentidos algun objeto agradable, no consideres lo que tiene de material, sino míralo con los ojos del alma; y si advirtieres ó hallares

en él alguna cosa que lisonjee y agrade á tus sentidos, considera que no la tiene de sí, sino que la ha recibido de Dios, que con una mano invisible lo ha criado, y le comunica toda la bondad y hermosura que en él admiras.

Después te alegrarás de ver que este Ser soberano é independiente, que es el único autor de tantas bellas calidades que te hechizan en las criaturas, las contiene todas en sí mismo con eminencia, y que la mas excelente no es mas que una sombra de sus infinitas perfecciones.

Cuando vieres ó contemplares alguna obra excelente y perfecta de tu Criador, considera su nada, y fija los ojos del entendimiento en el divino Artífice que la dió el ser, y poniendo en él solo toda tu alegría, le dirás: *¡Ó esencia divina, objeto de todos mis deseos, y única felicidad mia, cuánto me alegro de que tú seas el principio infinito de todo el ser y perfeccion de las criaturas!*

De la misma suerte cuando vieres ár-

boles, plantas, flores ó cosas semejantes, considera que la vida que tienen no la tienen de sí, sino del espíritu que no ves y que las vivifica; y podrás decirle: *Vos sois, Señor, la verdadera vida, de quien, en quien y por quien viven y crecen todas las cosas: ¡Ó viva alegría de mi corazon!*

Asimismo de la vista de los animales levantarás el pensamiento á Dios que les ha dado el sentido y movimiento, y le dirás *¡Ó gran Dios, que moviendo todas las cosas en el mundo, sois siempre inmóvil en Vos mismo! ¡Cuánto me alegro de vuestra perpetua estabilidad y firmeza!*

Cuando sintieres que se inclina tu afecto á la belleza de las criaturas, separa luego lo que ves de lo que no ves; deja el cuerpo, y vuelve el pensamiento al espíritu. Considera que todo lo que parece hermoso á tus ojos, viene de un principio invisible, que es la hermosura increada, y te dirás á tí misma: *Estos no son sino destellos ó arroyuelos de aquella*

fuente increada, ó gotas de aquel piélago infinito de donde manan todos los bienes. ¡Ó cómo me alegro en lo íntimo del corazon pensando en la eterna belleza, que es orígen y causa de todas las bellezas criadas!

Cuando vieres alguna persóna en quien resplandeciere la bondad, la sabiduría, la justicia ó alguna otra virtud, distingue igualmente lo que tiene de sí misma, de lo que ha recibido del cielo, y dirás á Dios: *¡Ó riquísimo tesoro de todas las virtudes! Yo no puedo explicar la alegría que siento cuando considero que no hay algun bien que no proceda de Vos, y que todas las perfecciones de las criaturas son nada en comparacion de las vuestras. Yo os alabo y bendigo, Señor, por este y por todos los demás bienes que os habeis dignado de comunicar á mi prójimo. Acordaos, Señor, de mi pobreza, y de la necesidad que tengo de tal y tal virtud.*

Cuando hicieres alguna cosa, conside-

ra que Dios es la primera causa de aquella obra, y que tú no eres sino un vil instrumento; y levantando el pensamiento á su divina Majestad, le dirás: *¡O soberano Señor del mundo! Yo reconozco con alegría indecible, que sin Vos no puedo obrar cosa alguna, y que Vos sois el primero y el principal artífice de todas.*

Cuando comieres de alguna vianda que sea de tu gusto, harás esta reflexion, que solo el Criador es capaz de darle este gusto que hallas, y que te es tan agradable; y poniendo en él solo todas tus delicias, te dirás á tí misma: *Alégrate, alma mia, de que como fuera de Dios no hay verdadero ni sólido contento; así en solo Dios puedes verdaderamente deleitarte en todas las cosas.*

Cuando sintieres algun olor suave y agradable no te detengas en el deleite ó gusto que te causa; mas pasa con el pensamiento al Señor, de quien tiene su orígen aquella fragancia, y con una inte-

rior consolacion le dirás : *Haced, Dios y señor mio, que así como yo me alegro que de Vos proceda toda suavidad, así mi alma desasida de los placeres sensuales no tenga cosa alguna que la impida el elevarse á Vos, como el humo de un agradable incienso.*

Finalmente, cuando oyeres alguna suave armonía de voces ó instrumentos, volviéndote con el espíritu á Dios, dirás : *¡ Ó Señor Dios mio, cuánto me alegro de vuestras infinitas perfecciones, que unidas forman una admirable armonía y concierto, no solamente en Vos mismo, sino tambien en los ángeles, en los cielos y en todas las criaturas !*

CAPÍTULO XXII.

Cómo podrán ayudarnos las cosas sensibles para la meditacion de los misterios de la vida y pasion de Cristo nuestro Señor.

Ya te he mostrado, hija mia, cómo podrás elevarte de la consideracion de las cosas sensibles á la contemplacion de las grandezas de Dios. Ahora quiero enseñarte el modo de servirte de estas mismas cosas para meditar y considerar los sagrados misterios de la vida y de la pasion de Jesucristo nuestro Redentor.

No hay cosa alguna en el universo que no pueda servirte para este efecto.

Considera en todas las cosas á Dios como única y primera causa que les ha dado el ser, la hermosura y la excelencia que tienen. Después admirarás su bondad infinita; pues siendo único principio y señor de todo lo criado, quiso humi-

llar su dignidad y grandeza hasta hacerse hombre y vestirse de nuestras flaquezas, y sufrir una muerte afrentosa por nuestra salud, permitiendo que sus mismas criaturas le crucificasen.

Muchas cosas podrán representarte particular y distintamente estos santos misterios, como armas, cuerdas, azotes, columnas, espinas, cañas, clavos, tenazas, martillos, y otras cosas que fueron instrumentos de la sacratísima pasion.

Los pobres albergues nos reducirán á la memoria el establo (*Luc.* II) y pesebre en que quiso nacer el Señor. Si llueve podrémos acordarnos de aquella divina lluvia de sangre que en el huerto (*Idem* XXII) salió de su sacratísimo cuerpo y regó la tierra. Las piedras que miráremos nos servirán de imágenes de las que se rompieron en su muerte. La tierra nos representará el movimiento que entonces hizo (*Matth.* XXVII). El sol las tinieblas que lo obscurecieron (*Marc.* XV, 33). Cuando viéremos el agua podrémos acor-

darnos de la que salió de su sacratísimo costado (*Joan.* XIX, 34); y lo mismo digo de otras cosas semejantes.

Si bebieres vino ú otro licor, acuérdate de la hiel y vinagre (*Matth.* XXVII), que á tu divino Salvador presentaron sus enemigos. Si te deleitare la suavidad y fragancia de los perfumes, figúrate en tu imaginacion el hedor de los cuerpos muertos que sintió en el Calvario. Cuando te vistieres, considera que el Verbo eterno se vistió de nuestra carne para vestirnos de su divinidad (*Philip.* II). Cuando te desnudares, imagínate que lo ves desnudo (*Matth.* XXVII) entre las manos de los verdugos para ser azotado y morir en la cruz por nuestro amor. Cuando oyeres algunos rumores ó gritos confusos, acuérdate de las voces abominables de los judíos, cuando amotinados contra el Señor gritaban que fuese crucificado (*Luc.* XXII, *Joan.* XIX); *Tolle, tolle: crucifige, crucifige.*

Todas las veces que sonare el reloj pa-

ra dar las horas, te representarás la congoja, palpitacion y angustias mortales que sintió en su corazon Jesús en el huerto, cuando empezó á temer los crueles tormentos que se le preparaban; ó te figurarás que oyes los duros golpes de los martillos que los soldados le dieron cuando le clavaron en la cruz. En fin, en cualquiera dolores y penas que padecieres ó vieres padecer á otro, considerarás que son muy leves en comparacion de las incomprensibles angustias que penetraron y afligieron el cuerpo y el alma de Jesucristo en el curso de su pasion.

CAPÍTULO XXIII.

De otros modos de gobernar nuestros sentidos segun las ocasiones que se ofrecieren.

Después de haberte mostrado como podemos levantar nuestros espíritus de las cosas sensibles á las cosas de Dios, y á

los misterios de la vida de Jesucristo, quiero tambien enseñarte otros modos de que podemos servirnos para diversas meditaciones, para que así como son diferentes los gustos de las almas, así tengan muchos y diversos manjares con que puedan satisfacer á su devocion. Esta variedad será de grande utilidad y provecho, no solamente para las personas sencillas, sino tambien para las mas espirituales; porque no todas van por un mismo camino á la perfeccion, ni tienen el espíritu igualmente pronto y dispuesto para las mas altas especulaciones.

No temas que tu espíritu se embarace y confunda con esta diversidad de cosas, si te gobiernas con la regla de la discrecion, y con el consejo de quien te guiare en la vida espiritual, cuya direccion deberás seguir siempre, así en estas como en todas las demás advertencias que te daré.

Siempre que mirares tantas cosas hermosas y agradables á la vista, y que es-

tán en el mundo en grande aprecio y estimacion, considera que todas són vilísimas y como de barro en comparacion de las riquezas y bienes celestiales, á que solamente (despreciando el mundo) debes aspirar de todo corazon.

Cuando miras el sol, imagina y piensa que tu alma, si se halla adornada de la gracia, es mas hermosa y resplandeciente que el sol y que todos los astros del firmamento; pero que sin el adorno y hermosura de la gracia es mas obscura y abominable que las mismas tinieblas del infierno.

Alzando los ojos corporales al cielo, pasa adelante con los del entendimiento hasta el empíreo, y considera que es lugar prevenido para tu feliz morada por una eternidad, si en este mundo vivieres cristianamente.

Cuando oyeres cantar los pájaros, acuérdate del paraíso donde se cantan incesantemente á Dios himnos y cánticos de alabanza (*Apoc.* XIX); y pide al mismo

tiempo al Señor que te haga digna de alabarle eternamente en compañía de los espíritus celestiales.

Cuando advirtieres que te deleita y hechiza la belleza de las criaturas, imagina que debajo de aquella hermosa apariencia se oculta la serpiente infernal, pronta á morderte para inficionarte con su veneno y quitarte la vida de la gracia, y con santa indignacion la dirás: *Huye, maldita serpiente, en vano te ocultas para devorarme.* Después volviéndote á Dios le dirás: *Bendito seais, Señor, que os habeis dignado de descubrirme mi enemigo y de salvarme de sus asechanzas.* Después retírate á las llagas de tu Redentor como á un asilo seguro, y ocupa tu espíritu con los dolores incomprensibles que padeció en su sacratísima carne para librarte del pecado, y hacerte odiosos los deleites sensuales.

Otro medio quiero enseñarte para defenderte de los atractivos de las hermosuras criadas; y es, que pienses y consi-

deres ¿qué vendrán á ser despues de la muerte estos objetos que te parecen ahora tan hermosos?

Cuando caminares, acuérdate que con cada paso que das te acercas á la muerte.

El vuelo de un pájaro, el curso de un rio impetuoso, te advierten que tu vida corre y vuela con mayor velocidad á su fin.

En las tempestades de vientos, relámpagos y truenos, acuérdate del tremendo dia del juicio; y postrándote profundamente en presencia de Dios, le adorarás pidiéndole con humildad que te conceda gracia y tiempo para disponerte y prepararte, de suerte que puedas comparecer con seguridad entonces delante de su altísima Majestad.

En la variedad de accidentes á que está sujeta la vida humana, te ejercitarás de esta manera. Si, por ejemplo, te hallares oprimida de algun dolor ó tristeza, si padecieres calor ó frio ó alguna otra incomodidad, levanta tu espíritu al Señor, y

adora el órden inmutable de su providencia, que por tu bien ha dispuesto que en aquel tiempo padezcas aquella pena ó trabajo; y reconociendo con alegría el amor tierno y paternal que te muestra, y la ocasion que te da de servirle en lo que mas le agrada, dirás dentro de tu corazon: *Ahora se cumple verdaderamente en mí la voluntad de Dios, que tan benigna y amorosamente dispuso en su eternidad que yo padeciese esta mortificacion. Sea para siempre bendito y alabado.*

Cuando se despertare en tu alma algun buen pensamiento, vuélvete luego á Dios, y reconociendo que debes á su bondad y misericordia este favor, le darás con humildad las gracias.

Si leyeres algun libro espiritual y devoto, imagínate que el Señor te habla en aquel libro para tu instruccion, y recibe sus palabras como si saliesen de su divina boca.

Cuando miras la cruz, considérala como el estandarte de Jesucristo tu capitan,

y entiende que si te apartas de este sagrado estandarte, caerás en las manos de tus mas crueles enemigos; pero si lo sigues constantemente, te harás digna de entrar algun dia en triunfo en el cielo cargada de gloriosos despojos.

Cuando vieres alguna imágen de María santísima, ofrece tu corazon á esta Madre de misericordia, muéstrale el gozo y alegría que sientes de que haya cumplido siempre con tanta diligencia y fidelidad la voluntad divina: de que haya dado al mundo á tu Redentor, y lo hayá sustentado de su purísima leche; y en fin, dale muchas bendiciones y gracias por la asistencia y socorro que da á todos los que la invocan en este espiritual combate contra el demonio.

Las imágenes de los Santos te representarán á la memoria aquellos dignos y generosos soldados de Jesucristo, que combatiendo valerosamente hasta la muerte, te han abierto el camino que debes seguir para llegar á la gloria.

Cuando vieres alguna iglesia, entre otras devotas consideraciones, pensarás que tu alma es templo vivo de Dios (1 *Cor.* III.—II *id.* VI.), y que como estancia y morada suya, debes conservarla pura y limpia.

En cualquier tiempo que se tocare la campana para la salutacion angélica, podrás hacer alguna breve reflexion sobre las palabras que preceden á cada Ave María.

En el primer toque ó señal darás gracias á Dios de aquella célebre embajada (*Luc.* I) que envió á María santísima, y fue el principio de nuestra salud. En el segundo te congratularás con esta purísima Señora de la alta dignidad á que la sublimó Dios, en recompensa de su profundísima humildad. En el tercero adorarás al Verbo encarnado (*Joan.* I), y al mismo tiempo darás á su bienaventurada Madre y al arcángel san Gabriel el honor y culto que merecen. En cada uno de estos toques será bien que incli-

nes un poco la cabeza en señal de reverencia, y particularmente en el último.

A mas de estas breves meditaciones, que podrás practicar igualmente en todos tiempos, quiero, hija mia, enseñarte otras de que podrás servirte en la tarde, en la mañana y en el mediodia, y pertenecen al misterio de la pasion de nuestro Señor; porque todos estamos obligados á pensar frecuentemente en el cruel martirio que entonces padeció nuestra Señora, y seria en nosotros monstruosa ingratitud el no hacerlo.

Á la tarde representarás el dolor y pena de esta purísima Señora por el sudor de sangre, prision en el huerto y angustias interiores de su santísimo Hijo en aquella triste noche.

Por la mañana compadécete de la afliccion que tuvo cuando con tanta ignominia presentaron su amado Hijo á Pilato y á Herodes, y cuando lo condenaron á muerte y obligaron á llevar la cruz so-

bre sus espaldas para ir al lugar del suplicio.

Al mediodia considera aquella espada de dolor que penetró el alma de esta Madre afligida por la crucifixion y muerte del Señor, y por la cruel lanzada que recibió ya difunto en su sacratísimo costado.

Estas piadosas reflexiones sobre los dolores y penas de nuestra Señora, las podrás hacer desde la tarde del jueves hasta el mediodia del sábado; las otras en los otros dias. Pero en estos seguirás siempre tu devocion particular, segun te sintieres movida de los objetos exteriores.

Finalmente, para explicarte en pocas palabras el modo con que debes usar de los sentidos, sea para tí regla inviolable el no dar entrada en tu corazon al amor ó á la aversion natural de las cosas que te se presentaren, reglando de tal suerte todas tus inclinaciones por la voluntad divina, que no te determines

á aborrecer ó amar sino lo que Dios quiere que aborrezcas ó ames.

Pero advierte, hija mia, que aunque te doy todas estas reglas para el buen uso y gobierno de tus sentidos; no obstante, tu principal ocupacion ha de ser siempre estar recogida dentro de tí misma con el Señor, el cual quiere que te ejercites interiormente en combatir tus viciosas inclinaciones, y en producir actos frecuentes de virtudes contrarias. Solamente te las enseño y propongo para que sepas gobernarte en las ocasiones en que tuvieres necesidad, porque has de saber que no es medio seguro para aprovechar en la virtud el sujetarnos á muchos ejercicios exteriores, que aunque de sí son loables y buenos, no obstante muchas veces no sirven sino de embarazar el espíritu, de fomentar el amor propio, de entretener la inconstancia, y de dar lugar á las tentaciones del enemigo.

CAPÍTULO XXIV.

Del modo de gobernar la lengua.

La lengua del hombre para ser bien gobernada, necesita de freno que la contenga dentro de las reglas de la sabiduría y de la direccion cristiana; porque todos somos naturalmente inclinados á dejarla correr y discurrir libremente de las cosas que agradan y deleitan á los sentidos.

El hablar mucho nace ordinariamente de nuestra soberbia y presuncion; porque persuadiéndonos á que somos muy entendidos y sabios, y enamorándonos de nuestros propios conceptos, nos esforzamos con sobradas réplicas á imprimirlos en los ánimos de los demás, pretendiendo dominar en las conversaciones, y que todo el mundo nos escuche como á maestros.

No se pueden explicar con pocas pa-

labras los daños que nacen de este detestable vicio. La locuacidad es madre de la pereza, indicio de ignorancia y de locura, ocasiona la detraccion y la mentira, entibia el fervor de la devocion, fortifica las pasiones desordenadas, y acostumbra la lengua á no decir sino palabras vanas, indiscretas y ociosas.

No te alargues jamás en discursos y razonamientos prolijos con quien no te oye con gusto para no darle enfado, y haz lo mismo con quien te escucha cortesanamente para no exceder los términos de la modestia.

Huye siempre de hablar con sobrada eficacia y con alta voz, porque ambas cosas son odiosas, y muestran mucha presuncion y vanidad.

No hables jamás de tí mismo, de tus cosas, de tus padres ó de tus parientes sino cuando te obligare la necesidad; y entonces lo harás muy brevemente y con toda la moderacion y modestia posible, y si te pareciere que alguno habla sobra-

damente de sí y de sus cosas, no por eso lo menosprecies; pero guárdate de imitarlo, aunque sus palabras no se dirijan sino á la acusacion y al menosprecio de sí mismo, y á su propia confusion.

Del prójimo y de las cosas que le pertenecen no hables jamás, sino cuando se ofreciere la ocasion de confesar su mérito y su virtud para no defraudarle de la aprobacion ó alabanza que se le debe.

Habla con gusto de Dios, y particularmente de su amor y de su bondad infinita. Pero temiendo que puedes errar en esto y no hablar con la dignidad que conviene, gustarás mas de escuchar con atencion lo que otros dijeren, conservando sus palabras en lo íntimo de tu corazon.

En cuanto á los discursos ó razonamientos profanos, si llegaren á tus oidos, no los permitas que entren en tu corazon; pero si te fuere forzoso escuchar al que te habla para responderle, no dejes de dar con el pensamiento una breve vis-

ta al cielo donde reina tu Dios; y desde donde aquella alta y soberana Majestad no se desdeña de mirar tu profunda bajeza.

Examina bien todo lo que quisieres decir antes que del corazon pase á la lengua. Procura usar en esto de toda la circunspeccion posible; porque muchas veces se fian inadvertidamente á la lengua algunas cosas que deberian sepultarse en el silencio, y no pocas palabras que en la conversacion parecen buenas y dignas de decirse, seria mejor suprimirlas; lo cual se conoce claramente pasada la ocasion del razonamiento.

La virtud del silencio, hija mia, es un poderoso escudo en el combate espiritual, y los que le guardan pueden prometerse con seguridad grandes victorias; porque ordinariamente desconfian de sí mismos, confian en Dios, tienen mucho atractivo para la oracion, y una grande inclinacion y facilidad para todos los ejercicios de la virtud.

Para aficionarte y acostumbrarte al silencio, considera á menudo los grandes bienes que proceden de esta virtud, y los males infinitos que nacen de la locuacidad y de la destemplanza de la lengua (*Epist. Cat. Jacob*. III, 2 *y sig.*); pero si quieres adquirir en breve tiempo esta virtud, procura callar aun cuando tuvieres ocasion ó motivo de hablar; con tal que tu silencio no te causeá tí ó al prójimo algun perjuicio. Huye sobre todo de las conversaciones profanas; prefiere la compañía de los Ángeles, de los Santos y del mismo Dios, á la de los hombres. Acuérdate, finalmente, de la difícil y peligrosa guerra que tienes dentro y fuera de tí misma, porque viendo cuánto tienes que hacer para defenderte de tus enemigos, dejarás sin dificultad las conversaciones y discursos inútiles.

CAPÍTULO XXV.

Que para combatir bien contra los enemigos; debe el soldado de Cristo huir cuanto le fuere posible de las inquietudes y perturbaciones del corazon.

Así como cuando hemos perdido la paz del corazon, debemos emplear todos los esfuerzos posibles para recobrarla; así has de saber, hija mia, que no puede ocurrir en el mundo accidente alguno que deba quitarnos este inestimable tesoro.

De los pecados propios no es dudable que debemos dolernos; pero con un dolor tranquilo y pacífico como muchas veces he dicho. Asimismo justo es que nos compadezcamos de otros pecadores, y que á lo menos interiormente lloremos su desgracia; pero nuestra compasion, como nacida puramente de la caridad, ha de ser libre y exenta de toda inquietud y perturbacion de ánimo.

En órden á los males particulares y públicos á que estamos sujetos en este mundo, como son, las enfermedades, las heridas, la muerte, la pérdida de los bienes, de los parientes y de los amigos; la peste, la guerra, los incendios y otros muchos accidentes tristes y trabajosos que los hombres aborrecen como contrarios á la naturaleza, podemos siempre con el socorro de la gracia no solamente recibirlos sin repugnancia de la mano de Dios, sino tambien abrazarlos con alegría y contento, considerándolos, ó como castigos saludables para los pecadores, ó como ocasiones de mérito para los justos.

Por estos dos fines, hija mia, suele Dios afligirnos; pero es constante, que mientras nuestra voluntad estuviere resignada en la suya, gozarémos de una perfecta paz y quietud interior entre todas las amarguras y contrariedades de esta vida. Y has de tener por cierto, que toda inquietud desagrada á sus divinos ojos; porque de cualquiera naturaleza que sea,

nunca se halla sin alguna imperfeccion, y procede siempre de una mala raíz, que es el amor propio.

Procura, pues, hija mia, acostumbrarte á prever desde léjos todos los accidentes que puedan inquietarte, y prepárate en tiempo á sufrirlos con paciencia. Considera que los males presentes no son efectivamente males; que no son capaces de privarnos de los verdaderos bienes, y que Dios los envia ó los permite por los dos fines que hemos dicho, ó por otros que nos son ocultos; pero que no pueden dejar de ser siempre muy justos.

Conservando de esta suerte un espíritu siempre igual entre los diversos accidentes de esta vida, aprovecharás mucho y harás grandes progresos en la perfeccion; pero sin esta igualdad de espíritu todos tus ejercicios serán inútiles y de ningun provecho. Demás de esto, mientras tuvieres inquieto y turbado el corazon, te hallarás expuesta á los insultos del enemigo, y no podrás en este estado descubrir

la senda y verdadero camino de la virtud.

El demonio procura con todo esfuerzo desterrar la paz de nuestro corazon; porque sabe que Dios habita en la paz, y que la paz es el lugar en que suele obrar cosas grandes. De aquí nace que no hay artificio de que no se sirva para robarnos este inestimable tesoro, y á este fin nos inspira diversos deseos que parecen buenos y son verdaderamente malos, cuyo engaño se puede fácilmente conocer entre otras señales en que nos quitan la paz y quietud del corazon.

Para remediar un daño tan grave, conviene que cuando el enemigo se esfuerza á excitar en tí algun nuevo deseo, no le dés entrada en tu corazon sin que primeramente, libre, y desnuda de todo afecto de propiedad y querer, ofrezcas y presentes á Dios este nuevo deseo; y confesando tu ceguedad y tu ignorancia le pidas con eficacia que con su divina luz te haga conocer si viene de su Majestad ó del ene-

migó, y recurre tambien cuando pudieres al consejo de tu padre espiritual.

Aun cuando estuvieses cierta y segura de que el deseo que se forma en tu corazon es un movimiento del Espíritu Santo, no debes ponerlo en obra sin haber mortificado primero tu demasiada vivacidad; porque una buena obra, á la cual precede esta mortificacion, es mas perfecta y mas agradable á Dios que si se hiciese con un ardor y ansia natural, y muchas veces la buena obra le agrada menos que esta mortificacion.

De esta suerte desechando y repeliendo los deseos no buenos, y no efectuando los buenos sino después de haber reprimido los movimientos de la naturaleza, conservarás libre de todo peligro y en una tranquilidad perfecta la roca de tu corazon.

Para conservar esta paz y tranquilidad del corazon, conviene tambien que lo defiendas y guardes de ciertas reprensiones ó remordimientos interiores contra tí misma, que si bien (porque nos acusan de

alguna verdadera falta) nos parece que vienen de Dios, no obstante, no vienen sino del demonio. De sus frutos conocerás la raíz (*Matth.* VII) de donde proceden. Si los remordimientos de conciencia te humillan, si te hacen mas diligente y fervorosa en el ejercicio y práctica de las buenas obras, y no disminuyen tu confianza en la divina misericordia, debes recibirlos con gratitud y reconocimiento como favores del cielo; pero si te inquietan, te turban y te confunden, si te hacen pusilánime, tímida y perezosa en el bien, debes creer que son sugestiones del enemigo, y así sin darles oido proseguirás tus ejercicios.

Mas como fuera de todo esto nuestras inquietudes nacen comunmente de los males de esta vida, para que puedas defenderte y librarte de estos golpes has de hacer dos cosas.

La primera es considerar qué es lo que estos males pueden destruir en nosotros, si es el amor de la perfeccion ó el amor

propio : si no destruyen sino el amor propio, que es nuestro capital enemigo, no debemos quejarnos, sino antes bien aceptarlos con alegría y reconocimiento, como gracias que Dios nos hace y como socorros que nos envia ; pero si pueden apartarnos de la perfeccion y hacernos aborrecible y odiosa la virtud, no por esto debemos desalentarnos ni perder la paz del corazon, como luego verémos en el siguiente capítulo.

La otra cosa es, que levantando tu espíritu á Dios, recibas indiferentemente todo lo que te viniere de su divina mano, persuadiéndote á que las mismas cruces que nos presenta son para nosotros fuentes y manantiales de infinitos bienes que entonces no apreciamos porque no los conocemos.

CAPÍTULO XXVI.

De lo que debemos hacer cuando hemos recibido alguna herida en el combate espiritual.

Cuando te sintieres herida, esto es, cuando conocieres que has cometido alguna falta, ó por pura fragilidad, ó con reflexion y malicia, no por esto te desanimes ó te inquietes; mas volviéndote luego á Dios le dirás con una humilde confianza: *Ahora, Dios mio, acabo de mostrar lo que soy; porque, ¿qué podia esperarse de una criatura flaca y ciega como yo, sino caidas y pecados?*

Gasta después un breve rato en la consideracion de tu propia vileza y sin confundirte, enójate contra tus pasiones viciosas, y principalmente contra aquella que fue causa de tu caida, y proseguirás diciendo: *No hubiera yo parado aquí, Dios*

mio, si por vuestra bondad infinita Vos no me hubiérais socorrido.

Aquí le darás muchas gracias, y amándole mas fervorosamente admirarás su infinita clemencia; pues siendo ofendido de tí, te da su poderosa mano para que no caigas de nuevo.

En fin, llena de confianza en su misericordia, le dirás: *Obrad Vos, Señor, como quien sois: perdonadme las ofensas que os he hecho: no permitais que yo viva un solo instante apartada de Vos: fortificadme de tal suerte con vuestra gracia que yo no os ofenda jamás.*

Hecho esto, no te detengas en pensar si Dios te ha perdonado ó no; porque esto no es otra cosa que soberbia, inquietud de espíritu, pérdida de tiempo ó engaño del demonio, que con pretextos especiosos procura causarte inquietud y pena. Ponte libremente en las piadosas manos de tu Criador, y continúa tus ejercicios con la misma tranquilidad que si no hubieras cometido alguna falta; y aun-

que hayas caido muchas veces en un mismo dia, no te desalientes ni pierdas jamás la confianza en Dios; practica lo que te he dicho en la segunda, en la tercera y en la última vez como en la primera. Concibe un grande menosprecio de tí misma y un santo horror del pecado, y esfuérzate á vivir en adelante con mayor cuidado y cautela.

Este modo de combatir contra el demonio agrada mucho al Señor; y reconociendo este astuto enemigo que no hay arma tan poderosa para quebrantar su orgullo, y desarmar los ocultos lazos que siembra en el camino del espíritu, como este santo ejercicio, no hay artificio de que no se valga para obligarnos á que lo dejemos; y muchas veces logra su intento por nuestra inadvertencia y descuido en velar sobre nosotros mismos.

Por esta causa, hija mia, cuanto mayor fuere la repugnancia y dificultad que sintieres en el uso de un ejercicio tan importante, tanto mayores han de ser

tus esfuerzos para violentarte y vencerte á tí misma.

Y no te contentes con practicarlo una sola vez; mas repítelo muchas veces, aunque no hayas cometido sino una sola falta, y si después de tu caida te sintieres inquieta, confusa y desconfiada, la primera cosa que has de hacer es recobrar la paz del corazon y la confianza; después levantarás tu espíritu al Señor, persuadiéndote á que la inquietud que se sigue á la culpa, no tiene por objeto su ofensa sino el daño propio.

El modo de recobrar esta paz es, que por entonces te olvides enteramente de tu caida, y consideres únicamente la inefable bondad de Dios, que está siempre pronto y dispuesto á perdonarnos las mas enormes faltas, y no olvida ni omite medio alguno para llamarnos, para atraernos y unir nos á sí, para santificarnos en esta vida, y para hacernos eternamente bienaventurados en la otra. Después que con estas ó semejantes conside-

raciones hubieres calmado tu espíritu, podrás volver á la de tu caida, y harás lo que te he dicho.

En fin, en el sacramento de la Penitencia, que te aconsejo frecuentes muy á menudo, reconoce y examina todas tus faltas, y con nuevo dolor de la ofensa de Dios, y propósito de no ofenderle mas, las declararás sinceramente á tu padre espiritual.

CAPÍTULO XXVII.

Del órden que guarda el demonio en combatir, así á los que quieren darse á la virtud, como á los que se hallan en la servidumbre del pecado.

Has de saber, hija mia, que el demonio nada desea con tanto ardor como nuestra ruina, y que no combate con todos de una misma suerte. Para empezar, pues, á descubrirte algunos de sus artificios y engaños, te representaré diferen-

tes estados y disposiciones del hombre.

Algunos se hallan esclavos del pecado, y no piensan en romper sus cadenas.

Otros desean salir de esta esclavitud, pero nunca empiezan la empresa.

Otros se persuaden á que siguen el camino de la perfeccion, y andan muy apartados.

Otros, en fin, después de haber llegado á un grado muy alto de virtud, vienen á caer con mayor ruina y peligro. De todos discurrirémos en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO XXVIII.

De los artificios que usa el demonio para acabar de perder á los que tiene ya en la servidumbre del pecado.

Cuando el demonio llega á tener un alma en la servidumbre del pecado, no hay artificio de que no se valga para cegarla mas, y divertirla de cualquier pen-

samiento que pueda inducirla al conocimiento del infeliz estado en que se halla. No se contenta este espíritu de iniquidad con removerla de los pensamientos y buenas inspiraciones que la llaman á la conversion; mas procura empeñarla en las ocasiones, y la tiende continuamente peligrosos lazos, á fin de que caiga de nuevo en el mismo pecado ó en otros mas enormes: de donde nace que destituida de la divina luz, aumenta de dia en dia sus desórdenes, y se endurece mas en el pecado. De esta suerte corriendo continuamente sin algun freno á la perdicion, y precipitándose de tinieblas en tinieblas, y de abismo en abismo, se aleja siempre mas del camino de la salud; y multiplica sus caidas, si Dios no la detiene con un milagro de su gracia.

El remedio mas eficaz y pronto para el que se halla en tan triste y funesto estado es, que reciba sin resistencia las inspiraciones divinas que le llaman de las

tinieblas á la luz, y del vicio á la virtud, y que clame fervorosamente á su Criador: *¡Ah Señor, asistidme, asistidme: acudid prontamente á mi socorro: no permitais que yo viva mas tiempo sepultada en la sombra de la muerte y del pecado!* Repita muchas veces estas ó semejantes palabras, y si le fuere posible, acuda luego á su padre espiritual para pedirle ayuda y consejo contra su enemigo; pero si no pudiere ir luego á su padre espiritual, recurra prontamente á un Crucifijo, postrándose á sus sacratísimos piés con el rostro en tierra; y alguna vez á María santísima, implorando su misericordia y su ayuda: y sabe, hija mia, que en esta diligencia consiste la victoria, como verás en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXIX.

De las invenciones de que se sirve el demonio para impedir la entera conversion de los que hallándose convencidos del mal estado de su conciencia desean corregir y reformar su vida; y de dónde nace que los buenos deseos y resoluciones muchas veces no tengan efecto.

Los que conocen el mal estado de su conciencia, y desean mudar de vida, se dejan ordinariamente engañar del demonio con estos artificios : *Después, después, mañana, mañana : quiero primeramente desembarazarme de este negocio, y después me daré con mayor quietud al espíritu.*

Este es un lazo en que han caido y caen continuamente innumerables almas; pero no se debe atribuir la causa de esta infelicidad sino á su suma negligencia y descuido; pues en un negocio en que se interesa su eterna salud, y el honor y

gloria de Dios, no recurren con prontitud á aquella arma tan poderosa; *Ahora ahora; ¿y para qué despues? Hoy, hoy; ¿y por qué mañana?* Diciéndose á sí mismo: *¿Quién sabe si yo veré el dia de mañana? Mas cuando yo tuviese de esto una indubitable certeza, ¿es querer salvarme el diferir mi penitencia? ¿es querer alcanzar la victoria el hacer nuevas heridas?*

Para evitar, pues, esta funesta ilusion, y la que he tocado en el capítulo precedente, es necesario que el alma obedezca con prontitud á las inspiraciones del cielo, porque los propósitos solos, muchas veces son ineficaces y estériles; y así infinitas almas quedan engañadas con buenas resoluciones por diversos motivos.

El primero, de que tratamos arriba, es porque nuestros propósitos no se funden en la desconfianza propia, y en la confianza en Dios; y nuestra grande soberbia no permite que conozcamos de dónde procede este engaño y ceguedad. La luz

para alcanzar este conocimiento, y el remedio para curar este mal, vienen de la bondad de Dios, el cual permite que caigamos, á fin de que instruidos y adoctrinados con nuestras propias caidas, pasemos de la confianza que ponemos en nuetras fuerzas á la que debemos poner únicamente en su gracia, y de un orgullo cási imperceptible á un humilde conocimiento de nosotros mismos; y así, si quieres que tus buenas resoluciones y propósitos sean eficaces, es necesario que sean constantes y firmes; y no pueden serlo si no tienen por fundamento la desconfianza de nosotros mismos, y la confianza en Dios.

El segundo, porque cuando nos movemos á formar estos buenos deseos y resoluciones, nos proponemos únicamente la hermosura y la excelencia de la virtud, que por sí misma atrae poderosamente las voluntades mas flacas, y no consideramos los trabajos que cuesta el adquirirla; de donde nace que á la me-

nor dificultad una alma tímida y pusilánime se acobarda y se retira de la empresa.

Por esta causa, hija mia, conviene que te enamores mas de las dificultades que cuestan las virtudes, que de las virtudes mismas, y que alimentes tu voluntad de estas dificultades, preparándote á vencerlas segun las ocurrencias; y sabe que cuanto mas generosamente abrazares estas dificultades, tanto mas fácil y libremente te vencerás á tí misma, triunfarás de tus enemigos, y adquirirás las virtudes.

El tercero, porque nuestros propósitos muchas veces no miran á la virtud y á la voluntad divina, sino al interés propio, el cual suele suceder en las resoluciones que se forman cuando abundan las consolaciones y gustos espirituales, pero principalmente en las que se forman en el tiempo de las adversidades y tribulaciones, porque no hallando entonces algun alivio á nuestros males, hacemos propó-

sitos de darnos enteramente á Dios, y de no aplicarnos sino á los ejercicios de la virtud.

Para no caer en este inconveniente, procura en el tiempo de las delicias y gustos espirituales ser muy circunspecta y humilde en los propósitos y resoluciones, y particularmente en las promesas y votos; mas cuando te hallares atribulada, todos tus propósitos se han de dirigir únicamente á llevar con paciencia la cruz que el Señor te envia, y á exaltarla, rehusando todos los consuelos y alivios de la tierra, y aun del cielo. No has de pedir ni desear otra cosa sino que la mano poderosa de Dios te sostenga en tus males, para que puedas tolerarlos sin algun menoscabo de la virtud de la paciencia, y sin desagrado de Dios.

CAPÍTULO XXX.

Del engaño de algunos que piensan que están en el camino de la perfeccion.

Vencido ya el enemigo en el primero y segundo asalto, recurre al tercero, el cual consiste en hacer que nos olvidemos de las pasiones y vicios que actualmente nos combaten, y nos ocupemos en deseos y vanas ideas de una perfeccion imaginaria y quimérica, á que sabe muy bien que no llegarémos jamás.

De aquí nace el que recibamos continuas y peligrosas heridas, y no pensemos en aplicar el remedio; porque estos deseos y resoluciones quiméricas nos parecen verdaderos afectos y con una secreta vanidad nos persuadimos á que hemos llegado ya á un alto y eminente grado de santidad. De esta suerte, no pudiendo sufrir la menor pena ni la menor injuria, gastamos inútilmente el tiempo

en formar con la meditacion vanos propósitos de sufrir los mayores tormentos, y aun las mismas penas del purgatorio por amor de Dios: y como en esto la parte inferior no siente repugnancia, como en cosa que aun está por venir, nos atrevemos á compararnos con los que verdaderamente sufren grandes trabajos con una paciencia invencible.

Para evitar este engaño, es necesario que te determines á combatir y pelear con los enemigos, que efectivamente y de cerca te hacen guerra; y por aquí vendrás á conocer si tus resoluciones han sido aparentes ó verdaderas, flacas ó firmes, tímidas ó generosas, y caminarás á la virtud y á la perfeccion por la senda real y verdadera que han seguido todos los Santos.

Mas con los enemigos que no acostumbran molestarte; no te aconsejo te empeñes de antemano, si no es cuando recelas probablemente que dentro de breve tiempo te han de asaltar; en tal caso,

para qué te halles prevenida y fuerte, será lícito anticipar algunos propósitos.

Pero nunca reputes por efectos tus resoluciones aunque por algun tiempo te hayas ejercitado en las virtudes con la regla debida: antes bien procura ser cauta y humilde, y receländote de tí misma y de tu flaqueza, y confiando únicamente en Dios, recurre frecuentemente á su bondad, y pídele te fortalezca en el combate, y te preserve de los peligros, particularmente de la menor presuncion y confianza de tí misma.

Con estas prevenciones, hija mia, aun que no podamos vencer algunos defectos leves, que muchas veces permite Dios en nosotros para que nos humillemos y no perdamos el bien que hubiéremos adquirido con nuestras buenas obras, nos será lícito proponernos un grado mas alto de perfeccion.

CAPÍTULO XXXI.

Del engaño y de la guerra que nos suele hacer el demonio para que dejemos el camino que nos lleva á la virtud.

El cuarto artificio de que se sirve nuestro enemigo para engañarnos, cuando reconoce que caminamos derechamente á la virtud, es inspirarnos diversos deseos buenos, á fin de que dejando los ejercicios de la virtud que nos son propios y convenientes, nos empeñemos insensiblemente en el vicio.

Por ejemplo: si una persona enferma sufre su mal con paciencia, este enemigo de nuestra salud, temiendo que de esta manera podrá adquirir el hábito de esta virtud, le propone otras muchas obras buenas que pudiera ejercitar en otro estado, y la induce con sagacidad á que se persuada y crea que si tuviese salud ser-

viria mejor á Dios, y seria mas útil para sí y para el prójimo.

Apenas ha excitado en ella los vanos deseos de recobrar la salud, los enciende y aumenta en su corazon de tal suerte, que viene á inquietarse y afligirse, porque no puede conseguir lo que quiere: y como al paso que sus deseos se van aumentando crece su inquietud y desasosiego, viene el demonio á conseguir su intento; porque finalmente, la induce á que lleve con impaciencia su enfermedad, mirándola como impedimento de las buenas obras, que desea ejecutar con pretexto de adelantarse en la virtud.

Después de tenerla en este estado, con la misma destreza le quita de la memoria el fin del servicio de Dios y de la bondad de las obras, y la deja con solo el deseo de verse libre de la enfermedad, y porque no le sucede conforme quiere, se perturba de modo que viene á ponerse impaciente de todo punto; y así de la virtud que deseaba practicar, viene á caer

insensiblemente en el vicio contrario.

El modo de preservarte de este engaño es que, cuando te hallares en algun trabajo atiendas con mucha advertencia á no dar entrada en tu corazon á semejantes deseos; porque por no poderlos ejecutar en aquella ocasion, probablemente te han de inquietar. Conviene hija mia, que en estos casos te persuadas con un verdadero sentimiento de humildad y resignacion, que cuando Dios te sacase del estado penoso en que te hallas, todos los buenos deseos que concibes ahora no tendrian entonces por tu natural instabilidad el efecto que tú te figuras; ó que á lo menos imagines y pienses que el Señor, por una secreta disposicion de su providencia, ó en castigo de tus pecados, no quiere que tengas la complacencia y gusto de hacer aquella buena obra, sino que te sujetes y rindas á su voluntad, y te humilles debajo de su suave y poderosa mano.

Asimismo, hija mia, cuando te vieres

obligada, ó por órden de tu padre espiritual, ó por alguna otra causa á interrumpir tus devociones ordinarias, ó á abstenerte por algun tiempo de la santa Comunion, no te dejes abatir y dominar de la melancolía y tristeza, sino renuncia interiormente á tu propia voluntad, y conformándote con la de Dios, te dirás á tí misma: *Si Dios, que conoce el fondo de mi alma, no viese en mí ingratitudes y defectos, yo no seria privada ahora de la santa Comunion: sea su nombre eternamente bendito y alabado, pues se digna de descubrirme por este medio mi indignidad. Yo creo firmemente, Señor, que en todas las aflicciones que Vos me enviais, no quereis ni deseais de mí otra cosa sino que, sufriéndolas con paciencia, y con deseos de agradaros, os ofrezca un corazon siempre rendido á vuestra voluntad, y siempre pronto á recibiros, á fin de que, entrando Vos en él, podais llenarlo de consolaciones espirituales, y defenderlo contra todas las fuerzas del infierno que os lo procuran ro-*

bar. Haced, ó Criador y Salvador mio, haced de mí lo que sea mas agradable á vuestros ojos. Sea vuestra divina voluntad ahora y siempre mi apoyo, mi manjar y sustento. La única gracia que os pido es que, mi alma purificada de todo lo que desagrada á vuestros ojos, y adornada de todas las virtudes, se vea en estado que pueda no solamente recibiros, sino tambien ejecutar todo lo que fuere de vuestro divino beneplácito el ordenarme.

Si guardares estos preceptos, puedes estar cierta y segura que los buenos deseos que tuvieres, y no puedes poner en obra, ya procedan puramente de la naturaleza, ya vengan del demonio á fin de hacerte aborrecible y odiosa la virtud, ó ya te los inspire Dios para hacer prueba de tu resignacion en su divina voluntad; siempre te serán ocasion y motivo para hacer algun progreso en el camino de la perfeccion, y para servir al Señor en el modo que le es mas agradable; y en esto, hija mia, consiste la verdadera devocion.

Advierte tambien, que cuando para curarte de alguna dolencia, ó librarte de alguna incomodidad, usares de aquellos remedios inocentes y lícitos de que suelen servirse los Santos y siervos de Dios, no lo hagas con deseo y demasiada voluntad de que las cosas sucedan segun tu inclinacion y gusto; mas úsalos porque Dios quiere que los usemos en nuestras dolencias, y porque no sabemos si por estos medios ó por otros mejores, su divina Majestad ha resuelto librarnos de nuestros males.

Si no te gobernares de esta manera, todo te sucederá muy mal; porque será muy posible que no consigas lo que deseas apasionadamente, y entonces caerás con facilidad en el vicio de la impaciencia, ó cuando no caigas, tu paciencia será siempre acompañada de muchas imperfecciones que la harán menos agradable á Dios, y disminuirán mucho tu merecimiento.

Finalmente, quiero descubrirte un se-

creto artificio de nuestro amor propio que suele siempre encubrirnos y ocultarnos nuestros defectos aunque sean muy visibles. Por ejemplo: cuando un enfermo se aflige con exceso de su dolencia, disimula esta imperfeccion con el celo de algun bien aparente, diciendo que su inquietud no es verdaderamente impaciencia, sino un justo sentimiento de que su enfermedad sea el castigo de sus pecados, ó de que incòmode ó fatigue á los que le asisten.

Lo mismo sucede á un ambicioso que se aflige y se inquieta porque no ha podido obtener el honor ó la dignidad á que aspiraba; pues no atribuye su inquietud á su vanidad, sino á otros motivos de que en otras ocasiones no recibia alguna pena ó disgusto.

Asimismo un enfermo suele mostrar mucha compasion de los que le sirven; pero apenas se halla libre de sus males, no se duele ni se compadece de ellos cuando los ve sufrir las mismas incomodida-

des con otros enfermos. De donde se reconoce con evidencia, que su impaciencia no nace de la pena y molestia que ocasiona á los demás, sino de un secreto horror con que mira las cosas que son contrarias á su voluntad.

Si quieres, pues, hija mia, no caer en estos y en otros errores, es necesario que te determines á sufrir con paciencia, como te he dicho, todas las cruces, penalidades y trabajos que te sucedieren en este mundo.

CAPÍTULO XXXII.

Del último asalto y engaño con que procura el demonio que las mismas virtudes nos sean ocasiones de ruina.

Hasta en las virtudes adquiridas no deja de tentarnos con sus engaños la antigua serpiente para perdernos. Una de sus mas sutiles estratagemas es servirse de nuestras propias virtudes para indu-

cirnos á la complacencia y estimacion de nosotros mismos, á fin de que caigamos después en el vicio de la soberbia y de la vanagloria.

Para huir de este peligro debes combatir siempre y mantenerte firme en el verdadero conocimiento de tí misma, reconociendo que nada sabes, ni nada puedes, y que no hay en tí sino miserias y defectos, y que no mereces sino la condenacion eterna.

Procura imprimir en tu espíritu esta importante verdad, para servirte de ella en las ocasiones, como de una especie de fortificacion, de donde no debes salir jamás, y si te vinieren algunos pensamientos de presuncion y de vanagloria, resístelos y combátelos como enemigos peligrosos que conspiran á tu perdicion y ruina.

Para adquirir un perfecto conocimiento de tí misma, te has de servir de este modo. Todas las veces que hicieres reflexion sobre tí misma y sobre tus obras,

considera solamente lo que es propio tuyo, sin mezclar lo que es de Dios y de su gracia, fundando siempre el juicio que formares de tí sobre lo que tienes puramente de tí misma.

Si consideras, hija mia, el tiempo que ha precedido á tu nacimiento, hallarás que en todo aquel abismo de eternidad no has sido sino un puro nada, y que no has obrado ni podido obrar la menor cosa para merecer el ser que tienes

Si vuelves los ojos al tiempo en que subsistes por sola la bondad y misericordia de Dios, ¿qué serias tú sin el beneficio de la conservacion? ¿Qué serias tú sino un puro nada? Porque no es dudable que si Dios por solo un momento te dejase, al instante volverias á la nada de donde te sacó su mano omnipotente.

Es, pues, indubitable, que no considerando sino solamente lo que te pertenece y es propio tuyo en el ser natural, no debes estimarte á tí misma, ni desear que los demás estimen.

En lo que toca al ser sobrenatural de la gracia y el ejercicio de las buenas obras, no tienes tampoco causa alguna para ensoberbecerte; porque sin el socorro del cielo, ¿qué mérito puedes tú adquirir, ó qué bien puedes obrar por tí misma?

Por otra parte, si consideras la multitud de pecados, ó que has cometido ó que pudistes cometer, y hubieras sin duda cometido si Dios no te hubiese preservado, hallarás que tus iniquidades por la multiplicacion, no solo de los dias y de los años, sino tambien de las acciones y malos hábitos (porque un vicio llama á otro vicio) hubieran llegado á número cási infinito, y te hubieras hecho semejante á los mismos demonios.

Todas estas consideraciones te inspirarán un grande menosprecio de tí misma, y te harán reconocer las infinitas obligaciones que debes á Dios, atribuyéndote á tí solamente lo que es tuyo, y no quitando á su infinita bondad la gloria que se le debe.

Pero advierte, hija mia, que en el juicio que hicieres de tí misma y de tus obras, has de procurar siempre que no entre cosa alguna que no sea justa y verdadera; porque aunque te aventajes en el conocimiento de tu miseria á otros que deslumbrados del amor propio conciben una vana estimacion de sí mismos, tú serás siempre mas culpable que todos ellos si con todo el conocimiento que tienes de tus defectos deseas pasar por santa en la opinion y juicio de los hombres.

Para que este conocimiento, pues, te libre de la vanagloria y te haga agradable á los ojos del que es padre y modelo de los humildes, no basta, hija mia, que te desprecies á tí misma como indigna de todo bien y digna de todo mal; es necesario que desees tambien ser despreciada del mundo, que aborrezcas las alabanzas y ames los vituperios, y que en las ocasiones que se ofrecieren ejercites con gusto los mas viles servicios y ministerios.

No hagas caso jamás de lo que se dirá ó se pensará de tí cuando te vieren abrazar estos humildes ejercicios. Ocúpate en ellos únicamente por el fin ó motivo de tu propio abatimiento; mas no por una cierta presuncion de ánimo y soberbia oculta, con que muchas veces con color de generosidad cristiana suelen menospreciarse los discursos de los hombres, y sus opiniones y juicios.

Si sucediere, pues, alguna vez que los demás te amen, te honren y te estimen como buena, y alaben en tí algunas calidades y gracias que has recibido del cielo, procura recogerte luego dentro de tí misma; y fundándote en los principios de verdad y de justicia que quedan establecidos, dirás á Dios de todo corazon: *Señor, no permitais jamás que yo os usurpe vuestra gloria, atribuyendo á mis propias fuerzas lo que no es sino un puro efecto de vuestra gracia. Tibi laus, honor et gloria: mihi confusio* (I *Paral.* XXIX. *Dan.* IX): *Para Vos, Señor, sea la ala-*

banza, para Vos la honra y gloria, y para mí el oprobio y la confusion. Después, volviendo el pensamiento á la persona que te alaba, dirás interiormente: *¿Qué motivo puede tener este hombre para alabarme? ¿Qué bondad, qué perfeccion ha visto en mí? Solo Dios es bueno, y solamente sus obras son perfectas.* Humillándote de esta suerte y dándote á Dios (*Math.* XXII), te defenderás de la vanidad y merecerás de dia en dia mayores dones y gracias.

Si por ventura la memoria de tus buenas obras produjere alguna vana complacencia en tu corazon, procura reprimirla luego, mirando estas buenas obras, no como cosas suyas, sino de Dios, y diciendo con humildad, como si hablaras con ellas: *Yo no sé verdaderamente cómo habeis sido concebidas en mi corazon, ni cómo habeis salido de este abismo de corrupcion y de iniquidad; porque no puedo ser yo el que os ha formado. Dios solo es el que por su bondad os ha produ-*

cido y os ha conservado; y así á él solo reconozco por vuestro Padre y principal autor: á él solo se deben las gracias; á él solo quiero yo darle y es justo que se le dén todas las alabanzas.

Después de esto considera, que todas las buenas obras que has hecho en todo el curso de tu vida, no solamente no han correspondido á la abundancia de luces y auxilios que se te han comunicado para conocerlas y practicarlas, sino que tambien han sido acompañadas de muchos defectos; y que no se halla en ellas aquella pureza de intencion, aquel fervor y aquella diligencia con que debian ser ejercitadas. Pues si las examinas con la atencion que conviene, antes te causarán confusion y vergüenza que complacencia y vanagloria, porque es constante que las gracias que recibimos de Dios puras y perfectas, las deslucimos y amancillamos con nuestras imperfecciones en todas nuestras obras.

Compara tambien tus acciones con las

de los santos y siervos de Dios, y te avergonzarás de la suma diferencia que hay de las unas á las otras, reconociendo con claridad que las mejores y las mayores de todas tus obras son de muy baja liga y valor en comparacion de las de los santos. Y si después pasas á compararlas con los trabajos de Jesucristo, cuya vida no fue otra cosa que una perpetua cruz, aun cuando no consideres la dignidad infinita de su persona, y solamente atiendas á la grandeza de sus penas y al puro amor con que las ha sufrido, reconocerás con evidencia que todo cuanto has obrado y padecido en el curso de tu vida es de ninguna consideracion.

En fin, si levantas los ojos al cielo para considerar la soberana Majestad de Dios, y los servicios que merece, entenderás con claridad que todas tus buenas obras deben mas inspirarte el temor que la vanidad. Por esta causa en todas tus obras, aunque te parezcan muy perfectas y santas, debes decir siempre con un ver-

dadero y profundo sentimiento de humildad: *Deus propitius esto mihi peccatori* (*Luc.* XVII, 13). *Tened, Señor, misericordia de mí, que soy una grande pecadora.*

Guárdate tambien, hija mia, de descubrir con facilidad los dones y gracias que has recibido de Dios: porque esto desagrada siempre á su Majestad, como lo declaró el mismo Señor en el caso y doctrina que se sigue. Habiéndose aparecido un dia á una sierva suya en la forma de un niño, y sin alguna señal de su divinidad, esta dichosa alma le pidió con simplicidad que dijese la salutacion angélica (*Luc.* I, 18). Hízolo luego el Señor; pero después de haber dicho: *Bendita eres entre todas las mujeres*, se detuvo, porque no quiso añadir lo que redundaba en alabanza suya; y rogándola esta bendita alma que prosiguiese, desapareció el celestial Niño, dejándola llena de consolacion, y convencida de la importancia de la humildad con el ejemplo que acababa de darla.

Aprende, pues, á humillarte en todas tus obras, mirándolas como espejos que te representan maravillosamente tu nada. Este, hija mia, es el fundamento de todas las virtudes; porque como Dios en el principio del mundo crió de nada á nuestro primer padre, así funda ahora todo el edificio espiritual sobre el conocimiento de esta verdad, que de nosotros mismos nada somos. De suerte, que cuanto mas profundamente nos abatimos y nos humillamos, tanto mas se levanta el edificio (*Vide D. Agust. serm.* 10 *de verb. Domini*): y á la medida que vamos cavando en la tierra de nuestras miserias y descubrimos el fondo de nuestra nada, el divino Arquitecto pone las piedras sólidas y firmes que sirven para la fábrica del edificio. No te persuadas jamás, hija mia, á que puedes humillarte ni abatirte tanto cuanto es necesario, antes bien has de creer que si pudiese darse infinito en la criatura, lo seria tu fragilidad y bajeza.

Con este conocimiento puesto en prác-

tica, lograrémos todo el bien que se puede desear; pero sin él serémos poco menos que nada, aunque hagamos todo lo que hicieron los santos, y aunque estemos siempre ocupados en la contemplacion del mismo Dios.

¡Ó divino conocimiento que nos hace felices en la tierra, y gloriosos en el cielo! ¡Ó maravillosa luz que sales de las tinieblas de nuestra nada, para iluminar nuestras almas y levantar nuestros espíritus á Dios! ¡Ó piedra preciosa no conocida, que brillas entre las inmundicias de nuestros pecados! ¡Ó nada, cuyo solo conocimiento nos hace señores de todas las cosas!

Yo no podré jamás encarecer y ponderar bastantemente el valor y precio de esta perla evangélica. Si quieres honrar á la Majestad divina, debes menospreciarte á tí misma, y desear que todos te menosprecien. Si quieres que Dios sea glorificado en tí, y ser tú glorificada en él, conviene que te humilles y te suje-

tes á todo el mundo. Si quieres unirte con su infinita bondad, huye de la grandeza y de la elevacion; porque Dios se aleja de los que se remontan. Elige siempre el último lugar, y obligarás á Dios á que descienda de su mismo trono (*Luc.* XIV, 10) para buscarte, para abrazarte y unirte consigo; y tanto mayor será la benignidad con que te admitirá en sus brazos, y el amor con que te unirá consigo, cuanto mas tú te envilezcas á tus ojos, y desees ser menospreciada de todos.

Si Dios, que por tu amor se hizo el último de los hombres, te inspirare estos humildes sentimientos, no dejes de dar á su bondad infinita las debidas gracias; ni de reconocerte obligada á los que con injurias y menosprecios te ayudan á conservarlos.

Pero si no obstante todas estas consideraciones tan poderosas en sí mismas, la malicia del demonio, nuestra ignorancia y nuestra viciosa inclinacion pre-

valecieren en nosotros de suerte que no dejen de inquietarnos los deseos de la propia exaltacion, entonces deberémos humillarnos mas profundamente á nuestros ojos, viendo por experiencia cuán poco nos hemos adelantado en el camino del espíritu, y en el verdadero conocimiento de nosotros mismos, pues no podemos librarnos de estos importunos deseos que tienen su raíz en nuestra vanidad y soberbia. De esta suerte harémos del veneno antídoto, y nuestro remedio del mal mismo.

CAPÍTULO XXXIII.

De algunos avisos importantes para mortificar las pasiones y adquirir nuevas virtudes.

Aunque te he dado diferentes documentos y reglas para enseñarte el modo de vencerte á tí misma, y de adornarte de las virtudes, todavía quiero añadir en

este lugar algunas advertencias importantes.

Primeramente, si quieres llegar á una sólida piedad, y adquirir un perfecto dominio de tí misma, no te aficiones ó inclines á aquellos ejercicios espirituales que tienen determinados los dias de la semana; esto es, un dia para una virtud, los otros dias para las otras.

El órden que debes observar es entrar desde luego á combatir las pasiones que te hubieren hecho mas cruda guerra y que mas te afligen y te atormentan al presente, y trabajar al mismo tiempo con todas tus fuerzas en adquirir en un grado eminente las virtudes contrarias á estas pasiones predominantes; pues si llegares á poseer estas virtudes, adquirirás con prontitud y facilidad todas las demás; porque las virtudes se hallan de tal suerte unidas y eslabonadas entre sí, que basta poseer una perfectamente para obtenerlas todas.

Lo segundo, no te prescribas ni te

propongas jamás tiempo determinado para adquirir una virtud. No digas, yo emplearé tantos dias, tantas semanas, tantos años; mas como un nuevo soldado que no ha visto todavía la cara del enemigo, combate y pelea siempre, y con continuas victorias procura abrirte el camino á la perfeccion.

No te detengas ni estés un solo momento sin hacer algun progreso en el camino de la virtud; porque el parar en este camino, no es tomar aliento, fuerza ó descanso, sino volver atrás, y quedar mas flaco y cansado.

Por parar ó detenernos en el camino de la virtud entiendo yo el persuadirnos á que hemos llegado ya al colmo de la perfeccion, y el hacer poco caso así de las ocasiones que nos convidan y llaman á nuevos actos de virtud, como de las faltas ligeras.

Por esta causa conviene que seas fervorosa y solícita, para no perder la menor ocasion que te se presentare de ejercitar

la virtud. Ama, pues, y abraza de todo corazon las ocasiones que inducen á la virtud, principalmente cuando se hallan acompañadas de alguna dificultad, porque los esfuerzos que hicieres para vencerla formarán en breve tiempo, y establecerán en tu alma los hábitos virtuosos. Ama tambien á los que te presentan estas ocasiones, y solamente procurarás huir con velocidad y presteza de las que puedan inducirte á las tentaciones de la carne.

Lo tercero, serás prudente, discreta y moderada en las virtudes, cuyo ejercicio puede causar daño al cuerpo; como son las disciplinas, cilicios, ayunos, vigilias, meditaciones y cosas semejantes, porque estas virtudes se han de adquirir poco á poco y por grados, como luego dirémos.

En las demás virtudes que son puramente interiores, y consisten en amar á Dios, en aborrecer el mundo, en menospreciarte á tí misma, en detestar el pecado, en ser dulce, paciente, en amar á tus enemigos, no es necesario guardar me-

didas y reglas para adquirirlas, ni subir por grados á su perfeccion, antes deberás esforzarte á producir y ejercitar los actos en el modo mas excelente y perfecto que te sea posible.

Lo cuarto, dirige todos tus pensamientos, todos tus deseos y todos tus cuidados á vencer la pasion que combates, y á adquirir la virtud contraria. Esta victoria ha de ser todo tu amor y todo tu tesoro, mirándola como la cosa mas ventajosa para tí, y mas agradable á Dios.

Si comes ó ayunas, si trabajas ó descansas, si velas ó duermes, si estás en casa ó fuera de ella, si vacas á la vida contemplativa ó á la activa, no has de tener otro fin que el de vencer esta principal pasion, y el de adquirir la virtud contraria.

Lo quinto, aborrece generalmente todos los placeres y comodidades del cuerpo; pues de este modo no te combatirán sino muy flacamente los vicios, los cuales reciben todo su vigor y fuerza de los atractivos del deleite.

Pero si al mismo tiempo que te ocupas en hacer guerra á algun vicio ó deleite particular, buscas otros placeres terrenos, sabe, hija mia, que aunque estos placeres no sean sino culpas ligeras, no obstante será siempre duro y áspero tu combate, y muy incierta y dudosa la victoria.

Procura tener siempre muy presentes estas palabras de la Escritura: *Qui amat animam suam perdet eam, et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam* (*Joan* XII, 25). *El que ama su alma la perderá; mas el que aborrece su alma en este mundo, la conservará para la vida eterna.* Et similiter: *Debitores sumus non carni, ut secundum carnem vivamus: si enim secundum carnem vixeritis, moriemini; si autem spiritu facta carnis mortificaveris, vivetis* (*Rom.* VII, 8, 12 y 131). *Nosotros no somos esclavos de la carne para vivir segun la carne: porque si viviéreis segun la carne, moriréis; mas si por el espíritu hiciéreis morir los hechos de la carne, viviréis.*

Últimamente, hija mia, será conveniente, y por ventura necesario, que hagas una confesion general con todas las disposiciones que se requieren para asegurarte mas de una perfecta reconciliacion con Dios, que es la fuente de los auxilios y gracias, el autor de las victorias, y el distribuidor de las coronas.

CAPÍTULO XXXIV.

Que las virtudes se han de adquirir poco á poco y por grados, ejercitándose primero en una virtud y después en otra.

Aunque el verdadero soldado de Cristo, que aspira á la mas alta perfeccion, no debe poner límites á su aprovechamiento espiritual, conviene no obstante moderar y reprimir con la prudencia algunos indiscretos fervores de espíritu; que abrazados con demasiado calor en los principios, nos abandonan después y nos dejan sin fuerzas en medio de la guerra.

Por esta causa, demás de lo que dejo advertido en órden al modo de reglar los ejercicios exteriores, conviene, hija mia, que sepas que las virtudes interiores tambien se adquieren poco á poco y por grados. De esta suerte se echan los fundamentos de una piedad sólida y constante, y en poco tiempo se gana mucho.

Por ejemplo: para adquirir la paciencia no debemos ejercitarnos ordinariamente en desear las adversidades, y en alegrarnos ó gloriarnos con ellas, si primero no hemos pasado por los grados mas bajos de esta virtud. Asimismo no debemos abrazar de una vez todas la virtudes, ó aplicarnos á muchas juntamente, sino ejercitarnos primero en una virtud y despues en otra, si queremos que el hábito virtuoso eche profundas raíces en el alma; porque con el ejercicio continuo de una sola virtud, en cualquiera ocasion recurre á ella la memoria con mayor prontitud; el entendimiento busca con mayor industria y delicadeza nuevos motivos pa-

ra adquirirla, y la voluntad se inclina con mayor actividad y eficacia á conseguirla: lo cual no sucederia si estas tres potencias se hallasen ocupadas á un mismo tiempo en el ejercicio de muchas virtudes.

Demás de esto, los actos en órden á una sola virtud por la conformidad y semejanza que tienen entre sí, vienen á ser con este uniforme ejercicio menos difíciles y laboriosos; porque el uno llama y ayuda al otro su semejante, y con esta semejanza y conformidad hacen mayor impresion en nosotros, hallando el corazon ya preparado y dispuesto para recibir los que de nuevo se producen.

Estas razones no podrán dejar de parecer eficaces y convincentes, si consideras que el que se ejercita bien en una virtud, aprende insensiblemente á ejercitarse en todas las demás, y que una virtud no puede perfeccionarse sin que al mismo tiempo se perfeccionen las otras, por la inseparable union que todas tie-

nen entre sí, como rayos que proceden de una misma divina luz.

CAPÍTULO XXXV.

De los medios para adquirir las virtudes, y cómo debemos servirnos de ellas por algun tiempo para aplicarnos á una sola virtud.

Sobre todo lo que dejo advertido, debes tambien saber, hija mia, que para llegar á una eminente y sólida virtud, es necesario que tengas un corazon grande y generoso, y una voluntad resuelta, invariable y firme para vencer las contradicciones, penas y dificultades que se hallan en este camino. Es necesario asimismo que tengas una inclinacion y afecto particular á la virtud. Esta inclinacion se adquiere considerando frecuentemente cuán agradables son las virtudes á Dios, cuán nobles y excelentes son en sí mismas, y cuán útiles y necesarias para no-

sotros; pues en ellas empieza y acaba toda la perfeccion cristiana.

Harás todas las mañanas eficaces propósitos de ejercitarte en ellas segun las ocasiones que probablemente se te pueden ofrecer en aquel dia, y te examinarás muchas veces para reconocer si has ejecutado fielmente tus propósitos y buenas resoluciones, y para renovarlas con mayor eficacia y fervor.

Deberás observar particularmente esta regla con la virtud que te hubieres propuesto, y de que tuvieres mayor necesidad.

Aplicarás á esta virtud todas las reflexiones que hicieres sobre los ejemplos de los santos, y todas tus meditaciones sobre la vida y pasion de Jesucristo, que son útiles y tan importantes en todos los ejercicios espirituales: lo mismo harás de las ocasiones que se te ofrecieren, aunque sean entre sí diversas como dirémos abajo.

Procura acostumbrarte de suerte á los

actos de las virtudes así exteriores como interiores, que llegues finalmente á ejecutarlos con aquella misma prontitud y facilidad con que antes hacias los que eran conformes á tus apetitos. Acuérdate de lo que te dije en otra parte, que los actos mas contrarios á las inclinaciones de la naturaleza son los mas propios y eficaces para introducir en el alma el hábito de la virtud.

Las sentencias de la sagrada Escritura, pronunciadas con la boca ó con el corazon como se debe, tienen virtud y fuerza maravillosa para ayudarnos en este santo ejercicio; por esta causa conviene que tengas muchas en la memoria, que se ordenen á la virtud que deseas adquirir, y que las repitas muchas veces al dia, particularmente cuando se excita y mueve la pasion contraria. Como por ejemplo: si deseas adquirir la virtud de la paciencia, podrás servirte de las palabras siguientes ó de otras semejantes.

Filii patienter sustinete iram, quæ su-

pervenit (Baruc. IV, 25): *Hijos, llevad con paciencia la ira de Dios, que castiga vuestros desórdenes.*

Patientia pauperum non peribit in finem (Ps. VI, 19): *La paciencia de los pobres no será privada para siempre del bien que espera.*

Melior est patiens viro forti, et qui dominatur animo suo expugnatore urbium (Prov. XVI, 32): *El hombre paciente mejor es que el fuerte y valeroso; y el que sabe dominarse á sí mismo vale mas que un conquistador de ciudades.*

In patientia vestra possidebitis animas vestras (Luc. XXI, 19): *En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.*

Per patientiam curramus ad propositum nobis certamen (Hebr. XII, 1): *Corramos de suerte en este campo, que por la paciencia ganemos el premio que Dios nos propone.*

Para lo mismo podrás tambien añadir las aspiraciones siguientes: *¿Cuándo, Dios mio, se hallará armado mi corazon con el escudo de la paciencia?*

¿Cuándo, Dios mio, por contentaros sufriré con ánimo alegre y tranquilo cualquiera penalidad ó trabajo?

¡ Ó dichosas tribulaciones, pues me hacen semejante á mi Redentor Jesucristo, lleno de penas y de aflicciones!

¡ Ó vida de mi alma! ¿ Viviré yo alguna vez contenta y gozosa, por vuestra gloria, entre las tribulaciones?

Feliz seré yo, si con llamas de las tribulaciones me abraso en deseos de sufrir otras mayores.

De estas breves oraciones podrás servirte, y de otras que sean conformes al progreso que hicieres en la virtud, ó que te dictare tu devocion.

Estas oraciones se llaman jaculatorias, porque son como flechas encendidas que se tiran al cielo y tienen la virtud de levantar nuestro corazon y el de penetrar el de Dios, si van acompañadas de dos circunstancias que son como dos alas: la una es el conocimiento del gusto que recibe Dios de vernos ocupados en el ejer-

cicio de las virtudes: la otra un eficaz deseo de adquirirlas por solo el fin de agradar á su divina Majestad.

CAPÍTULO XXXVI.

Que en el ejercicio de la virtud se ha de caminar siempre con continua solicitud.

Entre las cosas que sirven para adquirir las virtudes cristianas, que es el blanco que nos hemos propuesto, una de las mas importantes y necesarias es procurar siempre adelantarnos en el camino de la perfeccion; porque no se puede parar en este camino sin volver atrás (*D. Greg. part.* 3. *Pastor curæ, admonit.* 35). La razon es, porque desde que cesamos de hacer actos de virtud, la violenta inclinacion del apetito sensitivo, y los objetos exteriores, que lisonjean los sentidos, no dejan de excitar en nosotros movimientos desordenados; y estos movimientos

destruyen ó á lo menos enflaquecen los hábitos de las virtudes: fuera de que esta negligencia nos priva de muchas gracias y dones que pudiéramos merecer del Señor, si pusiésemos mayor cuidado y solicitud en nuestro progreso espiritual.

Es muy diferente, hija mia, el camino espiritual y del cielo, del material y de la tierra; porque en este, aunque pare y se detenga el caminante, nada pierde de lo andado; pero en el camino espiritual, si se detiene y para, aunque sea por poco tiempo, pierde mucho.

Demás de esto, la fatiga del peregrino del mundo se aumenta con la continuacion del movimiento corporal; pero en el camino del espíritu cuanto mas se adelanta y se camina, mas fuerzas se cobran, y se siente mayor vigor; porque, con el ejercicio virtuoso, la parte inferior, que con su resistencia hace el camino áspero y penoso, viene á debilitarse y enflaquecerse; y la parte superior donde reside la virtud, se repara, se resta-

blece y se fortifica mas. De donde nace, que al paso que nos adelantamos en el bien, se va disminuyendo nuestra pena y dificultad, y á esta misma proporcion crece y se aumenta tambien el gusto y dulzura interior con que Dios templa y suaviza las amarguras de este camino.

De esta suerte caminando siempre con alegría de virtud en virtud, llegamos finalmente á la cumbre del monte (*Isai* II, 2), al colmo de la perfeccion, y á aquel estado dichoso y bienaventurado en que el alma empieza á ejercer sus funciones espirituales, no solo sin amargura y disgusto, sino con un contento y júbilo inefable; porque como se halla ya victoriosa de todas sus pasiones, y superior á las criaturas y á sí misma, vive dichosamente en el seno de Dios, y goza entre sus penas y trabajos de un dulce y bienaventurado reposo.

CAPÍTULO XXXVII.

Que siendo necesario continuar siempre en el ejercicio de las virtudes, no hemos de huir de las ocasiones que se nos ofrecieren para conseguirlas.

Hemos mostrado con claridad que en el camino de la perfeccion es necesario andar siempre sin parar. Para observar bien esta regla, conviene que estés siempre advertida y vigilante, para no perder ocasion alguna que se te ofrezca de ejercitar las virtudes. Guárdate, hija mia, de huir de las cosas que son contrarias á las inclinaciones de la naturaleza corrompida, pues por ellas solamente se llega á las mas heróicas virtudes.

Por no salir del ejemplo que hemos propuesto si deseas adquirir el hábito de la paciencia, conviene que no huyas ó te retires de las personas, acciones y pen-

samientos que suelen moverte á la impaciencia; conviene que te acostumbres á tratar y conversar con todo género de personas, aunque sean molestas y pesadas; conviene que estés siempre dispuesta y preparada á sufrir todo lo que pudiere causarte mayor pena ó disgusto: de otra manera no llegarás jamás á adquirir la virtud de la paciencia.

De la misma suerte, si alguna ocupacion te fuere pesada y onerosa, ó por sí misma, ó por la persona que te la ha encargado, ó porque te divierte de otra ocupacion que seria mas de tu gusto, no dejes por eso de abrazarla con alegría, y de continuarla con perseverancia, aunque sientas alguna inquietud ó turbacion en tu espíritu, de que pudieras librarte dejándola enteramente; porque de otra manera nunca aprenderás á padecer, ni tu quietud seria verdadera, por no proceder de ánimo purificado de las pasiones, y adornado de las virtudes.

Lo mismo te digo de los pensamien-

tos molestos, que á veces turban y afligen el espíritu; porque no debes arrojarlos enteramente de tí, pues con la pena que te causan, te acostumbran á la tolerancia de las cosas contrarias. Y ten por cierto, hija mia, que quien te enseñare lo contrario, te enseñará mas á huir de la pena que sientes, que á conseguir la virtud que deseas.

Bien es verdad que al soldado nuevo y poco experimentado, le conviene gobernarse con mucha prudencia y destreza en estas ocasiones, peleando con el enemigo, á veces de léjos, y á veces de cerca, segun fueren mayores ó menores las fuerzas de su virtud y de su espíritu; pero nunca debe volver enteramente las espaldas, y abandonar el campo de manera que huya de todo lo que puede causarle inquietud y disgusto, porque aunque por entonces nos preservásemos del peligro de caer, no obstante quedaríamos después mas expuestos á los golpes de la impaciencia, por no habernos armado y

fortificado con el ejercicio y uso de la virtud contraria.

Estas advertencias no tienen lugar en el vicio de la carne, de que hemos tratado ya particularmente en otra parte.

CAPÍTULO XXXVIII.

Que debemos abrazar con gusto todas las ocasiones que se nos ofrecieren de combatir, para adquirir las virtudes, y principalmente aquellas que fueren mas difíciles y penosas.

No me contento, hija mia, con que no huyas de las ocasiones que se te presentaren de combatir, para adquirir las virtudes: quiero tambien que las busques y las abraces con alegría, y que las que te causaren mayor mortificacion y pena, te sean mas agradables como mas provechosas. Nada te parecerá difícil con el socorro de la gracia, principalmente si

procuras imprimir bien en tu corazon las consideraciones siguientes.

La primera es, que las ocasiones son los medios esenciales y propios para adquirir las virtudes. De donde nace que cuando pedimos á Dios las virtudes, le pedimos juntamente los medios para obtenerlas, pues de otra manera nuestra oracion seria inútil y de ningun fruto; porque vendríamos á contradecirnos manifiestamente á nosotros mismos, y tentar á Dios; el cual no acostumbra dar la paciencia sin las tribulaciones, ni la humildad sin los oprobios.

Lo mismo sucede con las demás virtudes, las cuales son frutos de las adversidades que Dios nos envia. Estas adversidades deben sernos tanto mas preciosas y amables, cuanto fueren mas ásperas y penosas; porque los grandes esfuerzos que deben emplearse para sufrirlas, contribuyen y sirven maravillosamente para formar en nosotros los hábitos de las virtudes.

Son tambien muy estimables y preciosas las ocasiones de mortificar nuestra voluntad, aun en las cosas pequeñas y leves, porque aunque las victorias que conseguimos contra nosotros mismos en las grandes ocasiones sean mas gloriosas, no obstante, las que alcanzamos en las pequeñas son incomparablemente mas frecuentes.

La segunda consideracion que ya hemos tocado es, que todas las cosas que suceden en este mundo vienen de Dios para nuestro beneficio y provecho; porque, aunque hablando propiamente no pueda decirse que algunas de estas cosas, como nuestros pecados ó los ajenos, vienen de Dios, que aborrece la iniquidad, es cierto no obstante que vienen de Dios, en cuanto los permite, y pudiendo absolutamente impedirlos, no los impide. Mas por lo que mira á las aflicciones que nos suceden ó por culpa nuestra, ó por la malicia de nuestros enemigos, no se puede negar que son de Dios, y

que vienen de su mano, y que aunque verdaderamente condene la causa, no obstante su voluntad es que los suframos con ánimo paciente, ó porque son medios muy propios para santificarnos, ó por otros justos motivos que nos son ocultos.

Estando, pues, persuadidos y ciertos que para cumplir perfectamente su divina voluntad, debemos sufrir con gusto todos los males que nos causan nuestros enemigos, ó que nosotros mismos nos causamos con nuestros pecados: el decir, como por excusar y cubrir su impaciencia suelen decir muchos, que Dios siendo infinitamente justo, no puede querer lo que procede de un mal principio, no es otra cosa que querer dorar con un vano pretexto la propia falta, y rehusar la cruz que su divina Majestad nos presenta, y que no podemos negar que es voluntad suya que la llevemos con tolerancia.

Demás de esto, hija mia, conviene que

entiendas y sepas, que Dios se deleita mas de vernos sufrir constantemente las persecuciones injustas de los hombres, principalmente de aquellos que hemos obligado con nuestros favores y beneficios, que de vernos tolerar otros penosos accidentes, así porque la soberbia de nuestra naturaleza se reprima mejor con las injurias y malos tratamientos de nuestros enemigos, que con las penas y mortificaciones voluntarias, como porque sufriéndolas con paciencia hacemos verdaderamente lo que Dios pide y desea de nosotros, y es de su honor y de su gloria; pues conformamos nuestra voluntad con la suya en una cosa en que resplandecen igualmente su bondad y su poder, y de un fondo tan malo y tan detestable, como es el pecado, cogemos excelentes frutos de virtud y de santidad. Sabe, pues, hija mia, que apenas nos ve el Señor resueltos y determinados á obrar de veras, y á emplear todos nuestros esfuerzos para adquirir las sólidas virtudes,

nos prepara el cáliz de las mas fuertes tentaciones y de los mas ásperos trabajos, y así conociendo el amor infinito que nos tiene, y la ardiente y misericordiosa solicitud con que desea nuestro bien espiritual, debemos recibir con alegría y con rendimiento de gracias el cáliz que nos ofrece, y beberlo hasta la última gota; porque la composicion de la bebida está hecha de mano de quien no puede errar, y con ingredientes tanto mas saludables para el alma, cuanto son mas desagradables y amargos á nuestro paladar.

CAPÍTULO XXXIX.

Como se puede practicar una misma virtud en diversas ocasiones.

Ya has visto, hija mia, en uno de los capítulos precedentes, que es mas útil para nuestro aprovechamiento aplicarnos por algun tiempo á una sola virtud, que

abrazar muchas juntamente, y que en esta virtud particular debemos excitarnos siempre que se presentare la ocasion. Atiende ahora y observa la facilidad con que esto se puede ejecutar.

Podrá sucederte en un mismo dia, y por ventura en una misma hora, que te reprendan de una accion buena y loable en sí misma, ó que por otra causa murmuren de tí: que te nieguen con aspereza una pequeña gracia que hayas pedido: que se conciba una falsa sospecha de tí: que te dén alguna comision odiosa: que te sirvan viandas mal sazonadas: que te sobrevenga alguna enfermedad; ó que finalmente te halles oprimido de otros males mas sensibles y graves de los innumerables que se hallan en esta miserable vida.

Entre tan diversos y penosos accidentes podrás sin duda ejercitar diferentes virtudes; pero conforme á la regla que te he dado, te será mas útil y provechoso aplicarte únicamente al ejercicio de

aquella virtud de que entonces tuvieres mayor necesidad.

Si esta virtud de que necesitas fuere la paciencia, tú no debes pensar sino en sufrir constantemente y con alegría todos los males que te suceden y te pueden suceder. Si fuere la humildad, te imaginarás en todas tus penas que no hay castigo alguno que pueda igualar á tus culpas. Si fuere la obediencia, procurarás rendirte con prontitud á la voluntad de Dios, que te castiga conforme mereces, y sujetarte asimismo por su amor, no solamente á las criaturas racionales, sino tambien á las que no teniendo ni razon ni vida, no dejan de ser instrumentos de su justicia. Si fuere la pobreza, te esforzarás á vivir contenta, aunque te halles privada de todos los bienes y de todas las dulzuras de esta vida. Si fuere la caridad, harás todos los actos de amor de Dios y del prójimo que te fueren posibles, considerando que el prójimo te da ocasion de multiplicar tus

merecimientos cuando ejercita tu paciencia; y que Dios, que te envia ó permite todos los males que te afligen, no tiene otro fin que tu mayor bien espiritual.

Todo esto que te digo en órden al modo de ejercitar en diversos accidentes y ocasiones la virtud que fuere mas necesaria, muestra al mismo tiempo el modo de ejercitarla en una sola ocasion, como en una larga enfermedad, ó en otra afliccion y pena que te durase mucho tiempo; pues se podrán entonces producir tambien los actos de aquella virtud de que tuviéremos mayor necesidad.

CAPÍTULO XL.

Del tiempo que debemos emplear en adquirir cada virtud, y de las señales de nuestro aprovechamiento.

No se puede determinar generalmente el tiempo que debemos emplear en el ejercicio de cada virtud; porque esto de-

pende precisamente del estado y disposicion en que nos hallamos, del progreso que hacemos en la vida espiritual, y de la direccion del que nos guia y gobierna; pero es constante, que si nos aplicamos con todo el cuidado, diligencia y solicitud que conviene, aprovecharémos mucho en pocas semanas.

Es señal indubitable y cierta de nuestro aprovechamiento, cuando en la sequedad, oscuridad y angustias del alma, y en la privacion de las consolaciones y gustos espirituales, continuamos constantemente los ejercicios de la perfeccion.

Es tambien señal no menos evidente, cuando la concupiscencia vencida y sujeta á la razon, no puede impedirnos con sus contradicciones que nos ejercitemos en la virtud; porque á la medida que se enflaquece y debilita la concupiscencia, se fortifican y se arraigan en el alma las virtudes. Por esta causa, cuando no se siente ya alguna contradiccion ó rebeldía en la parte inferior, podemos pro-

meternos y asegurarnos que hemos adquirido el hábito de la virtud; y cuanto mayor fuere la facilidad en producir los actos, tanto mas perfecto será el hábito.

Pero advierte, hija mia, que no debemos persuadirnos jamás á que hemos llegado á un grado eminente en la virtud, ó que hemos triunfado enteramente de alguna pasion, aunque después de duros y prolijos combates no sintamos ya sus asaltos y movimientos; porque aquí tambien puede tener lugar la astucia del demonio, y el artificio de nuestra naturaleza, que suele disfrazarse por algun tiempo. De donde nace, que muchas veces, por una soberbia oculta, tenemos por virtud lo que es verdaderamente vicio. Fuera de que, si consideramos el grado de perfeccion á que Dios nos llama, aunque hayamos hecho grandes progresos en la virtud, reconocerémos que todavía no hemos entrado en sus confines.

Por esto, hija mia, tú debes como

nueva guerrera continuar siempre tus ejercicios ordinarios, como si empezases á practicarlos, sin dejar que llegue á entibiarse tu primer fervor.

Considera que es mejor y mas útil aprovechar en la virtud, que examinar escrupulosamente si has aprovechado; porque Dios, que es el que solamente conoce lo íntimo de los corazones, descubre á unos este secreto, y lo oculta á otros, segun los ve en estado, ó de humillarse, ó de ensoberbecerse; y por este medio, este Padre infinitamente bueno y sabio, quita á los flacos la ocasion de su ruina, y obliga á los otros á que crezcan en las virtudes. Así, aunque una alma no vea ó conozca el progreso que hace en la perfeccion, no debe por esto dejar sus ejercicios; porque lo conocerá, cuando será del gusto y beneplácito divino dárselo á conocer para mayor bien suyo.

CAPÍTULO XLI.

Que no debemos desear con ardor librarnos de los trabajos que sufrimos con paciencia, y de qué modo debemos reglar nuestros deseos.

Si te hallares en alguna afliccion ó trabajo, y lo sufres con paciencia, guárdate de escuchar las exhortaciones del demonio ó de tu amor propio, que procúran excitar en tu corazon deseos de librarte de esta pena; porque tu impaciencia te causará dos grandes daños.

El primero, que aunque entonces no pierdas enteramente la virtud de la paciencia, será no obstante una disposicion para el vicio contrario: el segundo, que tu paciencia será imperfecta y defectuosa, y no obtendrá de Dios el premio y la recompensa, sino solamente por el tiempo que la hubieres ejercitado; siendo cierto, que si no hubieras deseado el alivio, an-

tes bien te hubieres resignado en su divina voluntad, aunque tu pena no hubiese durado sino un cuarto de hora, el Señor la reconoceria y recompensaria como servicio de mucho tiempo.

Toma, pues, por regla general en todas las cosas, el no querer hacer sino solamente lo que Dios quiere, y dirigir á este fin todos tus deseos, como al único blanco 'á que debes encaminarlos. Por este medio llegarán á ser justos y santos, y en cualquiera accidente triste ó alegre que te suceda, no solamente gozarás de una perfecta y verdadera paz, sino tambien de un perfecto y verdadero contento, porque como nada sucede en este mundo sino por órden y disposicion de la providencia divina, si tú no quieres sino solo lo que quiere la divina providencia, vendrás siempre á tener lo que deseas; pues ninguna cosa sucederá sino segun tu voluntad.

Este documento, hija mia, no tiene lugar en los pecados propios ó en los ajenos, los cuales siempre detesta y aborre-

ce Dios, sino solamente en las aflicciones y penas de esta vida, por violentas y penetrantes que sean, ó procedan de tus pecados ó de otro principio; porque esta es la cruz con que Dios suele favorecer á sus mas íntimos amigos.

Esto mismo se debe entender respecto de aquella parte de pena y afliccion que en tí quedare, y que es voluntad de Dios que padezcas después de haber buscado algun lenitivo á tu pena, y aplicado á este fin aquellos medios que de sí son lícitos y buenos, de que te puedes muy bien servir sin salir de la mano de Dios, ni del órden que tiene puesto; como en el uso de estos medios te gobiernes por su divina voluntad, sirviéndote de ellos, no por libertarte de tu pena, sino porque Dios quiere que los usemos en nuestras necesidades, y porque á este fin los ha ordenado su providencia.

CAPÍTULO XLII.

Del modo de defendernos de los artificios del demonio, cuando procura engañarnos con devociones indiscretas.

Cuando la serpiente antigua ve que caminamos derechamente, y con vivos y bien ordenados deseos á la perfeccion, reconociendo que no puede atraernos á sí con engaños declarados, se transfigura en ángel de luz (II, *Cor.* XI), y entonces con pensamientos devotos, conceptos agradables, con sentencias y textos de la sagrada Escritura, y ejemplos de los mayores santos, nos solicita y persuade importunamente á que con fervor indiscreto procuremos remontarnos sobre la capacidad y medida de nuestro espíritu, para precipitarnos después en un abismo de males.

Por ejemplo: este astuto enemigo nos incita que castiguemos ásperamente el

cuerpo con disciplinas, abstinencias, cilicios y otras mortificaciones semejantes; pero el fin que se propone su malicia es, ó que persuadiéndonos á que hacemos cosas grandes, nos llenemos de vanagloria, lo cual sucede particularmente á las mujeres; ó que quebrantados con penitencias rigorosas y superiores á nuestras fuerzas, quedemos inhábiles para las buenas obras; ó que no pudiendo sufrir los trabajos de una vida austera y penitente, cobremos hastío y aborrecimiento á los ejercicios espirituales; ó finalmente, que resfriándonos en la virtud, busquemos con mayor ardor y apetito que antes los placeres y vanos divertimientos del mundo.

¿Quién podrá contar el número sin número de los que siguiendo con presuncion de espíritu el ímpetu de un fervor indiscreto y precipitado, y excediendo con los rigores exteriores la capacidad y medida de su propia virtud, cayeron infelizmente en el lazo que se habian tendido á sí mismos con sus propias manos, ha-

ciéndose risa y juguete de los demonios? Es constante, hija mia, que semejantes almas se hubieran preservado de un mal tan grave, si hubiesen considerado que estos ejercicios de mortificacion, si bien son útiles y provechosos á los que tienen fuerza y robustez de cuerpo y humildad de espíritu, requieren siempre temperamento conforme y proporcionado á la calidad y naturaleza de cada uno.

No todos, hija mia, pueden practicar las mismas austeridades que han practicado algunos grandes santos; pero todos pueden imitar á los mayores santos en muchas cosas. Podemos formar en nuestro corazon deseos ardientes y eficaces de participar de las gloriosas coronas que obtienen los verdaderos soldados de Jesucristo en los combates espirituales: podemos á su imitacion y ejemplo menospreciar el mundo y menospreciarnos á nosotros mismos, amar el retiro y el silencio, ser humildes y caritativos con todos, sufrir pacientemente las injurias,

hacer bien á los que nos hacen mal, evitar los menores defectos, que son cosas de mucho mayor mérito á los ojos de Dios que todas las penitencias y maceraciones del cuerpo.

Tambien te advierto que en los principios siempre es mejor usar de moderacion en las penitencias exteriores, á fin de que puedas aumentarlas después, si fuere necesario, que por querer obrar mucho, ponerte en peligro de no poder después obrar nada. Este documento, hija mia, te doy en el presupuesto de que te hallas libre del engaño en que incurren algunos, que pasan en el mundo por espirituales y devotos, los cuales seducidos de la naturaleza y del amor propio, cuidan con tan exacta y escrupulosa puntualidad de la salud del cuerpo, que temen perderla con la mas ligera mortificacion exterior: no hay cosa en que tanto se ocupen, ni de que hablen con tanta frecuencia, como del régimen de vida que deben guardar; tienen en la eleccion de

los manjares una suma delicadeza, que no sirve sino de enflaquecerlos y debilitarlos; prefieren ordinariamente los que lisonjean mas el gusto y son mas agradables al paladar, á los que son mejores y mas provechosos para el estómago; y con todo esto si hubiésemos de creer lo que dicen, su fin no es otro que tener vigor y fuerza para servir mejor á Dios.

Este es el pretexto con que disfrazan y cubren su sensualidad; pero verdaderamente su intento no es otro que unir y concordar dos enemigos irreconciliables, que son la carne y el espíritu (*Galat.* v, 17): de lo cual resulta infaliblemente la ruina del uno y del otro; pues en un mismo tiempo el uno pierde la salud, y el otro la devocion. Por esta causa un modo de vida menos delicado, menos escrupuloso y menos inquieto, es siempre el mas fácil, el mas útil y el mas seguro, como sea regulado por las reglas de la prudencia que te tengo dadas; porque no siendo todas las complexiones igualmen-

te vigorosas y fuertes, no son todas igualmente capaces de sufrir los mismos trabajos. Y añado, que conviene usar de discrecion y regla, no solamente para moderar los ejercicios exteriores, sino tambien para adquirir las virtudes interiores, como ya lo mostré en otro capítulo (*Cap.* 34), explicando el modo de adquirir estas virtudes por grados.

CAPÍTULO XLIII.

Cuán poderosas sean en nosotros nuestra mala inclinacion, y la instigacion del demonio, para inducirnos á juzgar temerariamente del prójimo, y del modo de hacerles resistencia.

La vanidad y propia estimacion producen en nosotros un desórden mas perjudicial que el juicio temerario, el cual nos hace concebir y formar una baja idea del prójimo. Como este vicio nace de nuestra soberbia, se sustenta y fomenta tam-

bien con nuestra soberbia; y á la medida que crece y se aumenta en nosotros, nos hacemos presuntuosos y vanos, y susceptibles de las ilusiones y engaños del demonio, porque venimos á formar insensiblemente tanto mas alta opinion de nosotros mismos, cuanto es mas baja la que concebimos de los otros, persuadiéndonos á que nos hallamos libres de las imperfecciones que les atribuimos.

Cuando el enemigo de nuestra salud reconoce en nosotros esta maligna disposicion, usa de todos sus artificios para hacernos vigilantes y atentos en observar y examinar los defectos ajenos. No es creible cuánto se esfuerza á ponernos y representarnos cada instante delante de los ojos algunas ligeras imperfecciones de nuestros hermanos, cuando no puede hacer que observemos defectos graves y considerables.

Pero pues este astuto enemigo es tan solícito de nuestra ruina, y tan aplicado á nuestra perdicion, no seamos nosotros

menos vigilantes y atentos en descubrir y en evitar sus lazos. Apenas te representare algun vicio ó defecto del prójimo, procura desechar este pensamiento; y si continuare en persuadirte y solicitarte á formar algun juicio injurioso, guárdate de escuchar sus sugestiones malignas. Considera que tú no tienes la autoridad necesaria para juzgar; y que aun cuando la tuvieses, tú no eres capaz de formar juicio recto, hallándote cercada de infinitas pasiones, y muy inclinada á pensar mal de la vida y de las acciones de los otros sin justa causa.

Para remediar eficazmente un mal tan peligroso, te advierto, que tengas tu espíritu enteramente ocupado de tus propias miserias; porque hallarás tantas cosas que corregir y reformar dentro de tí misma, que no tendrás tiempo ni gusto para pensar en las de tu prójimo, ó no pensarás en ellas, sino en el órden de una santa y discreta caridad. Fuera de que si te ocupas en considerar tus propios

defectos, curarás fácilmente los ojos interiores del alma de cierta especie de malignidad, que es la fuente y orígen de todos los juicios temerarios, porque quien juzga sin razon que su hermano está sujeto á algun vicio, puede pensar de sí mismo con fundamento que padece el mismo defecto; pues siempre juzga un hombre vicioso que los demás son sus semejantes.

Todas las veces, pues, que te sintieres pronta y dispuesta á condenar ligeramente las acciones de alguna persona, te debes vituperar interiormente á tí misma y darte esta justa reprension: ¡*Ó ciega y presuntuosa!* ¿*Cómo eres tú tan temeraria, que te atreves á censurar las acciones de tu prójimo, cuando tienes los mismos y aun mas graves defectos?* Así, convirtiendo contra tí misma tus propias armas, en lugar de herir y ofender á tus hermanos curarás tus propias llagas.

Pero si la falta que condenamos es verdadera y pública, excusemos por caridad

al que la ha cometido: creamos que tiene algunas virtudes ocultas, que por ventura no hubiera podido conservar si Dios no hubiese permitido en él esta caida: creamos que un pequeño defecto que Dios le deje por algun tiempo, acabará de destruir en él la estimacion y buen concepto en que se tiene á sí mismo; que siendo menospreciado se hará mas humilde, y que por consiguiente su ganancia será mayor que su pérdida.

Mas si el pecado es no solamente público, sino enorme, si el pecador es impenitente, endurecido y obstinado, levantemos nuestro espíritu al cielo; entremos en los secretos juicios de Dios; consideremos que muchos hombres después de haber vivido largo tiempo en la iniquidad, han venido á ser grandes santos; y que otros al contrario, que habian llegado al grado mas sublime de la perfeccion, han caido infelizmente en un abismo de desórdenes y de miserias.

Con estas reflexiones comprenderás, hi-

ja mia, que no debes temerte menos á tí misma que á los demás; y que si sientes en tí inclinacion y facilidad á juzgar favorablemente del prójimo, el Espíritu Santo es quien te da esta feliz inclinacion; y que al contrario, cualquiera desprecio, aversion ó juicio temerario contra el prójimo nace únicamente de la propia malignidad, y de la sujestion del demonio. Si alguna imperfeccion, pues, ó defecto ajeno hubiere hecho en tí alguna impresion, no descanses ni sosiegues hasta tanto que la hayas desterrado enteramente de tu corazon.

CAPÍTULO XLIV.

De la oracion.

Si la desconfianza de nosotros mismos, la confianza en Dios y el buen uso de nuestras potencias son armas necesarias en el combate espiritual, como hasta aquí se ha mostrado, la oracion, que es la cuar-

ta cosa y arma propuesta, es mas indispensable y precisa; pues por la oracion obtenemos de Dios no solamente las virtudes, sino generalmente todos los bienes de que tenemos necesidad. Este es el canal por donde se nos comunican todas las gracias que recibimos del Cielo: con la oracion, si la ejercitares como debes, pondrás la espada en mano de Dios, para que combata por tí y te alcance la victoria. Para servirnos como conviene de un medio tan esencial y tan importante, conviene que observemos las reglas siguientes.

En primer lugar debemos tener un verdadero deseo de servir á Dios con fervor, y en el modo que le es mas agradable. Este deseo se encenderá fácilmente en nuestro corazon, si consideramos tres cosas: la primera es, que Dios merece infinitamente ser servido y adorado á causa de la excelencia de su ser soberano, de su bondad, de su hermosura, de su sabiduría, de su poder, y de todas sus perfecciones inefables; la segunda es, que

este mismo Dios se hizo hombre, y trabajó continuamente por el espacio de treinta y tres años por nuestra salud, y curó con sus propias manos las llagas horribles de nuestros pecados, ungiéndolas y lavándolas, no con aceite y vino, sino con su sangre preciosa (*Luc.* x, 34.—*Apoc.* I, 5), y su carne purísima, toda despedazada con los azotes, con las espinas y con los clavos; la tercera es, que nada nos importa tanto como el guardar su ley, y cumplir todas nuestras obligaciones, pues este es el único medio de hacernos señores de nosotros mismos, victoriosos del demonio, é hijos de Dios.

Lo segundo, debemos tener una fe viva, y una firme confianza de que Dios no nos negará los auxilios necesarios para servirle con perfeccion, y para obrar nuestra salud. Una alma llena de esta santa confianza, es como un vaso sagrado, donde la divina misericordia derrama los tesoros de su gracia; y cuanto mayor es la confianza, tanto mayor es la abundancia de

las bendiciones celestiales que atrae sobre sí con la oracion. Porque, ¿cómo será posible que un Dios, á quien nada es difícil, deje de comunicarnos sus dones, cuando su bondad misma nos solicita y persuade á que se los pidamos, y nos promete su Santo Espíritu (*Luc.* XI, 13), como se lo pidamos con fe y con perseverancia?

Lo tercero, debemos entrar siempre en la oracion por solo el motivo ó fin de hacer lo que Dios quiere, y no lo que nosotros queremos: de manera, que no hemos de aplicarnos jamás á este santo ejercicio, sino solamente porque Dios nos lo manda, ni debemos desear ser oidos, sino en cuanto fuere de su divino beneplácito; en fin, nuestra intencion ha de ser unir y conformar nuestra voluntad con la divina, sin pretender jamás inclinar la divina á la nuestra. La razon es, porque nuestra voluntad, como inficionada y pervertida del amor propio, yerra muchas veces, y no sabe lo que pide; pero la vo-

luntad divina no puede errar, siendo esencialmente justa y santa; y así debe ser la regla de cualquiera otra voluntad. Tengamos, pues, particular cuidado de no pedir á Dios sino las cosas que son de su agrado; y si hubiere algun motivo ó fundamento para temer que lo que deseamos no es conforme á su voluntad, no se lo pidamos sino con una entera sumision á las órdenes de su providencia. Pero si las cosas que deseamos alcanzar no pueden dejar de serle agradables, como las virtudes, pidámoslas mas por agradarle y por servirle que por cualquiera otra consideracion, aunque sea muy espiritual.

Lo cuarto, si deseamos obtener lo que pedimos, conviene que nuestras obras se conformen con nuestras palabras: conviene que antes y después de la oracion procuremos con todas nuestras fuerzas hacernos dignos de la gracia que deseamos alcanzar; porque el ejercicio de la oracion debe andar siempre unido y acompañado con el dela mortificacion interior,

pues seria tentar á Dios pedir una virtud y no aplicar los medios para conseguirla.

Lo quinto, antes de pedir á Dios cosa alguna, debemos darle muy rendidas gracias por todos los beneficios que hemos recibido de su bondad. Podrémos decirle: *Señor y Dios mio, que después de haberme criado me habeis redimido por vuestra misericordia, y me habeis librado infinitas veces del furor de mis enemigos, ayudadme y socorredme ahora; y olvidando mis ingratitudes pasadas, no me negueis la gracia que os pido.*

Y si cuando deseamos obtener alguna virtud en particular, fuéremos tentados del vicio contrario, no dejemos de alabar y bendecir á Dios por la ocasion que nos da de ejercitar esta virtud, porque no es este, hija mia, un favor pequeño.

Lo sexto, como la oracion recibe toda su eficacia y fuerza de la suma bondad de Dios, de los méritos de la vida, y de la pasion de su unigénito Hijo, y de las promesas que nos ha hecho de oirnos (*Je-*

rem. XXXIII, 3), podrémos concluir siempre nuestras peticiones con alguna de las oraciones siguientes: *Yo os pido, Señor, que por vuestra divina misericordia me otorgueis esta gracia. Concededme por los méritos de vuestro unigénito Hijo lo que os pido. Acordaos, Dios mio, de vuestras promesas, y oid mis ruegos.*

Algunas veces podrémos pedir tambien las gracias que deseamos por los méritos de la Vírgen santísima y de los santos; porque es grande el poder que tienen en el cielo, y Dios se deleita de honrarlos á proporcion del honor y gloria que le han dado en el curso de su vida mortal.

Lo séptimo, conviene tambien perseverar en este ejercicio, porque el Todopoderoso no puede resistir á una humilde perseverancia en la oracion; pues si la importunidad de la Viuda del Evangelio pudo doblar y vencer la dureza de un juez inicuo (*Luc.* XVIII, 5), ¿cómo podrán nuestros ruegos dejar de mover un Dios infinitamente bueno? Y así, aunque el

Señor tarde en oirnos, y nos parezca que no quiere escucharnos, no debemos perder la confianza que tenemos en su infinita bondad, ni dejar de continuar la oracion; porque su divina Majestad tiene en un grado infinito todo lo que es necesario para poder y para querer enriquecernos y colmarnos de sus beneficios; y si de nuestra parte no hubiere alguna falta, podrémos estar ciertos y seguros de que obtendrémos infaliblemente la gracia que le pedimos, ú otra que nos sea mas útil y provechosa, y por ventura ambas gracias juntamente.

Sobre todo, debemos estar siempre advertidos en este punto, que cuanto mas nos pareciere que el Señor no nos escucha ni admite nuestros ruegos, tanto mas hemos de procurar humillarnos y concebir menosprecio y odio de nosotros mismos; pero en esto, hija mia, debemos gobernarnos de suerte que, considerando nuestras miserias, no perdamos jamás de vista su divina misericordia, y que en lu-

gar de disminuir nuestra confianza, la aumentemos en nuestro corazon sobre el fijo conocimiento de que cuanto mas viva y constante fuere en nosotros esta virtud, cuando se halla combatida, tanto mayor será nuestro merecimiento.

Finalmente, no dejemos jamás de dar á Dios humildes y rendidas gracias. Alabemos y bendigamos igualmente su sabiduría, su bondad y su caridad, ya nos niegue ó ya nos conceda la gracia que le pedimos; y en cualquiera suceso procuremos conservarnos siempre tranquilos, contentos, y enteramente rendidos á su providencia.

CAPÍTULO XLV.

Qué cosa sea oracion mental.

Oracion mental es una elevacion del espíritu á Dios, con actual ó virtual súplica de lo que deseamos.

La actual se hace cuando con palabras

mentales se pide á Dios alguna gracia en esta ó semejante forma : *Señor y Dios mio, concededme esta gracia á honor y gloria vuestra ;* ó de este otro modo : *Dios mio, creo firmemente que será de vuestro agrado, y de vuestra gloria, que yo os pida y alcance esta gracia : cúmplase, pues, en mí vuestra voluntad divina.*

Cuando te hallares combatida de tus enemigos, orarás así : *Ayudadme presto, Dios mio, para que no me rinda á mis enemigos ;* ó de este modo : *Dios mio, refugio mio, fortaleza mia, pues veis mi fragilidad y flaqueza, socorredme prontamente para que no caiga.*

Si continuare la batalla, continúa en orar de la misma forma resistiendo siempre animosamente al enemigo que te hace la guerra.

Después que se hubiere pasado lo fuerte del combate, vuélvete al Señor, y pidiéndole que considere de una parte las fuerzas de tu enemigo, y de la otra tu suma flaqueza, le dirás : *Veis aquí, Señor,*

vuestra criatura: veis aquí la obra de vuestras manos: veis aquí el alma que Vos habeis redimido con vuestra preciosa sangre, mirad como vuestro enemigo os la procura robar para perderla. Á Vos, Dios mio, recurro, en Vos solo pongo mi confianza; porque Vos solo sois infinitamente bueno, infinitamente poderoso: Vos conoceis mi debilidad y la prontitud con que caeré en manos de mis enemigos, sin el socorro de vuestra gracia. Ayudadme, pues, ó dulce esperanza mia, única fortaleza de mi alma.

La súplica virtual se hace cuando elevamos nuestro espíritu á Dios para obtener alguna gracia, representándole nuestra necesidad, sin decir ni hacer otra consideracion; como cuando yo elevo la mente á Dios, y en su presencia reconozco que de mí mismo no soy capaz de defenderme del mal, ni de obrar el bien; y encendido de un ardiente deseo de servirle, fija la vista en su bondad, esperando su socorro con humildad y confianza. Este conocimiento de mi flaqueza, este

deseo de servir á Dios, y este acto de fe, producido en su divina presencia, es una oracion que virtualmente pide lo que necesito; y cuanto mas puro fuere el conocimiento, cuanto mas abrasado el deseo, y cuanto mas viva la fe, tanto mayor será la eficacia de la oracion para obtener la gracia que deseo.

Hay tambien otra especie de oracion virtual mas reducida y breve, la cual se hace con una simple vista del alma, que expone á los ojos del Señor su indigencia para que la socorra; y esta vista no es otra cosa que un tácito recuerdo y súplica de aquella gracia que antecedentemente le hemos pedido.

Es necesario, hija mia, que te acostumbres á esta especie de oracion, y que te la hagas muy familiar para servirte de ella en cualquiera tiempo y lugar; porque la experiencia te mostrará, que así como no hay cosa mas fácil, así no hay cosa mas útil ni mas excelente.

CAPÍTULO XLVI.

De la oracion por via de meditacion.

Si quieres detenerte en este santo ejercicio de la oracion por algun espacio de tiempo, como por media hora ó por una hora entera, añadirás la meditacion de la vida y pasion de Jesucristo, aplicando siempre sus santísimas acciones á la virtud que deseas adquirir.

Como por ejemplo, si deseares obtener la virtud de la paciencia, meditarás en algunos puntos del misterio de los azotes.

El primero, como después de haber dado Pilato la sentencia, fue el Señor arrebatado con violencia, por aquellos ministros de la iniquidad, y llevado con gritos y baldones al lugar destinado para la flagelacion.

El segundo, como con impaciente y apresurada rabia le despojaron aquellos crueles verdugos de todos sus vestidos,

quedando descubiertas y desnudas á la vista de aquel ingrato pueblo sus purísimas carnes.

El tercero, como aquellas inocentes manos, instrumentos de su piedad y misericordia, fueron atadas á una columna con ásperos cordeles.

El cuarto, como aquel sagrado y honestísimo cuerpo fue azotado por los verdugos con rigor tan inhumano, que corrió su divina sangre por el suelo, rebalsándose en muchas partes con abundancia.

El quinto, como los golpes continuados y repetidos en una misma parte aumentaban y renovaban sus llagas.

Mientras meditares sobre estos puntos ó sobre otros semejantes, propios á inspirarte el amor de la paciencia, aplicarás primeramente tus sentidos interiores á sentir con la mayor viveza que pudieres los dolores incomprensibles que sufrió el Señor en todas las partes de su sacratísimo cuerpo, y en cada una en particular.

De aquí pasarás á las angustias de su alma santísima, meditando profundamente la paciencia y mansedumbre con que sufria tantas aflicciones, sin que jamás se apagase aquella ardiente sed que tenia de padecer nuevos tormentos por la gloria de su Padre, y por nuestro bien.

Considérale después encendido de un vivo deseo de que tú sufras con gusto tus aflicciones; y mira, como vuelto á su eterno Padre, le ruega que te ayude á llevar con paciencia no solamente la cruz que entonces te aflige, sino todas las demás que quisiere enviarte su providencia.

Movida de estas tiernas y piadosas consideraciones, confirma con nuevos actos la resolucion en que estás de sufrir con ánimo paciente cualquiera tribulacion.

Después, levantando tu espíritu al Padre eterno, dale rendidas gracias de que haya enviado al mundo su unigénito Hijo, para que padeciese tan crueles tormentos, y para que intercediese por tí:

pídele, en fin, que te conceda la virtud de la paciencia por los méritos y por la intercesion de su santísimo Hijo.

CAPÍTULO XLVII.

De otro modo de orar por el camino de la meditacion.

Tambien podrás orar y meditar de esta otra manera.

Después que hubieses considerado atentamente las penas de tu divino Salvador, y la alegría con que las toleraba, pasarás de la consideracion de sus dolores y de su paciencia á otras dos consideraciones no menos necesarias.

La una será de sus méritos infinitos: la otra del contento y gloria que recibió su eterno Padre de la puntual y perfectísima obediencia con que puso en ejecucion sus divinos decretos.

Ambas cosas representarás humildemente á su divina Majestad, como dos

razones poderosas para obtener la gracia que deseas.

Esto mismo podrás practicar no solamente en todos los misterios de la pasion del Señor, sino tambien en todos los actos interiores ó exteriores que su Majestad hacia en cada misterio.

CAPÍTULO XLVIII.

De un modo de orar fundado en la intercesion de María santísima nuestra Señora.

A mas de los sobredichos hay otro modo de orar y meditar, que se dirige particularmente á María santísima, levantando el espíritu primeramente á Dios, después al dulcísimo Jesús, y últimamente á su gloriosísima Madre.

Levantando el espíritu á Dios considerando dos cosas.

La primera, el singular amor que tuvo *ab æterno* á esta purísima Vírgen, aun

antes que la hubiese sacado de la nada.

La segunda, la eminente santidad de esta Señora, y las heróicas obras que ejercitó desde el instante de su Concepcion hasta el de su muerte.

Sobre el primer punto meditarás en la forma siguiente:

Remóntate primero con el pensamiento sobre la esfera y jurisdiccion de los tiempos, y de todas las criaturas; y entrando en el abismo de la eternidad, y de la misma mente de Dios, pondera la complacencia y satisfaccion con que aquel sumo bien consideraba á la que destinaba para ser Madre de su Unigénito amado: y en virtud de esta satisfaccion y contento inefable, pídele con seguridad que te conceda gracia y fortaleza para vencer y destruir á tus enemigos, y particularmente al que entonces te hiciere guerra.

Después te representarás las virtudes y las acciones heróicas de esta Vírgen incomparable; y ofreciéndolas á Dios, ó

todas juntamente, ó cada una en particular, pedirás en virtud de ellas á su bondad infinita las cosas de que tuvieres necesidad.

Vuelve luego el espíritu á su Hijo santísimo y tráele á la memoria el virginal vientre que le sirvió de albergue y purísimo tálamo por el espacio de nueve meses; la humildad y profunda reverencia con que apenas salió á luz le adoró la Vírgen, y reconoció por verdadero hombre y verdadero Dios, Hijo y Criador suyo; la compasion y ternura con que le vió nacer pobre, despreciado, y desconocido en un pesebre; el amor con que le recogió en sus brazos; los ósculos suavísimos que le dió; la purísima leche con que lo alimentó; y las fatigas, tribulaciones y penas que en el curso de su vida mortal padeció por su causa.

Represéntate bien todas estas cosas; y no dudes, hija mia, que con tan eficaces y poderosas consideraciones le harás una dulce violencia para que te oiga y te conceda lo que le pides.

Vuélvete, en fin, á la Vírgen santísima, y acuérdale que entre todas las mujeres fue escogida y predestinada de la bondad y eterna providencia de Dios para ser Madre de gracia y de misericordia, y abogada de los pecadores, y que después de su bendito Hijo no tenemos otro mas poderoso y seguro asilo que el de su patrocinio. Represéntala tambien aquella inefable verdad tan constante entre los Doctores, y confirmada con tantos prodigios y maravillas, que ninguno la ha invocado jamás con viva fe, que no haya sido ayudado y socorrido en su necesidad.

Últimamente, ponle á la vista las aflicciones y penas que padeció su santísimo Hijo por nuestra salud, á fin de que te obtenga de su infinita bondad la gracia de que te aproveches de ellas para su gloria y satisfaccion.

CAPÍTULO XLIX.

De algunas consideraciones para que con fe y seguridad acudamos al patrocinio de la Vírgen María.

Si deseas recurrir con seguridad y confianza en cualquiera necesidad ó trabajo á la proteccion de la Vírgen María, podrás servirte de los motivos y consideraciones siguientes:

Primero, la experiencia muestra que un vaso que ha tenido dentro de sí algun licor aromático y precioso, conserva su fragancia, aunque se haya sacado el licor del vaso, principalmente si lo ha tenido dentro de sí por mucho espacio de tiempo, y si ha quedado en el vaso alguna parte del licor precioso. Asimismo, el que ha estado cerca de un fuego grande, conserva por mucho tiempo el calor después de haberse retirado del fuego.

Pues si esto, hija mia, sucede con cual-

quiera licor precioso, y con cualquiera grande incendio, que no son sino de virtud corta y limitada, ¿qué dirémos nosotros de la caridad y de la misericordia de esta purísima Vírgen, que por el espacio de nueve meses ha llevado dentro de sus entrañas, y lleva siempre en su corazon al Hijo único de Dios, la caridad increada, cuya virtud no tiene límites?

Si es imposible que el que se acerca á un grande incendio no participe del calor de sus llamas, ¿cómo podrémos persuadirnos á que quien se acerca al fuego de la caridad, que arde en el corazon purísimo de esta Madre de misericordia, no sienta sus admirables y divinos efectos; y que no reciba mas favores, beneficios y gracias de su piedad, cuanto con mas frecuencia, fe y confianza acudiere á su patrocinio?

2. Ninguna pura criatura amó jamás tanto á Jesucristo, ni fue tan conforme á su voluntad como su santísima Madre. Pues si este divino Salvador, que se sa-

crificó por la salud y remedio de los pecadores, nos ha dado su propia Madre, para que fuese nuestra Madre comun, nuestra abogada y nuestra medianera, ¿cómo podrá esta Señora dejar de entrar en sus sentimientos, y olvidarse de socorrernos?

Recurre, pues, hija mia, con seguridad á esta piadosísima Madre en todas tus necesidades: implora con confianza su misericordia; porque es una fuente inagotable de bondad, y un manantial perenne de gracias, y suele medir sus favores y beneficios por nuestra fe y confianza.

CAPÍTULO L.

De un modo de meditar y orar por medio de los Ángeles y de los bienaventurados.

Para merecer la proteccion de los Ángeles y Santos del cielo, usarás de dos medios.

El primero será levantar tu espíritu al Padre eterno, y representarle las alaban-

zas que le da toda la corte celestial, y los trabajos, persecuciones y tormentos que han padecido los Santos en la tierra por su amor; y pedirle después, en virtud de las pruebas ilustres que le dieron estos gloriosos predestinados de su fidelidad, amor y constancia, que te conceda la gracia de que necesitas.

El segundo será invocar á estos bienaventurados espíritus, pidiéndoles que te ayuden á corregir tus vicios, y á vencer todos los enemigos de tu salud; pero particularmente que te asistan en el artículo de la muerte.

Algunas veces admirarás las gracias singulares que han recibido del Señor, alegrándote de sus excelencias y dones, como si fueren propios tuyos, y complaciéndote con un santo júbilo de que Dios les haya comunicado mayores ventajas y privilegios que á tí, porque así ha sido de su beneplácito y agrado; y tomarás de aquí ocasion y motivo para alabarle y bendecirle.

Mas para que puedas hacer este santo ejercicio con mejor órden y con menos trabajo, dividirás segun los dias de la semana los diversos órdenes de los bienaventurados en esta forma:

El Domingo invocarás los nueve Coros de los Ángeles.

El Lunes san Juan Bautista.

El Martes los Patriarcas y Profetas.

El Miércoles los Apóstoles.

El Jueves los Mártires.

El Viernes los Pontífices y demás Confesores.

El Sábado las Vírgenes y las demás Santas.

Pero sobre todo, hija mia, no te olvides jamás de implorar frecuentemente el patrocinio y socorro de María santísima, que es la Reina de todos los Santos y nuestra principal abogada, y el de tu Angel Custodio, del arcángel san Miguel, y de los demás Santos á quienes tuvieres particular devocion.

No dejes pasar dia alguno sin que pi-

das á María, á Jesús y al Padre eterno que te concedan al bienaventurado san José, esposo dignísimo de la mas pura de las Vírgenes, por tu principal abogado y protector, y recurrirás después á este glorioso Santo con mucha fe y confianza, pidiéndole humildemente que te reciba en su proteccion y amparo.

Son, hija mia, infinitas las maravillas que se cuentan de este gran Santo, y muchos los favores y gracias que han recibido de Dios los que en sus necesidades, así espirituales como corporales, lo han invocado, principalmente cuando han necesitado de la luz del cielo y de un director invisible para aprender á orar y meditar bien.

Si Dios, hija mia, considera y atiende tanto á los demás Santos, y tanto favorece á los hombres por su intercesion, por haberle servido y glorificado en el mundo, ¿qué condescendencias no usará con este admirable Patriarca, á quien el mismo Dios honró de tal manera en

la tierra, que quiso sujetarse á él, y como Padre obedecerle y servirle? (*Luc.* II, 51).

CAPÍTULO LI.

De diversos sentimientos afectuosos que se pueden sacar de la meditacion de la pasion de Jesucristo.

Todo lo que he dicho arriba en órden al modo de orar y meditar sobre la pasion del Señor, no se dirige sino á pedirle favores y gracias; ahora, hija mia, quiero enseñarte el modo de sacar de la misma pasion diversos afectos.

Por ejemplo, si te propones por objeto de tu meditacion la crucifixion de Jesucristo, podrás entre otras maravillosas circunstancias de este misterio, considerar las siguientes:

Primeramente, el inhumano modo con que en el monte Calvario lo desnudaron de sus vestiduras las impías y crueles ma-

nos de los judíos, arrebatándole con tanto furor la túnica que tenia pegada en las llagas, que renovaron todas las de su sacratísimo cuerpo, y le añadieron nuevo dolor sobre el de sus heridas.

2. La sacrílega violencia con que le arrancaron la corona de espinas, rasgándole las heridas; y la desmedida crueldad con que se la volvieron á fijar en la cabeza, abriéndole llagas sobre llagas.

3. Como para fijarlo en el árbol de la cruz, como al mas facineroso de los hombres, penetraron á martilladas con duros y agudos clavos sus sagradas manos y piés, rompiendo con impiedad las venas y nervios de aquellos miembros divinos que habia formado el Espíritu Santo.

4. Como no alcanzando á los barrenos que habian formado en la cruz aquellas sacratísimas manos que fabricaron los cielos, tiraron de ellas con inaudita crueldad para ajustarlas con los barrenos, quedando la fábrica de aquel santísimo cuerpo, en quien estaba unida la Divinidad,

tan disuelta y desconcertada que se le pudieron contar todos los huesos (*Psal.* xxi, 18).

5. Como estando pendiente de aquel duro leño, y sin otro apoyo que el de los clavos, se dilataron con un dolor indecible las heridas de su sagrado cuerpo con su misma gravedad y peso.

Si con estas consideraciones, ó con otras semejantes, deseas excitar en tu corazon afectos del divino amor, procura, hija mia, pasar con la meditacion á un sublime conocimiento de la bondad infinita de tu Salvador, que por tu amor quiso padecer tantas penas; pues á la medida que se fuere aumentando en tí este conocimiento, crecerá tu amor.

De este mismo conocimiento de la suma bondad y amor infinito de Dios, sacarás una admirable disposicion para formar actos fervientes de contricion y dolor de haber ofendido tantas veces y con tanta ingratitud á un Señor, que con excesos tan grandes de caridad y misericordia se sa-

crificó por la satisfaccion de tus ofensas.

Para formar y producir actos de esperanza, considera que el Señor en sujetarse al rigor de tantos tormentos, y á la ignominia y oprobio de la cruz, no tuvo otro fin que exterminar el pecado del mundo, librarte de la tiranía del demonio, expiar tus culpas particulares y reconciliarte con su eterno Padre (I *Joan.* II), para que puedas recurrir con confianza á su misericordia en todas tus necesidades.

Si depués de haber considerado sus penas, consideras sus grandes y maravillosos efectos, si observas y adviertes que con su muerte quitó los pecados de todo el mundo (*Heb.* II), satisfizo la deuda de la posteridad de Adan (*Rom.* V), aplacó la ira de su eterno Padre (*Eph.* VI.—*Colos.* I), confundió las potestades del infierno, triunfó de la muerte misma (*Oseæ* XIII), y llenó en el cielo las sillas de los ángeles rebeldes (*Ps.* CIX), tu dolor se convertirá en alegría, y esta alegría se aumentará en tu corazon con la

memoria de la que causó á toda la santísima Trinidad, á la bienaventurada Vírgen María, á la Iglesia Triunfante y á la Militante, la grande obra de la redencion del mundo.

Pero si quieres concebir un vivo dolor de tus pecados, aplica todos los puntos de tu meditacion al único fin de persuadirte que Jesucristo no tuvo para padecer tantos tormentos otro motivo que el de inspirarte un odio saludable de tí misma y de tus pasiones desordenadas, principalmente de la que te induce á mayores faltas, y desagrada mas á su infinita bondad.

Si quieres entrar en sentimientos y afectos de admiracion, considera ¿qué cosa puede haber mas digna de maravilla y de asombro, que ver al Criador del universo, al autor mismo de la vida, morir á manos de sus criaturas? que ver la Majestad suprema ultrajada y envilecida, la justicia condenada, la hermosura en que se miran los cielos escupida y desfigura-

da, el objeto del amor y de la complacencia del eterno Padre hecho el objeto del odio de los pecadores, la luz inaccesible (I *Timot.* VI, 16), abandonada al poder de las tinieblas, la gloria, la felicidad increada sepultada en el oprobio y en la miseria.

Para moverte y ejercitarte á la compasion de este Salvador divino, penetra por las llagas exteriores del cuerpo las interiores de su alma santísima; y si por aquellas sintiere tu corazon grandísima pena, maravilla será que por estas no se haga pedazos de dolor.

Esta grande alma veia claramente la divina Esencia como ahora la ve en el cielo: conocia con altísima luz de amor la adoracion y culto que merece de todas las criaturas: representábansele al mismo tiempo los pecados de todas las naciones, de todos los siglos, de todos los estados, de todas las condiciones, y distinguia con la vivacidad de su divina penetracion el número, el peso, la ca-

lidad y las circunstancias de todos y de cada uno de ellos; y como amaba á Dios cuanto podia amarle una alma unida al Verbo, á proporcion de este amor era el odio que tenia á los peçados, y á la medida de este amor y de este odio era el dolor que causaban en aquella alma santísima las ofensas contra aquella Majestad infinita: y como ni la bondad de Dios ni la malicia del pecado se pueden conocer enteramente sino de Dios, ningun entendimiento humano ni angélico puede formar una justa idea de cuán grande, cuán intenso y cuán incomprensible fuese el dolor que afligia la mente, el espíritu y el alma de Jesucristo.

A mas de esto, hija mia, como este adorable Salvador amaba sin tasa ni medida á todos los hombres, á proporcion de este excesivo amor era su dolor y amargura por los pecados que habian de dividirlos y separarlos de su alma santísima. Sabia que ningun hombre podia cometer algun pecado mortal sin destruir la ca-

ridad y la gracia, que es el vínculo con que están unidos espiritualmente con él todos los justos: esta separacion era al alma de Jesucristo mucho mas sensible y dolorosa, que lo es al cuerpo la de sus miembros cuando se apartan de su lugar propio y natural; porque como el alma es toda espiritual, y de una naturaleza mas excelente y perfecta que el cuerpo, es mas capaz de sentimiento y dolor. Pero la mas sensible de todas sus aflicciones fue la que ocasionaron los pecados de todos los réprobos, que no pudiendo reunirse con él por la penitencia, habian de padecer en el infierno eternos tormentos.

Si á la vista de tantas penas sientes que tu corazon se mueve á la compasion de tu amado Jesús, entra mas profundamente en la consideracion de sus aflicciones, y hallarás que padeció dolores y penas incomprensibles, no solamente por los pecados que efectivamente has cometido, sino tambien por los que no has cometi-

do jamás; porque es constante, que Jesucristo nos mereció y alcanzó de su eterno Padre el perdon de los unos, y la preservacion de los otros, con el precio infinito de su sangre.

No te faltarán, hija mia, otros motivos y consideraciones para condolerte con tu afligido Redentor; porque no ha habido ni habrá jamás algun dolor en criatura racional que no lo haya sentido en sí mismo, pues las injurias, las tentaciones, las ignorancias, las penitencias, las angustias y tribulaciones de todos los hombres afligieron mas vivamente el alma de Cristo, que á los mismos que las padecieron, porque vió perfectamente todas las aflicciones de los mortales, grandes y pequeños, espirituales y corporales, hasta el mas mínimo dolor de cabeza; y con su inmensa caridad quiso padecerlas é imprimirlas todas en su corazon este piadosísimo Señor.

¿Pero quién podrá encarecer ó ponderar dignamente cuán sensible le fueron las

penas y dolores de su Madre santísima? Porque en todos los modos y por todos los respectos que padeció Cristo, padeció igualmente y fue afligida esta Señora; y aunque no tan intensamente y en aquel grado, fueron no obstante acerbísimas sus penas y sobre toda comprension (*Luc.* II, 35).

Estas penas renovaron las llagas internas de Jesús, penetrando como otras tantas flechas encendidas de amor su dulcísimo corazon. Por esta causa solia decir con santa simplicidad una alma muy favorecida de Dios, que el corazon de Jesús le parecia un infierno de penas voluntarias, donde no ardía otro fuego que el de la caridad.

Mas en fin, ¿cuál es la causa y orígen de tantos tormentos? Nuestros pecados. Por esto, hija mia, el mejor modo de compadecernos de Jesucristo crucificado, y de mostrarle la gratitud y reconocimiento que le debemos, es dolernos de nuestras infidelidades puramente por su amor, abor-

recer y detestar el pecado sobre todas las cosas, y hacer guerra continua á nuestros vicios como á sus mas mortales enemigos, á fin de que desnudándonos del hombre viejo y vistiéndonos del nuevo, adornemos nuestras almas con las virtudes cristianas, que son las que forman su belleza y perfeccion.

CAPÍTULO LII.

De los frutos que podemos sacar de la meditacion de la Cruz, y de la imitacion de las virtudes de Jesucristo.

Los frutos, hija mia, que debes sacar de la meditacion de la Cruz, son:

El primero, que te duelas con amargura de tus pecados pasados, y te aflijas de que aun vivan y reinen en tí las pasiones desordenadas, que ocasionaron la dolorosa muerte de tu Señor.

El segundo, que pidas á Jesucristo crucificado el perdon de las ofensas que le

has hecho, y la gracia de un odio saludable de tí misma para que no le ofendas mas, sino antes bien le ames y le sirvas de todo tu corazon en reconocimiento de tantos dolores y penas como ha sufrido por tu amor.

El tercero, que trabajes con continua solicitud en desarraigar de tu corazon todas tus viciosas inclinaciones, por pequeñas y leves que sean.

El cuarto, que con todo el esfuerzo que pudieres, procures imitar las virtudes de este divino Maestro, que murió, no solamente por expiar nuestras culpas, sino tambien por darnos el ejemplo de una vida santa y perfecta (I *Petr.* II, 21).

Quiero, hija mia, enseñarte un modo de meditar, de que podrás servirte con mucho fruto y provecho para este fin.

Por ejemplo, si deseas, entre las virtudes de Jesucristo imitar particularmente su paciencia heróica en los males y tribulaciones que te suceden, considerarás los puntos siguientes:

El primero, lo que hace el alma afligida de Cristo mirando á Dios.

El segundo, lo que hace Dios mirando al alma de Cristo.

El tercero, lo que hace el alma de Cristo mirándose á sí misma y á su sacratísimo cuerpo.

El cuarto, lo que hace Cristo mirándonos á nosotros.

El quinto, lo que nosotros debemos hacer mirando á Cristo.

Considera, pues, lo primero, como el alma de Jesús absorta y transformada en Dios, contempla con admiracion aquella esencia infinita é incomprensible, en cuya presencia son nada las mas nobles y excelentes criaturas (*Isai.* XL, 13 *y sig.*); contempla, digo, con admiracion y asombro, aquella esencia infinita en un estado, en que sin perder nada de su grandeza y de su gloria esencial, se humilla y se sujeta á sufrir en la tierra los mas indignos ultrajes por el hombre, de quien no ha recibido sino infidelidades, inju-

rias y menosprecios: y como adora á aquella suprema Majestad, le tributa mil alabanzas, bendiciones y gracias, y se sacrifica enteramente á su divino beneplácito.

Lo segundo, mira después lo que hace Dios con el alma de Jesucristo: considera como quiere que este Hijo único, que es el objeto de su amor, sufra por nosotros y por nuestra salud las bofetadas, las contumelias, los azotes, las espinas y la cruz: considera la complacencia y satisfaccion con que lo mira colmado de oprobios y de dolores por tan alta y tan gloriosa causa.

Lo tercero, represéntate el alma de Jesucristo, que conociendo en Dios con la altísima luz de su entendimiento esta complacencia y satisfaccion, el amor íntimo y ardiente con que la ama, ya por sus infinitas perfecciones, ya de los bienes infinitos que le ha comunicado, le obliga á sujetarse enteramente con prontitud y con alegría á su voluntad (*Philip.* II.)

¡Qué lengua podrá ponderar el ardor con que desea las aflicciones y penas! Esta grande alma no se ocupa sino en buscar nuevos modos y caminos de padecer; y no hallando todos los que desea y busca, se entrega libremente (*Joan.* x, 19), con su inocentísima carne al arbitrio de los hombres mas crueles y de los demonios.

Lo cuarto, mira después á tu amado Jesús, que volviéndose á tí con ojos llenos de misericordia, te dice dulcemente: *Mira, hija, el estado á que me han reducido tus desordenadas inclinaciones y apetitos: mira el exceso de mis dolores y penas, y la alegría con que los sufro, sin otro fin que el de enseñarte la paciencia. Yo te exhorto y te pido por todas mis penas, que abraces con gusto la cruz que te presento, y todas las demás que te vinieren de mi mano. Abandona tu honor á la calumnia, y tu cuerpo al furor y rabia de los perseguidores que yo eligiere para ejercitarte y probarte, ya sean despreciables*

y viles, ya inhumanos y formidables. ¡O si supieses, hija, el placer y contento que me dará tu resignacion y tu paciencia! ¿Pero cómo puedes ignorarlo, viendo estas llagas que yo no he recibido sino solamente á fin de adquirirte con el precio de mi sangre las virtudes con que quiero adornar y enriquecer tu alma, que amo y estimo mas que mi propia vida? Si yo quise reducirme á tan triste y penoso estado por tu amor, ¿por qué no querrás tú sufrir un leve dolor por aliviar los mios, que son extremos? ¿Por qué no querrás curar las llagas que me ha ocasionado tu impaciencia, que es para mí un tormento mas sensible y doloroso que todas las llagas de mi cuerpo?

Lo quinto, piensa después bien quién es el que te habla de esta suerte; y verás que es el mismo Rey de la gloria, Cristo Señor nuestro, verdadero Dios y verdadero hombre. Considera la grandeza de sus tormentos y de sus oprobios, que serian penas muy rigurosas para los

mas facinerosos delincuentes. Admírate de verle en medio de tantas aflicciones, no solamente inmóvil y paciente, sino lleno de alegría, como si el dia de su pasion fuese para él un dia de triunfo; y como el fuego, si se le echa poca agua se enciende mas, así con los grandes trabajos y tormentos, que á su caridad superabundante le parecian pequeños, se le aumentaba el deseo de padecerlos mayores.

Pondera en tu interior, que todo esto ha obrado y padecido, no por fuerza (*Joan.* x, 18), ni por interés, sino por puro amor, como el mismo Señor lo dijo, y á fin de que á su imitacion y ejemplo (I *Petr.* II, 21), te ejercites en la virtud de la paciencia. Procura, pues, comprender bien lo que pide y desea de tí, y la complacencia y gusto que darás con el ejercicio de esta virtud. Concibe despues deseos ardientes de llevar, no solo con paciencia, sino tambien con alegría, la cruz que te envia, y otras mas graves y pesadas, á fin de imitar mas perfecta-

mente á Jesucristo crucificado, y de hacerte mas agradable á sus ojos.

Represéntate todos los dolores y todas las ignominias de su pasion, y admirándote de la invariable constancia con que la sufria, avergüénzate de tu flaqueza: mira tus penas en comparacion de las que padecia por tí como penas imaginarias, persuadiéndote á que tu paciencia no es ni aun sombra de la suya. Nada temas tanto como el no querer sufrir y padecer algo por tu Salvador; y cualquiera pensamiento que te viniere sobre este punto, deséchalo luego como una sugestion del demonio.

Considera á Jesucristo en la cruz como un libro espiritual (*Galat.* III), que debes leer continuamente para aprender en él la práctica de las mas excelentes virtudes. Este es un libro, hija mia, que se puede justamente llamar libro de vida (*Ecli.* XXIV, 32.—*Apoc.* III, 5), que á un mismo tiempo ilumina el espíritu con los preceptos, y enciende la voluntad con

los ejemplos. El mundo está lleno de innumerables libros; mas cuando se pudiesen leer todos, nunca se aprenderia tan perfectamente á aborrecer el vicio y á amar la virtud, como considerando un Dios crucificado.

Pero advierte, hija mia, que los que se ocupan horas enteras en llorar la pasion de nuestro Redentor y en admirar su paciencia, y después cuando les sucede alguna tribulacion ó trabajo se muestran tan impacientes como si no hubiesen pensado jamás en la cruz, son semejantes á los soldados poco experimentados, que mientras están en sus tiendas se prometen con arrogancia la victoria, y después á la primera vista del enemigo dejan las armas y se entregan ignominiosamente á la fuga.

¿Qué cosa puede haber mas torpe y miserable que mirar como en claro espejo las virtudes del Señor, amarlas y admirarlas, y después cuando se nos presenta la ocasion de imitarlas, olvi-

darnos de ellas totalmente, ó no estimarlas?

CAPÍTULO LIII.

Del Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

Hasta ahora, hija mia, he trabajado en proveerte, como has visto, de cuatro armas espirituales, y enseñarte el modo de servirte de ellas para vencer á los enemigos de tu salud y de tu perfeccion.

Ahora quiero mostrarte el uso de otra arma mas excelente, que es el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Este augusto Sacramento, así como excede en la dignidad y en la virtud á todos los demás Saeramentos, así de todas las armas espirituales es la mas terrible para los demonios. Las cuatro primeras reciben toda su fuerza y virtud de los méritos de Cristo y de la gracia que nos ha adquirido con el precio de su sangre;

pero esta última contiene al mismo Jesucristo, su carne, su sangre, su alma y su divinidad. Con aquellas combatimos á nuestros enemigos con la virtud de Jesucristo; con esta los combatimos con el mismo Jesucristo, y el mismo Jesucristo los combate en nosotros y con nosotros; porque quien come la carne de Cristo y bebe su sangre, está con Cristo y Cristo con él (*Joan* VI, 57).

Mas como puede comerse esta carne y beberse esta sangre en dos maneras: esto es, realmente una vez cada dia, y espiritualmente cada hora y cada momento, que son dos modos de comulgar muy provechosos y santos, usarás del segundo con la mayor frecuencia que pudieres, y del primero todas las veces que tuvieres la permision.

CAPÍTULO LIV.

Del modo de recibir el Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

Por diversos motivos y fines podemos recibir este divino Sacramento; pero para recibirlo con fruto se deben observar algunas cosas, esto es, antes de la comunion, cuando estamos para comulgar, y después de haber comulgado.

Antes de la comunion (por cualquiera fin ó motivo que se reciba), debemos siempre purificar el alma con el Sacramento de la Penitencia, si reconocemos en nosotros algun pecado mortal. Después debemos ofrecernos de todo corazon y sin alguna reserva á Jesucristo, y consagrarle toda el alma con sus potencias, ya que en este Sacramento se da todo entero á nosotros este divino Redentor; su sangre, su carne, su divinidad, con el tesoro infinito de sus mere-

cimientos; y como lo que nosotros le ofrecemos es poco ó nada, en comparacion de lo que á nosotros nos da, debemos desear tener cuanto le han ofrecido todas las criaturas del cielo y de la tierra, para hacer de todo á su divina Majestad una oblacion agradable á sus ojos.

Si quisieres recibir este Sacramento con el fin de obtener alguna victoria contra tus enemigos, empezarás desde la noche del dia precedente, ó cuanto antes pudieres, á considerar cuánto desea el Hijo de Dios entrar por este Sacramento en nuestro corazon, á fin de unirse con nosotros, y de ayudarnos á vencer nuestros apetitos desordenados. Este deseo es tan ardiente en nuestro Salvador, que no hay espíritu humano capaz de comprenderlo.

Pero si quisieres formar alguna idea de este deseo, procura imprimir bien en tu alma estas dos cosas: la primera, la complacencia inefable que tiene la Sabiduría encarnada de estar con nosotros; pues

esto llama sus mayores delicias (*Prov.* VIII, 31): la segunda es el odio infinito que tiene al pecado mortal, así por ser impedimento de la íntima union que desea tener con nosotros, como por ser directamente opuesto á sus divinas perfecciones; porque siendo Dios sumo bien, luz pura y belleza infinita, no puede dejar de aborrecer infinitamente el pecado que no es otra cosa que malicia, tinieblas, horror y corrupcion.

Este odio del Señor contra el pecado es tan ardiente, que á sola su destruccion se ordenaron todas las obras del viejo y nuevo Testamento, y particularmente las de la sacratísima pasion de su unigénito Hijo. Los santos mas iluminados aseguran, que consentiria que su único Hijo volviese á padecer, si fuese necesario, mil muertes por destruir en nosotros las menores culpas.

Después que con estas dos consideraciones hayas reconocido, bien que imperfectamente, cuánto desea nuestro Salva-

dor entrar en nuestros corazones, á fin de exterminar enteramente de nosotros nuestros enemigos y los suyos, excitarás en tí fervientes deseos de recibirle por este mismo fin; y cobrando ánimo y esfuerzo con la esperanza de la venida de tu divino Capitan, llamarás muchas veces con generosa resolucion á la batalla la pasion dominante que deseas vencer, y harás cuantos actos pudieres de la virtud contraria. Esta, hija mia, ha de ser tu principal ocupacion por la tarde y por la mañana, antes de la sagrada comunion.

Cuando estuvieres ya para recibir el cuerpo de tu Redentor, te representarás por un breve instante las faltas que hubieres cometido desde la última comunion; y á fin de concebir un vivo dolor de todas, te imaginarás que las has cometido con tanta libertad, como si Dios no hubiese muerto en una cruz por nuestra salud: y considerando que has preferido un pequeño placer, una ligera sa-

tisfaccion de tu propia voluntad á la obediencia que debes á Dios, y á su honor y gloria, te confundirás dentro de tí misma, reconocerás tu ceguedad, y detestarás tu ingratitud; pero viniendo después á considerar, que aunque seamos muy ingratos, infieles y rebeldes, no obstante, este inmenso abismo de caridad quiere darse á nosotros, y nos convida á que lo recibamos, te acercarás á él con confianza, y le abrirás tu corazon para que entre en él, y lo posea como señor absoluto, cerrando después todas sus puertas para que no se introduzca algun afecto impuro.

Después que hayas recibido la comunion, te recogerás luego dentro de tí misma (*Matth.* VI, 6), y adorando con profunda humildad y reverencia al Señor, le dirás: *Bien veis, único bien mio, con cuánta facilidad os ofendo: bien veis el imperio que tiene sobre mí esta ciega pasion. y cuán flacas y débiles son mis fuerzas para resistirla y sujetarla. Vuestro es, Señor,*

el principal empeño de combatirla; y si bien yo debo tener alguna parte en la pelea; no obstante de Vos solo espero la victoria.

Volviéndote después al Padre eterno, le ofrecerás en accion de gracias, y para obtener alguna victoria de tí misma, el inestimable tesoro que te ha dado en su mismo unigénito Hijo, que tienes dentro de tí, y tomarás, en fin, la resolucion de combatir generosamente contra el enemigo que te hiciera mas cruda guerra, esperando con fe la victoria; porque haciendo de tu parte lo que pudieres, Dios no dejará de socorrerte.

CAPÍTULO LV.

Cómo debemos prepararnos para la comunion, á fin de excitar en nosotros el amor de Dios.

Si quieres, hija mia, que el Sacramento de la Eucaristía produzca en tí sentimientos y afectos de amor de Dios,

acuérdate del íntimo amor que Dios te ha tenido; y desde la tarde que precederá á tu comunion, considera atentamente que este Señor, cuya majestad y poder no tienen límites ni medidas, no contentándose de haberte criado á su imágen y semejanza, y de haber enviado al mundo su unigénito Hijo para que expiase tus culpas con los trabajos continuos de treinta y tres años, y con una muerte no menos acerba que ignominiosa en una cruz, te lo ha dejado en este divino Sacramento para que sea tu sustento y tu refugio en todas tus necesidades.

Considera bien, hija, cuán grande, cuán singular, y cuán perfecto es este amor en todas sus circunstancias.

1. Si miras y atiendes á su duracion, hallarás que es eterno, y que no ha tenido principio, porque así como Dios es eterno en su divinidad, así es eterno el amor con que decretó en su altísima mente el darnos á su único Hijo de un modo tan admirable.

Con esta consideracion, llena de un júbilo interior, le dirás: *¡Es posible que en aquel abismo de eternidad era mi pequeñez tan estimada y tan amada de Dios, que se dignaba de pensar en mí antes de todos los siglos, y deseaba con tan inefable caridad darme por alimento la carne y la sangre de su único Hijo!*

2. No hay amor en las criaturas, por vehemente que sea, que no tenga su término: solamente el amor con que Dios nos ama no tiene límites ni medida: queriendo, pues, aquel sumo bien satisfacer plenamente á este amor, nos envió desde el cielo á su mismo Unigénito, igual á él en todo, y de una misma sustancia y naturaleza, y así tan grande es el amor como el don, y tan grande el don como el amor, siendo el uno y el otro infinitos y sobre toda inteligencia criada.

3. Si Dios nos ama con tanto exceso, no es por fuerza ó por necesidad, sino solamente por su intrínseca bondad,

que naturalmente lo inclina á colmarnos de sus beneficios.

2. Si atiendes al motivo de tan grande amor, no hallarás otro que su infinita liberalidad; porque de nuestra parte no precedió ni pudo preceder mérito alguno que moviese á este inmenso Señor á ejecutar con nuestra vileza tan grande exceso de amor.

3. Si vuelves el pensamiento á la pureza de este amor, verás claramente que no tiene como los amores del mundo alguna mezcla de interés: Dios, hija mia, no necesita de nosotros ni de nuestros bienes (*Psalm*. xv, 24) porque tiene dentro de sí mismo, sin dependencia de nosotros, el principio de su felicidad y de su gloria. Si derrama sobre nosotros sus bendiciones, lo hace únicamente por nuestra utilidad, y no por la suya.

Ponderando en lo íntimo de tu corazon estas cosas, dirás interiormente: *¿Quién hubiera creido, Señor, que un Dios infinitamente grande como Vos, hubiese puesto*

su amor en una criatura tan vil y tan despreciable como yo? ¿Qué pretendeis Vos, ó Rey de la gloria? ¿Qué podeis esperar de mí, que no soy sino polvo y ceniza? Pero ya descubro bien, ó Dios mio, á la luz de vuestra encendida caridad, que solo un motivo teneis, que mas claramente me manifiesta la pureza de vuestro amor. Vos no pretendeis otra cosa en daros y comunicaros enteramente á mí en este Sacramento, sino transformarme en Vos, á fin de que yo viva en Vos, y Vos vivais en mí, y de que con esta union íntima, viniendo yo á ser una misma cosa con Vos, se trueque un corazon todo terreno, como el mio, en un corazon todo espiritual como el vuestro.

Despues de esto entrarás en sentimientos y afectos de admiracion y de alegría, de ver las señales y pruebas que el Hijo de Dios te da de su estimacion y de su amor, y persuadiéndote á que no busca ni pretende otra cosa que ganar tu corazon y unirte consigo, desasiéndote de las criaturas y de tí misma, que eres del

número de las mas viles criaturas, te ofrecerás enteramente á su Majestad en holocausto, á fin de que tu memoria, tu entendimiento, tu voluntad y tus sentidos, no obren con otro movimiento que con el de su amor, ni con otro fin que con el de agradarle.

Considerando después que sin su gracia nada es capaz de producir en nosotros las disposiciones necesarias para recibirlo dignamente en la Eucaristía, le abrirás tu corazon, y procurarás atraerlo con jaculatorias breves, pero vivas y ardientes, como son las que siguen: *¡O manjar celestial! ¡cuándo llegará la hora en que yo me sacrifique toda á Vos, no con otro fuego que con el de vuestro amor! ¡Cuándo, ó amor increado, ó pan vivo, cuándo llegará el tiempo en que yo viva únicamente en Vos, por Vos y para Vos! ¡O maná del cielo, vida dichosa, vida eterna, cuándo vendrá el dia venturoso, en que aborreciendo todas las viandas y manjares de la tierra, yo no me alimente sino de Vos! ¡O*

sumo bien mio, única alegría mia, cuándo llegará este dichoso tiempo! Desasid, Dios mio, desde ahora, desasid este corazon de las criaturas; libradlo de la servidumbre de sus pasiones y de sus vicios; adornadlo de vuestras virtudes; extinguid en él cualquiera otro deseo que el deseo de amaros, serviros y agradaros. De este modo yo os abriré todo el corazon, os convidaré y aun usaré, si fuere necesario, de una dulce violencia para atraeros. Vos vendréis, en fin, entraréis y os comunicaréis á mí, ó único tesoro mio, y obraréis en mi alma los admirables efectos que deseais. En estos tiernos y afectuosos sentimientos, podrás, hija mia, ejercitarte por la tarde y por la mañana para prepararte á la comunion.

Cuando se acerca el tiempo de comulgar, considera bien á quién vas á recibir; y advierte, que es el Hijo de Dios, de majestad tan incomprensible, que en su presencia tiemblan los cielos (*Job* XXVI, 11) y todas las potestades: el Santo de los Santos, el espejo sin tacha

(*Sapient.* VII, 26), la pureza increada en cuya comparacion son inmundas todas las criaturas (*Job* XV, 15— XXV), aquel Dios humillado, que por salvar los hombres, quiso hacerse semejante á un gusano de la tierra (*Psalm.* XXI, 7), ser despreciado, escarnecido, pisado, escupido y crucificado por la ingratitud y detestable malicia de los hombres.

Aquel inmenso y omnipotente Señor, que es árbitro de la vida y de la muerte (*Eccli.* XI, 14), de todo el universo; y por otra parte, que tú de tu propio caudal y fondo no eres sino un puro nada, que por tus pecados te has hecho inferior á las mas viles criaturas irracionales, y que en fin mereces ser esclava de los mismos demonios.

Imagina y piensa, que en retorno y recambio de los beneficios y obligaciones infinitas que debes á tu Salvador, lo has ultrajado cruelmente, hasta pisar con execrable vilipendio la sangre que derramó por tí, y fue el precio de tu reden-

cion. Con todo esto su caridad siempre constante y siempre inmutable, te llama y te convida á su mesa (*Jerem.* XXXI), y alguna vez te amenaza con enfermedad mortal para obligarte á que vengas á ella (*Luc.* XIV). Este Padre misericordioso está siempre pronto á recibirte; y aunque á sus ojos comparezcas cubierta de lepra, coja, hidrópica, ciega, endemoniada, y lo que es peor, llena de vicios y de pecados, no por esto te cierra la puerta (*Isai.* LX, 11), ni te vuelve las espaldas. Todo lo que pide y desea de tí es: 1.° Que tengas un sincero dolor de haberle tan indignamente ofendido. 2.° Que aborrezcas y detestes sobre todas las cosas, no solamente el pecado mortal sino tambien el venial. 3.° Que estés aparejada y dispuesta á hacer siempre su voluntad, y que en las ocasiones que se ofreciere la ejecutes prontamente y con fervor. 4.° Que tengas después una firme confianza de que te perdonará todas tus culpas, te purificará de todos tus defectos, y te defenderá de todos tus enemigos.

Confortada con este amor inefable del Señor, llegarás después á comulgarte con un temor santo y amoroso, diciendo: ***Yo*** *no soy digna, Señor, de recibiros, porque os he ofendido muy gravemente, y no he llorado como debo vuestra ofensa, ni dado alguna satisfaccion á vuestra justicia. No soy digna, Señor, de recibiros, porque no soy totalmente purificada del afecto de las culpas veniales. No soy digna, Señor, de recibiros, porque aun no me he entregado de todo corazon á vuestra obediencia y voluntad. Pero ¡ó Dios mio, único bien y esperanza mia! ¿Á dónde iré yo, si me retiro de Vos? ¿Léjos de Vos, en dónde hallaré yo la vida? ¡Ah, Señor! No os olvideis de vuestra bondad, acordaos de vuestra palabra, hacedme digna de que os reciba dentro de mi pecho con fe y con amor. Con temblor me acerco á Vos; mas tambien con confianza; vuestra divinidad que toda entera se oculta en vuestro Sacramento, me llena de un miedo religioso; pero al mismo tiempo vuestra infinita bon-*

dad, que en este mismo misterio derrama con una especie de profusion todos sus tesoros, me anima con una confianza filial.

Después que hubieses comulgado, entrarás luego en un profundo recogimiento, y cerrando la puerta de tu corazon (*Matth.* VI), no pienses sino en tratar y conversar con tu Salvador, diciéndole estas, ó semejantes palabras: *Ó soberano Señor del cielo, ¿quién ha podido obligaros á descender desde vuestro trono á una criatura pobre, miserable, ciega y desnuda como yo?* El Señor te responderá luego: *El amor.* Tú le replicarás: *¡Ó amor increado! ¿qué pretendeis y deseais de mí? Ninguna otra cosa,* te responderá, *sino tu amor. Yo no quiero, hija mia, en tu corazon otro fuego que el de la caridad: este fuego victorioso de los ardores impuros de tus pasiones abrazará á tu voluntad* (Deut. IV), *y me hará de ella una víctima de agradable amor: esto es lo que deseo y he deseado siempre de tí. Yo quiero ser todo tuyo, y que tú seas to-*

da mia; porque esto no podrá ser mientras que, no haciendo de tí aquella resignacion en mi voluntad, que tanto me agrada y me deleita, estuvieres pegada al amor de tí misma, á tu propio parecer, al deseo de la libertad y de la vanagloria del mundo.

Nada, pues, hija mia, pretendo y quiero de tí, sino que te aborrezcas á tí misma, á fin de que puedas amarme; que me des tu corazon (Prov. XXIII), *para que yo pueda unirlo con el mio, que fue abierto para tí en la cruz* (Joan. XIX, 34). *Bien ves, hija mia, que yo soy de infinito precio* (I Cor. VI); *y no obstante es tanta mi bondad que solo quiero apreciarme en lo mismo que vales: cómprame, pues, querida hija mia: cómprame, pues, no te cuesta mas que el darte enteramente á mí. Yo quiero que á mí solo me busques, en mí solo pienses, á mí solo me escuches, me mires y me atiendas á fin de que yo sea el único objeto de tus pensamientos, de tus deseos; que no obres sino solamente*

en mí, y para mí; que tu nada llegue á sumergirse enteramente en mi grandeza infinita, para que de esta suerte tú halles en mí toda tu felicidad y contento, y yo halle en tí complacencia y descanso.

Finalmente, ofrecerás al eterno Padre su unigénito amado, primero en accion de gracias, después por tus propias necesidades, por las de toda la santa Iglesia y de todos tus parientes, y de aquellas personas á quienes tienes alguna obligacion, y por las almas del purgatorio, uniendo este ofrecimiento con el que el mismo Salvador hizo de sí mismo en el árbol de la cruz (*Luc.* XXIII, 46), cuando cubierto de llagas y de sangre se ofreció en holocausto á su Padre por la redencion del mundo: y asimismo le podrás ofrecer todos los sacrificios que en aquel dia se ofrecieren á Dios en la Santa Iglesia Romana.

CAPÍTULO LVI.

De la Comunion espiritual.

Aunque no se puede recibir el Señor sacramentalmente sino una sola vez al dia, no obstante se puede recibir espiritualmente como dije arriba, cada hora y cada momento. Este es un bien, hija mia, de que solamente puede privarnos nuestra negligencia ó culpa; y para que comprendas la excelencia y fruto de esta comunion espiritual, sabe que algunas veces será mas útil al alma y mas agradable á Dios, que muchas comuniones sacramentales, si se reciben con tibieza y sin la debida preparacion.

Siempre que tú, hija mia, estuvieres dispuesta para esta especie de comunion, el hijo de Dios estará pronto á darse y comunicarse á tí para ser tu alimento.

Cuando quisieres prepararte á recibirlo de este modo, levanta tu espíritu al

Señor, y después que hayas hecho alguna reflexion sobre tus pecados, le manifestarás un verdadero y sincero dolor de tu ofensa. Después le pedirás con profundo respeto, y con viva fe, que se digne de venir á tu alma, y que derrame en ella nuevas bendiciones y gracias, para curarla de sus flaquezas, y fortalecerla contra la violencia de sus enemigos.

Asimismo, siempre que quisieres mortificar alguna de tus pasiones, ó hacer algun acto de virtud, te servirás de esta ocasion para preparar tu corazon al Hijo de Dios, que te lo pide continuamente; y volviéndote después á él, pídele con fervor que se digne de venir á tí, como médico, para curarte, y como protector, para defenderte, á fin de que ninguna cosa le estorbe ó le impida el poseer tu corazon.

Acuérdate tambien de tu última comunion sacramental; y encendida toda en el amor de tu Salvador, le dirás: *¿ Cuándo Dios y Señor mio, volveré á recibiros den-*

tro de mi pecho? ¿Cuándo llegará este dichoso dia? Pero si quieres disponerte en mejor y mas debida forma para esta comunion espiritual, dirigirás desde la tarde antecedente todas las mortificaciones, todos los actos de virtud, y demás buenas obras que hicieres, al fin de recibir espiritualmente á tu Señor.

Considerando cuán grande es el bien y felicidad del alma que comulga dignamente, pues por este medio recobra las virtudes que ha perdido, vuelve á su antigua y primera hermosura, participa de los preciosos frutos y méritos de la cruz, y hace, en fin, una accion muy agradable al eterno Padre, el cual desea que todos gocen de este divino sacramento. Procura excitar en tu corazon un deseo ardiente de recibirlo, por contentar y agradar á quien con tanto amor desea comunicarse á tí; y en esta disposicion le dirás: *Señor, ya que no me es permitido recibiros hoy sacramentalmente, haced á lo menos por vuestra infinita bondad, que*

purificada de todas mis imperfecciones, y curada de todas mis dolencias y enfermedades, yo merezca recibiros espiritualmente cada dia y cada hora del dia, á fin de que hallándome fortificada con nueva gracia, resista animosamente á mis enemigos, y principalmente al que ahora por agradaros y contentaros hago particularmente la guerra.

CAPÍTULO LVII.

Del modo de agradar á Dios.

Siendo de Dios todo el bien que poseemos (*Epist. Cath. Jacob.* 1, 17) y obramos, es muy justo que le rindamos continuas acciones de gracias por todas las buenas obras que hacemos, por todas las victorias que alcanzamos de nosotros mismos, y por todos los beneficios comunes y particulares que recibimos de su mano.

Para que podamos satisfacer propia y debidamente á esta obligacion, hemos de considerar el fin que mueve al Señor á

derramar con tanta liberalidad sobre nosotros sus bendiciones y gracias; porque este conocimiento nos enseñará el modo en que quiere que le mostremos nuestra gratitud y reconocimiento. Como su fin principal en los favores y misericordias que nos reparte, es exaltar su gloria y atraernos á su servicio, harás desde luego esta reflexion dentro de tí misma: *¡Ó con cuánto poder, sabiduría y bondad se ha dignado Dios de hacerme este beneficio!*

Después considerando que en tí no hay verdaderamente alguna cosa que merezca semejante gracia, sino antes bien muchas ingratitudes y culpas que te hacen indigna, dirás al Señor con profundísima humildad: *¿Es posible, Señor, que con tanta bondad y misericordia os digneis de poner los ojos en la mas vil y abominable de todas vuestras criaturas, y colmarla de vuestros favores y beneficios? Sea vuestro nombre bendito y alabado por todos los siglos de los siglos.*

Finalmente, viendo que en retorno de tantos beneficios no te pide otra cosa sino que ames y sirvas á tu bienhechor, concebirás grandes sentimientos de amor por un Dios tan bueno, y deseos fervientes de hacer en todas las cosas su divina voluntad; á cuyo fin añadirás un sincero ofrecimiento de tí misma en el modo que verás en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO LVIII.

Del ofrecimiento.

Para que este ofrecimiento sea muy agradable á Dios, se han de observar dos circunstancias: la primera es, que haya de unirse y acompañarse con los ofrecimientos que hizo Jesucristo á su eterno Padre en el curso de su vida pasible y mortal: la segunda, que nuestro corazon esté desasido enteramente del amor de las criaturas.

En órden á la primera has de saber que

mientras vivia el Señor en este valle de lágrimas, ofrecia á su Padre celestial no solamente su persona y sus acciones particulares, sino tambien todos los hombres y todas sus obras. Conviene, pues, hija mia, que juntemos nuestros ofrecimientos con los suyos para que con esta union los suyos santifiquen á los nuestros.

En cuanto á la segunda, importa mucho examinar bien antes de hacer este sacrificio de nosotros mismos, si nuestro corazon tiene alguna adhesion ó apego á las criaturas; y si reconociéremos que no está libre y exento de toda aficion impura y terrena, debemos recurrir al Señor y pedirle que rompa nuestros lazos, á fin de que no haya cosa alguna en nosotros que nos impida el ser enteramente suyos. Este punto, hija mia, es muy importante, porque ofrecernos á Dios, estando asidos á las criaturas, es burlarnos en alguna manera de Dios; pues como entonces no somos señores de nosotros mismos, sino esclavos de aquellas cria-

turas á quienes hemos entregado nuestro corazon, venimos á ofrecer á Dios una cosa que no es verdaderamente nuestra, sino ajena: de donde nace que aunque muchas veces nos ofrecemos á Dios, como siempre nos ofrecemos de esta manera, no solamente no crecemos en las virtudes, sino antes bien caemos en nuevas imperfecciones y pecados.

Bien podemos algunas veces ofrecernos á Dios, aunque tengamos algun apego á las cosas del mundo; pero esto ha de ser solamente á fin de que su bondad infinita nos inspire la aversion y disgusto de las criaturas, y podamos después sin algun estorbo entregarnos á su servicio. Importa mucho repetir este ofrecimiento con frecuencia y fervor.

Sean, pues, hija mia, puros todos nuestros ofrecimientos: no tenga en ellos alguna parte nuestra propia voluntad: no atendamos ni á los bienes de la tierra, ni á los del cielo: miremos solamente á la voluntad de Dios: adoremos á su pro-

videncia, y sujetémonos ciegamente á sus órdenes y disposiciones : sacrifiquémosle todas nuestras inclinaciones, y olvidándonos de todas las cosas criadas, digámosle : *Veis aquí, Dios y Criador mio, que yo os ofrezco y consagro todo lo que tengo : yo sujeto y rindo enteramente mi voluntad á la vuestra, haced de mí lo que fuere de vuestro divino agrado, así en la vida como en la muerte ; así en el tiempo como en la eternidad.*

Si estos afectos y sentimientos fueren sinceros y verdaderos, y te nacieren del corazon, lo cual conocerás fácilmente, sucediéndote cosas contrarias y adversas, adquirirás en breve tiempo grandes merecimientos, que son tesoros infinitamente mas preciosos que todas las riquezas de la tierrra : serás toda de Dios, y Dios será todo tuyo, porque Dios se da siempre á los que se renuncian á sí mismos, y á todas las criaturas por su amor. Esto, hija mia, es sin duda un poderoso medio para vencer todos tus enemigos ; porque

si con este sacrificio voluntario llegas á unirte de tal suerte con Dios, que seas toda de Dios, y Dios recíprocamente sea todo tuyo; ¿qué enemigo habrá que sea capaz de ofenderte?

Pero descendiendo á mas distinta y particular especificacion de este punto, siempre que quisieres ofrecer á tu Dios alguna obra tuya, como ayunos, oraciones, actos de paciencia, y otras acciones meritorias, conviene que desde luego te acuerdes de los ayunos, oraciones y acciones santas de Jesucristo, y poniendo toda tu confianza en el valor y mérito de ellas, presentes así las tuyas al Padre eterno. Pero si quieres ofrecerle los tormentos y penas que sufrió nuestro Redentor en satisfaccion de nuestros pecados, podrás hacerlo de este modo ó de otro semejante.

Represéntate en general ó en particular, los desórdenes de tu vida pasada; y hallándote convencida que por tí misma no puedes aplacar la ira de Dios, ni sa-

tisfacer su justicia, recurre á la vida y pasion de tu Salvador: acuérdate que cuando oraba, ayunaba, trabajaba y vertia su sangre, todas estas acciones y penas ofrecia á su eterno Padre, á fin de obtenernos una perfecta reconciliacion con su Majestad divina: *Vos veis*, le decia, *Padre mio celestial y eterno, que conformándome con vuestra voluntad, satisfaga superabundantemente* (Ps. CXXIX) *á vuestra justicia por los pecados y deudas de N. Sea, pues, de vuestro divino agrado el perdonarle y recibirle en el número de vuestros escogidos.*

Conviene, hija mia, que entonces juntes tus ruegos con los de Jesucristo, y pidas al Padre eterno que use contigo de misericordia por los méritos de la pasion de su santísimo Hijo. Esto podrás practicar siempre que meditares sobre la vida ó muerte de nuestro Redentor, no solamente cuando pasares de un misterio á otro, sino tambien de un acto de cualquier misterio á otro, y de este modo

de ofrecimiento te podrás servir, ya ruegues por tí, ó ya ruegues por otros.

CAPÍTULO LIX.

De la devocion sensible, y de la sequedad del espíritu.

La devocion sensible procede ó de la naturaleza, ó del demonio, ó de la gracia. De los efectos que obrare ó produjere en tí, podrás, hija mia, conocer fácilmente su orígen; porque si no produce la enmienda y reformacion de tu vida, puedes justamente temer que proceda del demonio ó de la naturaleza, principalmente si te inclinas y te aficionas con exceso al gusto y dulzura que te causa, y vienes á concebir mejor opinion de tí misma.

Siempre, pues, que sintieres lleno tu corazon de consolaciones y gustos espirituales, no pierdas el tiempo en examinar la causa de donde proceden; procu-

ra solamente tener tu nada delante de los ojos, conservando siempre un grande aborrecimiento de tí misma y desnudándote de toda inclinacion ó afecto particular á cualquiera objeto criado, aunque sea espiritual, no busques sino solamente á Dios, ni desees sino solamente agradarle; porque de este modo, aunque la dulzura ó gusto que sientes proceda de un mal principio, mudará de naturaleza, y empezará á ser un efecto de la gracia.

La sequedad del espíritu puede igualmente proceder de las mismas tres causas.

1.ª Del demonio que suele servirse de este medio para resfriarnos en el servicio de Dios, divertirnos del camino de la virtud, y aficionarnos á los vanos placeres del mundo.

2.ª De la naturaleza corrompida que nos precipita en muchas imperfecciones y faltas, nos hace tibios y negligentes, y nos inclina poderosamente al amor de los bienes de la tierra.

3.ª De la gracia por diversos fines, ó

para avisarnos que seamos mas diligentes en apartar de nosotros cualquier afecto, propension y ocupacion que no sea el mismo Dios, y que no le tenga por fin: ó para que conozcamos por experiencia que todo nuestro bien procede (*Epist. Cath. Jacob.* IV) de su infinita bondad, ó para que en adelante hagamos mas estimacion de sus dones, y seamos mas humildes y cautos en conservarlos, ó para que procuremos unirnos mas estrechamente con su divina Majestad, con una total abnegacion de nosotros mismos, y de los gustos y dulzuras espirituales á que aficionada nuestra voluntad, que divide al corazon, que el Señor quiere todo para sí (*Prob.* XXIII): y finalmente, porque su divina Majestad se complace por nuestro bien, y por nuestra propia utilidad, en que combatamos con todas nuestras fuerzas, valiéndonos del auxilio de su gracia.

Siempre, pues, hija mia, que sintieres alguna sequedad en tu espíritu, entra dentro de tí misma, registra con los

ojos de la consideracion toda tu conciencia, y mira que defecto hay en ella que te haya privado de la devocion sensible, y procura corregirlo y enmendarlo luego, no por recobrar el gusto sensible de la gracia, sino por desterrar de tu corazon todo lo que ofende y desagrada á Dios.

Pero si después de un exacto y diligente exámen de tu conciencia, no hallares en tí defecto alguno, no pienses mas en la devocion sensible, procura solamente adquirir la verdadera devocion, la cual consiste en resignarse enteramente en la voluntad de Dios. No dejes jamás tus ejercicios espirituales, sino antes bien continúalos con constancia, por infructuosos que te parezcan, bebiendo con gusto el cáliz de amargura que te ofrece tu Padre celestial.

Y si sobre la sequedad interior que padeces, y te hace como insensible á las cosas de Dios, sientes tambien tu espíritu embarazado y lleno de tan obscuras tinieblas, que no sepas á que determi-

narte, ni qué partido ó consejo abrazar en esta confusion, no por esto, hija mia te desalientes, antes bien procura estar siempre unida con la cruz que el Señor te envia, despreciando todos los alivios humanos, y todos los vanos consuelos que pueden darte el mundo y las criaturas.

No descubras tu pena sino solamente á tu padre espiritual, á quien deberás manifestarla, no por hallar alivio ó consuelo sino instruccion y luz para saber sufrirla con una entera y perfecta resignacion en la divina voluntad.

No frecuentes las comuniones, ni empleees las oraciones y otros ejercicios espirituales, á fin de que el Señor te libre de la cruz, sino solo á fin de que te de fuerza y vigor para estar y permanecer en ella á su ejemplo, y á su mayor honor y gloria hasta la muerte.

Si la obscuridad y turbacion de tu espiritu no te permitieren orar y meditar como solias, ora y medita siempre en la

mejor forma y modo que pudieres; y si no pudieres obrar con el entendimiento, suple este defecto con los afectos de la voluntad y con las palabras: hablando contigo misma y con tu Señor, sentirás en tí maravillosos efectos de esta santa práctica, y tu corazon cobrará grande vigor y aliento, para no desmayar en las tribulaciones.

Dirás, pues, en estos casos, hablando contigo misma: *¿Quare tristis es, anima mea, et quare conturbas me?* (Psalm. XLII, 5) *¡Ó alma mia, ¿por qué estás tú tan triste, y por qué me causas tanta inquietud* y *pena? Spera in Deo: quoniam adhuc confitebor illi salutare vultus mei, et Deus meus: Espera en Dios; porque yo confesaré aun sus alabanzas, pues es mí Salvador y mi Dios. Ut quid Domine recessisti longe; despicis in opportunitatibus, in tribulatione?* (Psalm. IX, 22). *Non me derelinquas usquequaque* (Psalm. CXVIII). *¿De dónde nace, Señor, que Vos os hayais alejado de mí? ¿Por qué me menos-*

preciais, cuando necesito mas de vuestra asistencia? No me desamparéis de todo punto.

Y acordándote de los sólidos sentimientos que Dios inspiró á su amada Sara, mujer de Tobias, en el tiempo de sus tribulaciones, dirás como ella con viva y alentada voz: *Hoc autem pro certo habet omnis, qui te colit, quod vita ejus, si in probatione fuerit, coronabitur: si autem in tribulatione fuerit, liberabitur: et si in correptione fuerit, ad misericordiam tuam venire licebit. Non enim delectaris in perditionibus nostris: quia post tempestatem tranquillum facis, et post lacrymationem, et fletum; exultationem infundis. Sit nomen tuum Deus Israel benedictum in sæcula* (Tobiæ XII, 3). *Dios mio, todos los que os sirven, saben, que si son probados en esta vida con las aflicciones, serán coronados: que si gimen con el peso de sus penas, serán algun dia libres y exentos de toda tribulacion: si vos los castigais con justicia, podrán recurrir á vues-*

tra misericordia; porque Vos no gustais de vernos perecer. Vos haceis que suceda la calma á la tempestad, y la alegría al llanto. ¡Ó Dios de Israel! sea vuestro nombre bendito y alabado en todos los siglos.

Represéntate tambien á tu divino Salvador, que en el jardin y en el Calvario se vió desamparado de su eterno Padre en la parte inferior y sensitiva; y llevando la cruz con él, dirás de todo corazon (*Math.* XXVI, 42): *Fiat voluntas tua: Hágase vuestra voluntad, y no la mia.* De este modo, hija mia, juntando el ejercicio de la paciencia con el de la oracion adquirirás infaliblemente la verdadera devocion, por el sacrificio voluntario que harás de tí misma á Dios; porque como ya he dicho, la verdadera devocion consiste únicamente en una voluntad pronta y determinada á seguir á Jesucristo con la cruz, por donde quiera que nos llamare; en amar á Dios porque merece ser amado; y en dejar, si fuere necesario, á Dios por Dios.

Si muchas personas que se dan á la vida espiritual y devota, especialmente las mujeres, midiesen por esta devocion y no por la sensible su aprovechamiento, no serian engañadas de sí mismas, ni del demonio; ni murmurarian con impiedad, como suelen contra Dios, quejándose con detestable ingratitud de la gracia y singular favor que las hace de probar su paciencia; antes se aplicarian á servirle con mayor fervor y fidelidad, sabiendo que su providencia misericordiosa ordena ó permite todas las cosas para su gloria y para nuestro bien.

Es tambien muy peligrosa la ilusion que padecen algunas mujeres, las cuales si bien aborrecen verdaderamente el pecado, y ponen todo el cuidado y diligencia posible en evitar las ocasiones, no obstante, si el espíritu inmundo las molesta con pensamientos deshonestos y abominables, y con visiones torpes y horribles, se afligen, se turban y pierden el ánimo, porque creen que Dios las ha des-

amparado enteramente; no pudiendo persuadirse á que el Espíritu Santo quiera habitar en una alma llena de pensamientos tan impuros; y así preocupadas de estas falsas ideas se abandonan de tal suerte á la tristeza y á la desesperacion, que cási vencidas de la tentacion, piensan en dejar sus ejercicios espirituales y en volverse á Egipto (*Núm.* XIV, 4).

Este error nace comunmente de no comprender semejantes almas el favor insigne que Dios las hace en permitir que sean tentadas, pues las reduce por este medio al conocimiento de sí mismas, y las obliga y fuerza á recurrir como necesitadas de socorro á su bondad infinita, en que se descubre claramente su enorme ingratitud; pues se lamentan y duelen de lo mismo que deberia dejarlas reconocidas y obligadas á su divina misericordia.

Lo que en semejantes casos debemos hacer, hija mia, es considerar bien las inclinaciones perversas de nuestra natu-

raleza corrompida; porque Dios, que conoce lo que nos es mas útil y saludable quiere que comprendamos bien nuestra infeliz facilidad y propension al pecado, y que sin su asistencia y socorro nos precipitaríamos en la mas funesta y formidable de todas las desgracias. Después debemos excitarnos á la confianza en su divina misericordia, persuadiéndonos firmemente á que pues nos hace ver el *peligro*, desea y pretende atraernos y unirnos mas estrechamente á sí con la oracion: de lo cual le darémos las mas rendidas y humildes gracias.

Pero volviendo á los pensamientos torpes y deshonestos, has de advertir, hija mia, y tener por regla segura, que se disipan mejor con un humilde sufrimiento de la pena y mortificacion que nos causan, y con la aplicacion de nuestro espíritu á algun otro objeto, que con una resistencia inquieta y forzada.

CAPÍTULO LX.

Del exámen de la conciencia.

Tres cosas debes considerar, hija mia, en el exámen de tu conciencia: la primera, las faltas que hubieres cometido en el dia; la segunda las ocasiones de que se originaron: la tercera, la disposicion en que te hallas de comenzar de veras á corregir tus vicios y adquirir las virtudes contrarias.

En cuanto á las faltas cometidas, observarás lo que dejo advertido en el capítulo XXVI, que contiene todo lo que debemos hacer cuando hubiéremos caido en algun pecado. Por lo que mira á las ocasiones de tus caidas, procurarás evitarlas con todo el cuidado y vigilancia posible.

En fin, para enmendar y corregir tus defectos y adquirir las virtudes que te faltan, fortificarás tu voluntad con la des-

confianza de tí misma, con la oracion y con frecuentes deseos de destruir tus viciosas inclinaciones y de adquirir hábitos buenos.

Si te pareciere que has conseguido algunas victorias contra tí misma, ó que has ejecutado algunas buenas obras, guárdate de pensar mucho en ellas si no quieres perder el mérito y el fruto, y que se introduzca insensiblemente en tu corazon algun sentimiento oculto de presuncion y de vanagloria. Procura en estos casos poner todas tus obras, tales cuales fueren, en las manos de la misericordia divina, y no pienses sino solamente en satisfacer y cumplir con mayor fervor que nunca todas tus obligaciones.

No te olvides de rendir á Dios humildes acciones de gracias por todos los socorros que en este dia has recibido de su divina mano. Recónocelo por único autor de todos los bienes (*Epist. Cath. Jacob.* I), y alaba y magnifica particularmente su misericordia, porque te ha librado de

tantos enemigos, ya visibles y manifiestos, ya invisibles y ocultos; porque te ha inspirado buenos pensamientos, te ha dado ocasiones de ejercitar las virtudes y héchote en fin otros muchos beneficios que no conoces.

CAPÍTULO LXI.

Cómo en este combate espiritual debemos perseverar hasta la muerte.

Entre las cosas que son necesarias en este combate, la mas principal es la perseverancia, que es la virtud con que debemos aplicarnos sin intermision ni descanso á mortificar nuestras pasiones, que nunca llegan á morir mientras vivimos, antes bien brotan y crecen siempre en nuestro corazon, como un campo fértil de malas yerbas.

Es locura el pensar que podemos dejar de combatir mientras vivimos, porque esta guerra no se acaba sino con la vida;

y cualquiera que rehusare la pelea, perderá infaliblemente la libertad ó la vida. Tenemos que luchar con enemigos irreconciliables, de los cuales no podemos esperar jamás paz ni treguas; porque es implacable y continuo el odio que nos tienen, y nunca es mayor el peligro de nuestra ruina que cuando nos fiamos de su amistad.

Pero si bien son muchos y formidables los enemigos que de todas partes nos cercan, no obstante, hija mia, no te espantes ni de su número, ni de sus fuerzas; porque en esta batalla solamente puede quedar vencido quien quisiere serlo; y toda la fuerza y poder de nuestros enemigos está en las manos del Capitan por cuyo honor y gloria hemos de combatir, el cual no solamente no permitirá que te ofendan ni que seas tentada sobre tus fuerzas (1 *Cor.* x, 13), mas tomará las armas en tu favor y defensa; y como mas poderoso que todos tus contrarios, te dará infaliblemente la victoria,

como combatiendo tú en su compañía vigorosamente no pongas la confianza en tus propias fuerzas, sino en su poder y bondad.

Mas si el Señor tardare en socorrerte y te dejare en el peligro, no por eso pierdas el ánimo ni la confianza; cree firmemente que su divina Majestad dispondrá las cosas de suerte, que todo lo que parece que impide la victoria, se convierta en beneficios y ventaja tuya.

Sigue, pues, hija mia, constante y generosamente á este celestial y divino Capitan que por tí se expuso á la muerte, y muriendo venció el mundo. Combate animosamente debajo de sus insignias, no dejes las armas hasta tanto que hayas destruido á todos tus enemigos; porque si dejares vivo uno solo, si te descuidares de corregir una sola de tus pasiones ó vicios, esta pasion ó vicio será como una paja en el ojo, ó como una flecha en el corazon, que inhabilitándote para la pelea retardará tu triunfo.

CAPÍTULO LXII.

Del modo de prevenirnos contra los enemigos que nos asaltan á la hora de la muerte.

Aunque toda nuestra vida no es sino una continua guerra (*Job.* VII, 1) en este mundo, es cierto no obstante que la principal y mas peligrosa batalla será la última, porque de ella depende nuestra vida ó nuestra muerte eterna (*Eccli.*, XI).

Para no peligrar, pues, entonces con daño irreparable, procura ejercitarte en este combate ahora que Dios te concede el tiempo y las ocasiones; porque solo quien combate valerosamente en la vida, puede esperar ser victorioso en la muerte, por la costumbre que ha adquirido de vencer á sus mas formidables enemigos. Además, piensa frecuentemente y con atenta consideracion en la muerte, porque de esta suerte cuando estuviere vecina, te

causará menos espanto, y tu espíritu estará mas sereno, libre y pronto para la batalla (*Eccles.* II).

Los hombres entregados á los placeres del mundo, huyen de esta consideracion por no interrumpir el gusto que perciben de las cosas terrenas, porque como están asidos voluntariamente á ellas, les servirian de grande afliccion considerar las habian de dejar algun dia; y así no se disminuye en ellos el afecto desordenado, antes va siempre en aumento y cobra nuevas fuerzas: de donde proviene que les causa grande afliccion dejar esta vida y los deleites mundanos, siendo mayor la pena en aquellos que los gozaron mas tiempo.

Mas para prepararte mejor á este terrible paso del tiempo á la eternidad, imagínate alguna vez que te hallas sola sin algun socorro entre las angustias y congojas de la muerte; considera atentamente las cosas de que hablaré en los capitulos siguientes, que son las que enton-

ces podrán causarte mayor afliccion y pena, y no te olvides de los remedios que te propongo, á fin de que puedas servirte de ellos en esta última extremidad; porque conviene que aprendas á hacer bien lo que no has de hacer sino una sola vez, si no quieres cometer una falta irreparable que causará tu infelicidad eterna.

CAPÍTULO LXIII.

De cuatro géneros de tentaciones con que nos asalta el demonio á la hora de la muerte; y primeramente de la tentacion contra la fe, y del modo de resistirla.

Con cuatro tentaciones peligrosas suelen principalmente asaltarnos nuestros enemigos en la hora de la muerte.

I. Con dudas sobre las cosas de la fe.

II. Con pensamientos de desesperacion.

III. Con pensamientos de vanagloria.

IV. Con diversos géneros de ilusiones de que estos espíritus de las tinieblas

transformándose en ángeles de luz se sirven para engañarnos.

Por lo que mira á la primera tentacion, si el enemigo te propone algun razonamiento falso ó argumento sofístico, guárdate de disputar con él. Conténtate solamente con decirle con una santa indignacion: *Vete, maligno espíritu, padre de la mentira, que no te quiero escuchar; á mí me basta el creer cuanto cree la santa Iglesia Católica Romana.*

No te detengas jamás en los pensamientos que te vengan sobre la fe; y aunque te parezcan favorables y verdaderos, arrójalos de tí como sugestiones del demonio, que por este medio pretende embarazarte y confundirte empeñándote insensiblemente en la disputa. Pero si tuvieres tan ocupado tu espíritu de estos pensamientos que no puedas repelerlos, procura mantenerte invariable y firme en creer lo que cree la santa Iglesia Católica Romana, y no escuches ni las razones ni las autoridades mismas de la Es-

critura que te alegará el enemigo; porque aunque te parezcan claras y evidentes, serán no obstante truncadas ó mal citadas, ó mal interpretadas.

Si el maligno espíritu (*Apôc.* XII), te preguntare: ¿Qué es lo que cree la Iglesia Romana? No le dés alguna respuesta; mas persuadiéndote á que su intento no es otro que sorprenderte y seducirte sobre alguna palabra ambigua, forma solamente en general un acto interior de fe; y si quieres quebrantar su orgullo y aumentar su despecho, respóndele: que la santa Iglesia Romana cree la verdad; y si replicare: ¿cuál es esta verdad? No le respondas otra cosa, sino que es lo que la Iglesia cree.

Sobre todo, hija mia, procura tener unido tu corazon con la cruz, y dí á tu divino Redentor: *Ó Criador y Salvador mio, socorredme presto, y no os aparteis de mí para que yo no me aparte de la verdad que Vos me habeis enseñado; y pues me habeis hecho la gracia de que haya*

nacido en vuestra Iglesia, hacedme tambien la de que yo muera en ella para vuestra mayor gloria.

CAPÍTULO LXIV.

De la tentacion de la desesperacion, y cómo podrémos defendernos de ella.

La segunda tentacion del enemigo de nuestra eterna salud es un vano terror ó espanto, que nos infunde con la representacion y memoria de nuestras culpas pasadas, para precipitarnos en la desesperacion.

Si te hallares, hija mia, amenazada de este peligro, ten por regla general, que la memoria de tus pecados será un efecto de la gracia, y te será muy saludable si produce en tí sentimientos de humildad, de compuncion y de confianza en la divina misericordia; pero si te causare inquietud, desconfianza y pusilanimidad, aunque te parezca que tienes

grandes motivos y fundamentos para persuadirte á que estás reprobada, y que ya no hay para tí alguna esperanza de salud, reconócela luego por sugestion y artificio del demonio, y no pienses entonces sino en humillarte, y en confiar mas que nunca en la bondad y misericordia de Dios; que de este modo eludirás todas las estratagemas del enemigo, le vencerás con sus propias armas y darás al Señor honor y gloria.

Conviene, hija mia, que tengas un vivo dolor de haber ofendido á esta bondad infinita, siempre que te acordares de tus culpas pasadas; pero conviene tambien, que le pidas perdon con una firme confianza en los méritos de tu Salvador; y aunque te parezca que el mismo Dios te dice en lo secreto de tu corazon que tú no eres del número de sus escogidos (*Joan.* x), no por eso dejes de esperar en su misericordia; antes bien le dirás con humildad y confianza: *Mucha razon teneis, Dios mio, para reprobarme por mis pecados;*

pero yo la tengo mayor en vuestra infinita piedad, para esperar que me perdoneis. Yo os pido, pues, Señor, que os compadezcais de esta miserable criatura vuestra, que si bien merece por su malicia la condenacion eterna, está no obstante redimida con el precio infinito de vuestra sangre. Yo quiero salvarme, Redentor mio, para bendeciros y alabaros eternamente en vuestra gloria: toda mi confianza está en Vos. Yo me pongo enteramente en vuestras manos: haced de mí lo que fuere de vuestro agrado, porque Vos sois mi único y absoluto Señor: y aunque me querais quitar la vida eterna, siempre he de tener en Vos vivas mis esperanzas.

CAPÍTULO LXV.

De la tentacion de vanagloria.

La tercera tentacion es la vanagloria. Nada temas tanto, hija mia, como el dejarte inducir á la menor complacencia

de tí misma y de tus obras. No te gloríes jamás sino en el Señor, y reconoce que todo el bien que hay en tí lo debes á los méritos de su vida y de su muerte. Conserva siempre, mientras te dure la vida, un grande odio y menosprecio de tí misma. Humíllate hasta el polvo con la reflexion de tu miseria y tu nada, y rinde incesantemente á Dios acciones de gracias, como autor de todas las buenas obras que hubieres hecho. Pídele que te socorra en este peligroso asalto; pero no mires jamás el socorro de su gracia como precio de tus merecimientos, aun cuando hubieses conseguido grandes victorias de tí misma. Permanece invariablemente en un temor santo, y confiesa ingenuamente que todos tus cuidados serian inútiles, si Dios, que es toda tu esperanza, no te asistiese y amparase con su proteccion (*Psalm.* XVI, 8).

Con estas advertencias, hija mia, si puntualmente las observares, triunfarás fácilmente de todos tus enemigos; y te

abrirás el camino para pasar con alegría á la celestial Jerusalen.

CAPÍTULO LXVI.

Del asalto de las ilusiones y falsas apariencias en la hora de la muerte.

Últimamente, hija mia, si nuestro comun enemigo, que no se cansa jamás de molestarnos y afligirnos, transformándose en ángel de luz (II, *Cor.* XI,) se esfuerza á seducirte con ilusiones y falsas apariencias, procura mantenerte firme y constante en el conocimiento de tu nada; y díle animosamente: *Retírate, infeliz, vuelve, vuelve á las tinieblas de donde has salido; que yo no soy digna de que Dios me favorezca con visiones celestiales, ni necesito de otra cosa que de la misericordia de mi amado Jesús, y de los ruegos de María santísima, del glorioso san José y de los demás Santos.*

Y si te pareciere por muchas, y cási

evidentes señales, que fuesen apariciones celestiales, no por esto dejes de repelerlas de tí; y no temas que esta resistencia tuya, fundada en el conocimiento de tu miseria, desagrade al Señor; porque si fuesen cosas suyas, bien sabrá manifestarlo, para que no dudes, y no te suceda algun mal: pues el que da su gracia á los humildes (*Epist. Cath. Jacob*, IV, 6), no los priva de ella cuando se humillan.

Estas son, hija mia, las armas mas comunes de que usa el demonio contra nosotros en el último combate; pero demás de esto suele tambien asaltarnos particularmente por aquella parte que reconoce mas flaca en nosotros; porque estudia y observa todas nuestras inclinaciones, para hacernos caer por nuestras mismas inclinaciones en el pecado. Por esta causa, antes que llegue la hora de esta grande y peligrosa batalla, debemos armarnos bien y pelear esforzadamente contra nuestras pasiones mas violentas y que

mas nos dominan, para que con mas facilidad y menos trabajo podamos resistirlas y vencerlas en aquel tiempo formidable que será el fin de todos los tiempos.

Pugnabis contra eos usque ad intercessionem. (I Reg. XV, 18).

FIN DEL TOMO PRIMERO.

Barcelona 2 marzo de 1850.
Reimprímase:
Bertran, Vicario General Gobernador.

TABLA

DE LOS CAPÍTULOS DE ESTE TOMO.

FIN DEL ÍNDICE.

